

RAUMSOL

# DIALOGOS

1952

# DIÁLOGOS

## OBRAS DEL AUTOR

*Axiomas y Principios de Logosofía. I Tomo. Año 1934.*

*Cartas Iniciáticas. Año 1935.*

*Logosofía — Tratado Elemental de Enseñanza. Año 1936.*

*Axiomas y Principios de Logosofía. II Tomo. Año 1937.*

*Artículos y Publicaciones (Recopilación). Año 1937.*

*Perlas Bíblicas. Año 1938.*

*Nueva Concepción Política. Año 1940.*

*Biognosis. Año 1940.*

*Intermedio Logosófico. Año 1950.*

*Introducción al Conocimiento Logosófico. Año 1951.*

RAUMSOL

★

DIÁLOGOS

★

MONTEVIDEO

1952

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

## PRÓLOGO

Todos los diálogos de la presente obra se suscitaron en amables cenáculos, en los que el autor tiene por costumbre reunir a sus discípulos para encarar temas o dilucidar problemas que éstos le plantean.

Entre las formas que adopta para exponer la enseñanza logosófica, unas veces recurre al diálogo, o se sirve de la analogía, el ejemplo o la parábola; otras veces utiliza la exposición directa, sin excluir la amplia disertación doctrinal cuando el número de oyentes excede en mucho al círculo de los "habitués". Equipan también el método logosófico la leyenda y la interrogación matizada con observaciones rápidas, variadas y siempre atractivas. Pero el diálogo es uno de los géneros didácticos preferidos por el autor, y a ello obedece el haber reunido en esta obra una porción de los más originales e interesantes.

Los helenos fueron verdaderos campeones del diálogo, mas ni aun los más famosos revelaron las soluciones de los altos problemas que planteaban. Con extrema pericia ejercieron la dialéctica y la retórica hasta el punto de sutilizar, en grado máximo, el pensamiento polémico, que triunfaba, desde luego, con relativa facilidad, sobre la inexperiencia de los no avezados en el arte de la controversia.

Ningún conocimiento real denuncian los célebres "Diálogos" de Platón, o los de Luciano de Samosata. El primero realiza en ellos la apología de su maestro, Sócrates, al tiempo que hace derivar para sí el fondo de la doctrina; el segundo evidencia el más crudo escepticismo dudando, acaso, de sus propias e inestables ideas.

Los diálogos logosóficos difieren totalmente de aquéllos en su esencia y su objetivo. Muestran, unas veces, el vigor convincente de sus expresiones; otras veces cumple un amplio cometido el tono suave y persuasivo de sus reflexiones. En todos los casos se advierte, empero, el acento inconfundible que caracteriza a todas las manifestaciones de la Sabiduría Logosófica.

Después de hojear este libro, nadie dirá que sale con las manos vacías; fluye de cada diálogo una enseñanza original — jamás leída o escuchada en parte alguna—, de la cual surge el conocimiento que ilumina la inteligencia y llena de placer el espíritu.

En estas páginas, el autor ha dejado caer un puñado de palabras. Tomando formas sugestivas y elocuentes, se han ubicado solas en cada línea como en las filas de una inmensa platea. Vos, lector amigo, seréis el protagonista que ha de aparecer en ese escenario mental. Vuestra labor consistirá en interpretar los pensamientos que veáis plasmados en la platea, tal como capta el orador las impresiones de su auditorio, significándoos con ello que podéis aprovechar esa misma oportunidad para exponer vuestra opinión en la seguridad de que os han de aplaudir entusiastamente, en tanto que el autor lo hará por haber tenido la paciencia de mantener vuestra atención hasta el final.



## DIÁLOGO I

DIONISIO. —Siempre, aun de niño, me han impresionado mucho los relatos bíblicos, al extremo de constituir para mí una preocupación que, a través de los años, traté de descifrar en vano. Movido por ella investigué en diversas fuentes y consulté a versados en asuntos bíblicos, sin haber obtenido jamás una contestación satisfactoria a mis preguntas. Parecería que todo hay que atribuirlo a la letra, como si el discernir sobre la verdad o el contenido real de tales episodios fuese algo vedado a la inteligencia humana. En el Génesis, por ejemplo, se consigna: "Tomó pues Jehová Dios al hombre, y le puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase", agregándose a continuación: "Y Jehová Dios mandó al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto comerás; mas del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás; porque el día que de él comieres, morirás". Viene luego el episodio de la serpiente seduciendo a la mujer para que coma la fruta de ese árbol, y, finalmente, la expulsión de Adam del paraíso por haber desobedecido.

¿Es cierto todo eso? ¿Ha de admitir mi conciencia, como la de los demás hombres, que Adam pecó y que,

por su culpa, la totalidad del género humano debe sufrir las consecuencias? Y admitiendo que así fuera, ¿no hubo ni existe la más remota posibilidad de una absolución total de la especie?

PRECEPTOR. —Como es sabido, la expresión "árbol de la Sabiduría" se ha empleado para simbolizar el sùmmum de los conocimientos madres extendiéndose en sus diferentes ramas, a cuya sombra el hombre protege su vida y aprende a dominar y a usar las fuerzas ocultas de la Naturaleza. El relato bíblico a que os habéis referido entraña el profundo misterio de la primera revelación universal que tuvo el hombre, al ser despertada en él la conciencia de la responsabilidad. Gustar la fruta de ese árbol significa, pues, tomar posesión de conocimientos. Los conocimientos son fuerzas activas. Por lo tanto, dentro del paraíso edénico debía moverse el hombre orientando su incipiente reflexión con los conocimientos que habrían de transformar por completo su vida, hasta entonces asimilada a la naturaleza animal solamente.

DIONISIO. —¿Quiere decir que no fué castigado ni echado del Edén, como la tradición consigna?

PRECEPTOR. —Efectivamente. La reprensión o castigo fué simbólica, y sólo para que la posteridad, o sea la simiente humana, recordara, al extenderse por el mundo, que le fué permitido al hombre, en los comienzos de su existencia, vivir un tiempo muy cerca de su Creador, disfrutando de todas las venturas que ofrecía ese mundo superior, denominado "Paraíso" en el relato bíblico. El hombre ha conocido, en consecuencia, la vida superior o paradisiaca que, en perenne recuerdo, vive aún en el alma humana. Tiene, pues, el recuerdo de su existencia inicial, manteniendo abierta su intuición la perspectiva de volver a vivir en ese paraíso cuando alcance los estrados de la alta Sabiduría por medio del conocimiento. Sabe el hombre, así, que debe conquistar por sí mismo, esto es,

por propia y leal realización, aquella felicidad gustada en los albores de la existencia terrenal.

DIONISIO. — Admirable explicación la vuestra; con ella habéis desvanecido por completo muchas de las sombras que sobre este enigmático asunto inquietaban grandemente mi espíritu.

PRECEPTOR. — Si seguís con atención el curso de mis palabras pienso que se desvanecerán también las que aún os restan.

Cuando las Escrituras dicen: "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza"; "macho y hembra los creó", y, también: "Formó pues Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz sopro de vida, y fué el hombre en alma viviente", dan a entender a los que abren sus mentes para comprender lo cierto, que Dios no creó a un solo hombre sino a muchos, formando de este modo la raza Adámica, o, más claro aún, la raza humana. Si tenía potestad para crear a un hombre, lógico es pensar y admitir que haya creado a muchos, ya que lugar había para ellos. Mas todos se guiaban por un espíritu común; ese espíritu recibió el nombre de Adam.

Siendo Dios lo absoluto en Poder, Sabiduría y Perfección, no es posible admitir, sin menoscabar ese concepto, que luego de crear al hombre no haya pensado hacer otro tanto con la mujer, pues "los creó macho y hembra". A la mujer la llamó "varona", porque teniendo la misma configuración física y biológica distinguíala el sexo. Fue esa diferencia la que estableció la conservación de la especie, por la concurrencia del género en la procreación de la criatura humana.

Cuando Dios creó al hombre, lo hizo —como todo cuanto ha surgido de su infinita Sabiduría— con amor, y, además, para que tuviera permanencia dentro de la Creación. El Reino de Dios es toda su Creación, porque El reina en ella.

Lo hizo a su imagen y semejanza, pero no igual

α El, dando a entender con ello que abría amplias prerrogativas al destino del hombre. Lo dotó de una mente con su maravilloso mecanismo psíquico, cual es la inteligencia con todas las facultades que la integran, para alcanzar mediante ella los conocimientos que despertarían su conciencia. Cuando Adam quiso "comerse" los conocimientos, Jehová Dios le dijo: No: los conocimientos no se comen; deben ser gustados por el alma y debe formarse con ellos la capacidad de la conciencia.

Sigue luego la expulsión del paraíso: "Sacólo Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fué tomado", o sea, para que penetrase en sus entrañas y conociera el misterio de su Creación. Surgida que fué su conciencia por imperio de las necesidades que desde ese instante lo apremiaron, el hombre, como quien sale de un sueño, comenzó a usar su inteligencia y a conocer las cosas que le rodeaban. Vió animales pasciendo en los prados, como así también toda otra especie viviente. Observó que tanto éstos como los elementos de la Naturaleza fueron hechos para servirle, advirtiéndole asimismo su manifiesta superioridad sobre las demás especies. Su incipiente reflexión le hizo ver, sin más trámites, que no debía asemejarse a esas bestias de pastoreo, a las cuales empleaba para trasladarse de un lugar a otro o para transportar cargas. Si bien antes, sumido en cabal inconsciencia, andaba entre ellas sin experimentar necesidades afligentes por carecer de incentivos que movieran su mente en pos del conocimiento, ahora le era dado a su entendimiento observarlo y apreciarlo todo, como si la Naturaleza misma le estuviera enseñando la nueva forma de vida a adoptar en adelante. El hombre del Edén percibió entonces que todo había cambiado para él. Comprendió que hasta el instante de su separación del paraíso las cosas habíalas obtenido como llovidas del cielo, mas, desde que ello tuvo lugar, su futuro dependía ya de

sí mismo, de sus fuerzas, es decir, de su ingenio. Había vivido una niñez regalada y feliz, cuyo único objetivo consistió en aclimatarlo y familiarizarlo con la tierra que había de habitar. Entrado en la madurez, no podía continuar comportándose como en los períodos de su infancia.

Se imponía, pues, un cambio de situación. El que se había operado con su separación del paraíso obedecía, naturalmente, a razones superiores de evolución. Era menester que conociese las necesidades de la vida, y, a la vez, por medio del conocimiento debía enseñorearse de esa parte de la Creación sobre la cual fuera puesto. A través del pensamiento que animaba a la Naturaleza conocería también a su Creador, y él mismo llegaría a ser creador de cuanta industria tuviera origen en el mundo, forjando con su inteligencia y su trabajo el porvenir de los descendientes para mayor gloria de su Dios y Señor.

Como veis, de todo esto resulta inconcebible que Adam hubiera incurrido en falta, es decir, que hubiera pecado, por hallarse sumido en la inconsciencia propia de la infancia psicológica, o, en otros términos, por carecer de conocimientos que le hicieran sentir la responsabilidad de sus actos. Dios, su creador, no podía culpar a una criatura que, recién generada, comenzaba a dar sus primeros pasos por la tierra, pues sería admitir un acto injusto en Quien, precisamente, es lo absoluto en justicia. Desde todo punto de vista, ya lo veis, resulta ello inadmisibile.

Surge, en cambio, de ese episodio bíblico, la sublime enseñanza que sirvió de norma a toda la humanidad, enseñanza que, desde las primeras edades, se ha venido reproduciendo en cada familia humana, sin que nadie haya podido descubrir aún dónde ni cómo se reproduce. Veamos; las criaturas, desde que nacen, ¿no viven en un paraíso semejante al edénico? ¿No hacen sus gustos sin tener problemas, agitaciones ni preocupaciones de ninguna especie? ¿No

viven en la inconsciencia, al margen por completo de la realidad del mundo y de la vida? ¿No son siempre atenuadas sus faltas por carecer de responsabilidad? ¿Se atrevería algún padre, en su sano juicio, a echar de su casa al hijuelo como a un extraño a quien nada lo liga, en esa edad en la cual vive el hombre el período más feliz de su existencia, con sus juegos, sus caprichos y sus despreocupaciones? Pero cuando llega la otra edad, aquella en que, ya crecido, busca gustar la fruta del árbol del bien y del mal, es decir, cuando despiertan en él las fuerzas dormidas de su naturaleza creadora, ¿no sobreviene la simbólica expulsión del paraíso al exigírsele otra conducta que despierte también su responsabilidad y, con ello, su conciencia? ¿No se le exige que estudie, que trabaje y que viva ya en la realidad del mundo que le rodea? Y producida esa expulsión, ¿no sigue viviendo en el mismo hogar de sus padres, allí donde disfrutara antes de los encantos del Edén? ¿No experimenta asimismo, en tales circunstancias, una transición un tanto brusca que le hace añorar, durante un tiempo, aquellos años dichosos en que no madrugaba, no iba a la escuela, no trabajaba y hacía para su solaz cuanto quería? ¿No corrigen los padres las tentaciones de sus hijos como mejor conviene a la educación y al porvenir de los mismos? Con sus consejos y advertencias, ¿no los conducen por la senda del bien, haciéndoles apreciar los beneficios de los actos justos, nobles y honestos? Finalmente, ¿no perdonan las faltas de sus hijos, sufriendo muchas veces más que ellos las consecuencias de cualquier desvío? ¿Cómo ha de concebirse, pues, que si ese sentimiento de magnanimidad existe en el hombre, no haya, con mayor razón y en mayor proporción, de existir en Dios? Ello implicaría considerar al hombre superior a El, y presumir que se equivocó o fué cruel o injusto. Desgraciadamente —triste es confesarlo— esto se ha venido admitiendo desde los primeros siglos hasta el

presente. ¡Parece mentira que un episodio de esta naturaleza, cuyo seno entraña tan singular enseñanza, no haya conmovido la reflexión de nadie en los milenios transcurridos ni se haya advertido jamás su reproducción en cada familia y en cada ser humano! ¿Cómo podría culpar Dios a Adam, y mucho menos castigarlo, si ese hijo de su creación no tenía conciencia de sus actos? No; no es posible seguir pensando aún semejante cosa. Ocurrió —y esto es lo cierto—, que, sobrevenida la madurez hominal, Dios impuso al hombre deberes que cumplir; abrió su mente para hacerle apreciar la realidad y movióle a defender su vida contra las inclemencias del tiempo y los ataques de las fieras. Así, la piedad divina protegía al ser humano, hasta tanto pudiera ir éste comprendiendo su nueva situación y alcanzara a bastarse a sí mismo.

DIONISIO. —Me llena de asombro y perplejidad la lógica profunda e incisiva que emana de vuestras palabras, alcanzándonos hasta en lo más hondo de nuestro ser. Estimo que lo que acabo de escuchar es todo un pronunciamiento irrefutable. Mientras hablabais tenía la sensación de estar oyendo un alegato de recóndito origen, destinado a poner fin a una calumnia que venía rodando por el mundo a través de los siglos. Veo claramente que Adam no cometió falta alguna de menoscabo para su género, y que, por consiguiente, la humanidad no ha tenido por qué sufrir las consecuencias de un castigo inexistente.

PRECEPTOR. —He pensado muchas veces en la enorme trascendencia de ese episodio divino. Cada vez que asisto, en casa de alguno de mis amigos, a la expulsión del paraíso, suelo representarme con los más vívidos coloridos el suceso bíblico. También he pensado que si un padre arrojara alguna vez al hijo de su lado por haber cometido cualquier falta, quedaría sin corazón porque el hijo se lo llevaría consigo. De este modo, no tardaría aquél en ir en su busca, abrazándolo y perdonándolo.

DIONISIO. —Vuestras magníficas explicaciones me han sugerido algo, y es que, al creerse ciegamente y en forma literal la versión de las Escrituras, las gentes dan la impresión de haber quedado como atadas a una roca.

PRECEPTOR. —Es verdad. Pero esta nueva concepción, más humana y más al alcance de todas las mentes y los corazones, las libera ahora de ella, aproximándolas ineludiblemente a los sabios e inexorables principios universales que establecen la relación armónica de las causas con los efectos correspondientes, y la de los hechos con el original pensamiento inspirador. Sólo resta ya que cada cual, consultando a su propia conciencia, compruebe por sí mismo la calidad de las verdades que le son dadas a conocer, por ser aquella, indudablemente, la que sin vacilar confirmará o rechazará lo que se le ofrece en pertenencia.

DIONISIO. —Esta sorprendente y magistral explicación —permitidme la insistencia— nos muestra bien claramente a cuánta distancia nos hallábamos del verdadero significado de aquel episodio. Quisiera saber ahora si el árbol logosófico tiene alguna relación con el de la cita.

PRECEPTOR. —Siendo del mismo bosque, su semejanza, lógicamente, debe resultaros singular. Sí; la simiente del árbol logosófico tiene el mismo origen, esto es, la Sabiduría Universal. Lo curioso es que sus frutos, vale decir, los conocimientos trascendentes, conforme a la intención con que se los guste, resultan exquisitamente dulces o extraordinariamente amargos: si el propósito es nutrir el espíritu, vigorizar la inteligencia y llenar la vida de estímulos positivos encauzándola hacia el perfeccionamiento, su sabor es cada vez más agradable; si se los ingiere para manejos mezquinos o usos indebidos, esos frutos cambian su sabor tornándose desabridos y sin poder nutritivo alguno.



## DIÁLOGO II

FLAVIO. —Siempre tenemos interrogantes surgidos de algunos puntos de la enseñanza logosófica, cuya dilucidación es de gran interés para nosotros, y, pese a ello, no acude a mi mente, en este momento, ninguna pregunta de valor.

SERGIO. —Cierta vez nos hablasteis, al pasar, sobre determinados hechos que ocurren entre los seres humanos, y aun de otras especies, repitiéndose el fenómeno hasta en los astros del firmamento. Me refiero a la influencia, el poder y la prerrogativa de los fuertes sobre los débiles, hasta el punto de vencerlos siempre sometiéndolos a su voluntad omnímoda. Y he pensado, naturalmente, que esa ley del más fuerte, venida tal vez de tiempos inmemoriales, corresponde en principio al instinto salvaje de las fieras y alcanza, a su vez, a la criatura humana físicamente desarrollada, de instintos fuertes e instrucción rudimentaria. Sin embargo, conforme a lo que habéis dicho en aquella oportunidad, dicha ley parecería configurar otros aspectos mucho más interesantes.

PRECEPTOR. —Hace poco, entre los temas de fondo que trataba, me he referido, en efecto, a ese punto. La ley del más fuerte es una realidad innegable que

rige en toda la Creación, pero constituye un grave error el atribuirla exclusivamente a las fuerzas inferiores de la naturaleza humana o al indomable instinto de las fieras.

En primer lugar, nadie es más fuerte que Dios —supremo Creador de cuanto existe en el Universo—, quien se reserva para sí la última instancia de todos los hechos y de todas las cosas. Siendo El, pues, indiscutible poseedor de la totalidad de las fuerzas cósmicas, debemos pensar que las emplea, lógicamente —como lo ha demostrado con toda evidencia a lo largo de incontables milenios—, en acciones constructoras, usándolas para destruir cuando ello obedece, únicamente, a causas, si bien desconocidas para nosotros, necesarias a la evolución de los mundos y de todas las especies vivientes.

FLAVIO. —Y esas causas, ¿por qué son desconocidas para nosotros?

PRECEPTOR. —Por las mismas razones en virtud de las cuales el ser desconoce muchas otras, hasta tanto no consagre el tiempo con que cuenta, en continuados esfuerzos de investigación, superando su saber hasta alcanzar el conocimiento de aquello que le interesa o preocupa.

SERGIO. —Entonces, ¿por qué motivo esa ley del más fuerte se manifiesta habitualmente en los que tienen más fuerza o pueden más, haciendo experimentar su rigor a los menos fuertes o a los débiles, en forma arbitraria, diría?

PRECEPTOR. —No se debe juzgar nunca por las apariencias. Hay seres que abusan de su fuerza oprimiendo al débil; ello es muy cierto; pero éstos, tarde o temprano, suelen ser castigados por la misma ley. Tiempo más, tiempo menos, una fuerza superior a la de ellos mismos les hará experimentar el rigor de su poder omnímodo —esta vez, para corregir— destruyendo, por lo general, al temerario violador.

A esta sabia ley vamos a descubrirla ahora en cada una de sus manifestaciones universales y humanas, o, al menos, en las más prominentes y por ende sugestivas. Comencemos por el ejemplo más cercano a vuestras inmediatas posibilidades comprensivas. Vosotros, en efecto, recurrís a mí, como en estos momentos, a fin de que os ilustre acerca de todo cuanto ignoráis y que, pese a vuestra búsqueda, no habéis podido dilucidar en parte alguna. Esto significa que acudís al más fuerte en busca de los conocimientos que, a su vez, os harán fuertes. Ahora bien: previo análisis de vuestro juicio, acatáis vosotros mi palabra porque os convence, jamás porque os lo imponga, pues ello implicaría contrariar la misma ley. La fuerza de la verdad comunicada es, precisamente, la que hace inclinarse con todo respeto las mentes de quienes la escuchan y sienten su poder constructor.

Cuando un estudiante afirma que es o está fuerte en historia, matemática o cualquier otra asignatura, ¿no manifiesta a las claras que la domina? Y antes de que ello aconteciera, ¿no ha debido recurrir a sus profesores —más fuertes que él— en busca de esa fortaleza o en su auxilio? El que domina cuanto atañe a los negocios, por ejemplo, ¿no es más fuerte que el que no tiene mayor experiencia en los mismos?; y la ley del más fuerte, ¿no está presente allí para advertir que el más capacitado en esa actividad es quien triunfa, venciendo los obstáculos y las dificultades que detienen y malogran el esfuerzo de los inexpertos? Cuando alguien expresa: "Mi fuerte es la música", o "es esto", o "es aquello", ¿no se infiere de eso mismo que, en cualquier orden de actividades o en cualquier ambiente (social, político, económico, cultural, espiritual, etc.), el que más sabe es el más fuerte? Desde luego, no en fuerza física, sino en la que resulta de su dominio de las situaciones.

El que aprende cualquiera de las artes conocidas debe someterse, por disciplina y lógico entendimiento,

a los dictados del que le enseña, por ser éste quien posee la fuerza que le permitirá aprender ese arte, debiendo, en consecuencia, obedecerle en todo cuanto atañe al mismo.

Si perdidos en medio de un inmenso bosque o en lugares montañosos, donde es difícil orientarse, encontramos de pronto a un guía, aun cuando posea un saber mucho menor que el nuestro o sea de escasa instrucción, en esos momentos será para nosotros el más fuerte y a él deberemos confiar nuestra ventura. ¿Quién se atrevería a discutirle sobre la mejor forma de orientarse? De ocurrir tal cosa, él, por toda respuesta, dirá sin duda que, siendo así, no son ya necesarios sus servicios, y seguirá su camino.

El más diestro en los juegos, ¿no es considerado también el más fuerte? ¿No se dice, a menudo, que Fulano es fuerte en esgrima, Zutano en golf o en polo, o Mengano en tenis? ¿Y no los respetan cuantos se miden con ellos? En los congresos científicos, filosóficos, literarios, etc., ¿no pasa lo mismo? El que más sabe en el asunto que se trata o en la circunstancia en la cual se encuentra, es siempre el más fuerte, indiscutiblemente, por ser, como ya he dicho, quien domina la situación.

SERGIO. —Muchas gracias, mi buen preceptor; habéis satisfecho ampliamente nuestra expectativa iluminándonos sobre un asunto, al cual, por mi parte, no le había dado la enorme importancia que ahora con toda claridad le veo. Nos habéis brindado una lección muy provechosa, y una vez más debemos reconocer, con toda lealtad, que sois para nosotros no sólo el más fuerte, sino también el guía que, por seguro camino, nos conduce hacia las fuentes madres de donde brota la fuerza universal.

### DIÁLOGO III

JAVIER. —En algunas de las enseñanzas logosóficas señalase muy especialmente la necesidad de unir los tiempos, mencionándose también el "tiempo de mitad". He procurado comprender el significado de las mismas sin hallar, empero, su verdadero fundamento. No concibo cómo puede unirse un tiempo a otro; a mi juicio todos son, a la vez, unidos e iguales. ¿Será que debo unir el tiempo de mi vida al de mi esposa e hijos? Y, en tal caso, ¿cómo lo amalgamo? ¿O se trata, quizá, de unir a otra el tiempo que dedico a una cosa? Pero de ser así resultaría inútil, pues no veo en qué puede beneficiarme eso. ¿Podrías explicarme el contenido real de la enseñanza que la define a mi entendimiento?

PRECEPTOR. —Unir los tiempos de mitad significa que el ser humano, habiendo alcanzado ya una capacitación intelectual adecuada, debe ordenar los tiempos de su vida, uniendo entre sí los que son de igual naturaleza. Acostumbrando su espíritu a ese ordenamiento tendrá ante sí la realidad de estar viviendo —conscientemente, desde luego— varias vidas en forma simultánea.

JAVIER. —Recuerdo, en efecto, haberos oído decir

que vivimos varias vidas en una, pero que, al ignorarlo, no podemos llevar cuenta de ellas y las mezclamos en lamentable confusión. Como vuestra afirmación me resulta hasta cierto punto incomprensible, os agradecería mucho me explicarais con amplitud tan original concepto.

PRECEPTOR. —Pese a que no lo comprendéis, es muy claro y, además, de una importancia fundamental para todo el que quiera beneficiarse con él, pues tiene la virtud de llevar a la comprobación de cómo fué aprovechado el tiempo vivido, al par que ayuda a aprovechar mejor el futuro por vivir.

JAVIER. —Si se trata de recordar todo lo que uno ha hecho en la vida, estimo que muy pocos se tomarán semejante trabajo; por lo demás, ello tampoco interesa.

PRECEPTOR. —¿Tan poco valor dais a lo que habéis vivido que así lo desestimáis?

JAVIER. —No lo dije expresamente por mi caso particular, sino recordando la modalidad general. En cuanto a mí, perdonad, pero debo deciros que no son suficientes los elementos que me dais para comprender con claridad este asunto.

PRECEPTOR. —Bien; veamos. Los tiempos de mitad, a que me he referido, son los que interrumpen la sucesión de los de una misma especie. Así, por ejemplo, hay en nosotros un tiempo consagrado a la familia, que debe ser interrumpido múltiples veces por los que dedicamos a nuestras habituales tareas y a ocupaciones o distracciones en las que la familia no interviene para nada. Teniendo esto presente, si llevamos conciencia de la propia vida en todos los momentos de nuestra existencia, debemos considerar el tiempo dedicado a la familia de tal modo como si esas interrupciones no existieran. Es lo que inconscientemente suele hacer el hombre al visitar a su amada, cuando le manifiesta que tiene la sensación de estar siempre junto

a ella, como si el lapso entre una visita y otra no existiera en el instante de volverla a ver. Nada os ilustrará mejor sobre el particular como conocer la forma en que yo procedo. Ordeno las diferentes vidas de esta manera: el tiempo que ocupó enseñando a mis discípulos constituye para mí una vida, la cual, midiendo cada tiempo que destino a ese fin, se extiende a lo largo de toda mi existencia física. Más aún, cuando me hallo entregado a esa grata labor, pareceme como si no la hubiera interrumpido jamás, tal es la sensación de realidad que experimento. Lo mismo ocurre al unir todos los momentos que dedico a mi familia: la impresión es de que siempre estoy viviendo la vida del hogar. Cuando escribo mis libros, conecto los tiempos que ocupó en ellos y experimento la agradable realidad de saber que esa actividad constituye una de las tantas vidas que vivo, vidas que lo son de verdad, porque existe en ellas la consecuencia metódica, el estímulo directo, la conciencia de su valor trascendente y la viviente fuerza que anima y fecunda a cada una con nuevas, variadas y más hermosas formas de realización. Los viajes que he hecho y haré, enhebrados todos en el recuerdo, forman también una vida, como la forman los tiempos que dedico a mis meditaciones o a mis descansos, sin que mezcle jamás una vida con otra. De esta manera se substancia en mí el tiempo eterno y disfruto de la existencia física con la más grande amplitud de conciencia.

JAVIER. —Me parece vislumbrar, al escucharos, la existencia de algún motivo especial para ofrecernos esta originalísima concepción de la vida, pero debo confesaros que estoy aún lejos de alcanzar el verdadero sentido o "leit motiv" del asunto.

PRECEPTOR. —No me sorprende; la comprensión de estos nuevos conceptos requiere un estudio previo de los conocimientos logosóficos, con el fin de que la inteligencia no discurra manejando los viejos elementos de que dispone hasta el presente. Voy a describi-

ros, pues, una imagen de mayor sugerencia. Suponed esto: un escultor tiene ante sí un bloque de mármol, un pintor un lienzo virgen y un escritor papeles en blanco. Los tres comienzan a trabajar; horas más tarde suspenden sus tareas para hacer otras, pasear inclusive. Al día siguiente, o tiempo después, las continúan, volviendo a abandonar muchas veces su trabajo por iguales motivos, pero adelantando cada vez más sus respectivas obras hasta acabarlas. Yo os pregunto, ahora, si quienes contemplan el óleo o la escultura, o leen el libro, tienen idea alguna de que sufrieron interrupciones en determinados momentos; y, de ser así, ¿os parece que podría señalar alguien los momentos de interrupción en la escultura, en la pintura o en la obra literaria? Ni el mismo autor suele tener conciencia de ello. Al unirse las mitades de tiempo, producidas por las interrupciones, cada obra constituye, pues, una sola pieza.

Este mismo principio puede aplicarse, igualmente, a todo lo demás. Así, podríamos unir cada una de las vidas que vivimos, y, al hacerlo, apreciaremos mejor el valor de los tiempos concurrentes a la formación de nuestra existencia. Si unimos también los tiempos en que nada hacemos, por pasarlos en holganza y en trivialidades, comprenderemos, con profundo pesar, cuánto se pierde y se ha perdido sin ningún provecho, ya que ese tiempo, al no registrarse en el haber de nuestra vida como algo digno de figurar en los anales de la evolución que lleva nuestra conciencia, debe ser considerado como vida sin vivir, esto es, vacía o muerta. Si tratamos de unir los tiempos que un jugador dedica a sus juegos favoritos, así como el que emplea en pensar en ellos, veremos que no le queda tiempo para dedicarlo a otra cosa fuera del que por obligación debe destinar a su trabajo diario. Lo mismo podemos decir de otros menesteres que absorben al hombre todo su tiempo sin resultado positivo alguno. Estos son los que se quejan después de



su mala suerte, mientras defienden el derecho de hacer cuanto les plazca con sus vidas; derecho que nadie discute, ciertamente, pero que bien podría servirles para enriquecerla, haciéndose así más útiles a sí mismos y a la sociedad.

JAVIER. —Encuentro de todo punto interesante cuanto me habéis explicado sobre la unión de los tiempos, pero debo insistir una vez más, si me lo permitís, en el sentido de no haber captado aún la utilidad efectiva de ese hecho. Acaso, ¿no vivimos igual sin unir tales tiempos?

PRECEPTOR. —Ahí está el error, pues no se vive igual, como vos pensáis. ¿Marchan iguales los negocios que se descuidan y los que se rigen por fiscalización contable? No, ciertamente, aun cuando sean del mismo tipo y jerarquía. El ser que organiza su vida ordenando inteligentemente los tiempos de la misma, disfrutará mil veces más cada momento que vive, porque uniéndolos instantáneamente con el pensamiento a trechos de una misma naturaleza tendrá, como ya os he dicho, la medida y el valor de cada vida que va viviendo en el curso de los años. Eso sí: para poder realizar la sutura de los tiempos similares se requieren, lógicamente, conocimientos que, como los logosóficos, lo lleven a uno de la mano.

Esta concepción de la unión de los tiempos da a entender, también, que todo tiempo inconexo de vida, todo lo que se interrumpe definitivamente, es vida que palidece y se esfuma de la conciencia. Quien no tenga interés en enriquecer su vida espiritual no hallará, seguramente, asidero a estas imágenes, mas para quien comprenda y estime en su justo mérito la enseñanza que os he dado, sobre todo después de haberla practicado con éxito, para ése tendrá, sin duda alguna, un valor inmenso.

JAVIER. —Creo hallarme comprendido en el segundo caso, pues presiento que, al aplicar este conocimiento tal como indicáis, obtendré al fin la comprensión ansiada.

## DIÁLOGO IV

PRÓSPERO. —No hace mucho mencionasteis al paso la existencia de un libro originalísimo, inédito aún, que se viene escribiendo por etapas. Como una obra de esa índole me resulta inverosímil, mucho os agradecería una aclaración al respecto.

PRECEPTOR. —El libro a que hice mención tiene la particularidad de ser leído más con el entendimiento que con los ojos. Algunos de sus capítulos sirvieron de guía a muchas generaciones del pasado. No pocos lo han buscado, más ello ha sido en vano porque jamás se lo ha hallado.

Ese libro universal es, en verdad, el Libro de la Creación. Sus páginas, abiertas a todas las mentes humanas desde que pueblan la tierra, contiene recuerdos e imágenes vivientes. Grabadas con caracteres imborrables, van quedando en él las más sublimes concepciones de los genios habidos en el mundo. Algo impide, no obstante, la comprensión de sus maravillosas páginas.

PRÓSPERO. —Presumo que ese algo que nos vela las imágenes del misterioso libro es, sin duda, la ignorancia.

PRECEPTOR. —Quizá lo sea. Pero veamos; quiero

haceros una pregunta: ¿Comprendéis vos, acaso, mis enseñanzas escritas, con la misma facilidad relativa con que comprendéis las que os doy personalmente, en forma verbal?

PRÓSPERO. —No; claro que no. En lo escrito hay siempre algo que nos hace dudar de nuestra certeza, por lo cual no podemos, en verdad, estar seguros de haber interpretado bien. Las palabras escritas parecieran complacerse en sugerirnos varias cosas a la vez, con el fin de confundirnos. Cuando os oigo, siento en cambio que mi comprensión se abre confiada al influjo de vuestra palabra, cuyo recuerdo se torna mucho más nítido que el de la escrita.

PRECEPTOR. —Ahí está, justamente, el misterio revelándose solo. Empero, no me habéis dicho, por haberseos pasado tal vez inadvertido, que a la palabra escuchada la acompañan, con atrayente y singular fuerza, los gestos de la fisonomía, la expresión de los ojos, los ademanes, las diferentes modulaciones de la voz, los silencios y hasta lo que se sugiere pero no se pronuncia, todo lo cual orienta la atención del que escucha llevándole a entender sin dificultades aun los más difíciles temas. De este modo, las imágenes quedan grabadas en forma indeleble; mas sobre ningún papel pueden ser reproducidas.

Pues bien; no sólo ocurre esto en el campo del gran saber, sino en todos los campos donde exista vida humana. Jamás podrá describir nadie los íntimos desasosiegos de una madre para con su hijo ni las hondas reflexiones o la preocupación de un padre pensando en su porvenir, sin desvirtuar o disminuir el fondo de grandeza que asiste a esos actos paternos. Jamás podrá expresarse en frías letras la ternura de un hijo al comprender los sacrificios de sus padres. También el llanto, cuando brota del alma, es idiomáticamente intraducible. ¿Puede expresar alguien el hondo drama de un enfermo al pronunciar palabras ajenas a este mundo en sus momentos de mayor an-

gustia? Y su extremo opuesto, esos instantes de inefable dicha —que por algo se los llama así—, ¿puede la palabra traducirlos? ¿Puede expresarse lo que siente el corazón humano y experimenta el espíritu, en tales circunstancias? ¿Qué decimos al contemplar un panorama de extraordinario encanto o al visitar un lugar maravilloso?: “¡Oh!, ¡qué grandioso!, ¡qué soberbio!”, u otras exclamaciones similares; mas, ¿es posible plasmar con palabras la imagen intacta de cuanto hemos visto y admirado? No, no es posible. Podremos ensayar mil formas descriptivas, pero el ánimo de quien las lea o escuche nunca sentirá ni experimentará las impresiones propias de quien vió lo que describe; para el primero serán tan sólo meras referencias. Eso sí: queda siempre la posibilidad de acudir al lugar descrito y recibir uno mismo la impresión, como quien va a la fuente de un libro a leer la página que tanto se le ha recomendado.

Así, pues, el Libro de la Creación, que nunca fué editado, se lo viene escribiendo desde las más remotas épocas. Muchos hay que han aprendido bastante de él; otros, en cambio, lo ignoran por completo, siendo estos últimos los más, desgraciadamente.

PRÓSPERO. —Con ser asombrosa la concepción de lo que habéis expuesto, no me es dado aún abarcar la profunda enseñanza contenida en ella. Sé que debo escudriñar muchas veces este asunto antes de que se revele a mi conciencia en toda su magnitud.

PRECEPTOR. —Naturalmente. Recordad lo que os dije: es el libro de las imágenes vivientes y de los recuerdos. Quise con ello significaros que no es para ser leído, sino para entenderlo y vivir cada uno, en su intimidad consciente, la parte que le ha sido destinada.

Yo mismo, ¿no voy escribiendo, acaso, sobre la vida de mis discípulos, una parte de ese libro que en sus recuerdos leen los ojos de sus entendimientos mientras van iluminándose las imágenes de los ins-

tantes en que fueron escuchadas mis palabras, ya en cenáculos, ya en clases o en conferencias? Sobre vuestra pantalla mental, ¿no se dibuja en esos momentos, con perfiles harto elocuentes, la silueta del preceptor enseñando con expresiones plenas de vida, con gestos y ademanes que os dan la sensación, unas veces, de que estáis siendo levantados en espíritu, mientras que otras, con mayor fuerza de expresión en el relato, os hace inclinar consternados, conmoviéndolos hondamente? Cuando levanta sus brazos, ¿no os colma de felicidad el verle bosquejar la imagen de un conocimiento que pareciera contener entre sus manos?

Es en esos instantes, justamente, cuando escribo sobre las vidas de cuantos me escuchan —fuera de lo que puede ser transmitido— esa otra parte que, para el propio recuerdo, queda grabada en cada uno tal como queda lo que ha sido visto por nuestros ojos y escuchado por nuestros oídos y que —os lo hice notar— no puede ser reproducido con palabras. La reproducción, sea leída, sea escuchada, no puede hacer experimentar nunca las sensaciones propias de la realidad vivida.

Por ello os mencioné el gran Libro de la Creación; sus páginas aladas conservan intactos los arcanos de la vida universal y de la vida humana, vedados tan sólo a la ignorancia, que los niega por desconocerlos.

## DIÁLOGO V

PRECEPTOR. —En diversas oportunidades os he hablado sobre la importancia del conocimiento del sistema mental y los pensamientos, mas veo que, pese a haber comprobado vos mismo su extraordinario alcance, su eficacia y los beneficios que reporta, os cuesta desprenderos de la vieja costumbre de delegar en los actos involuntarios la solución de los más pequeños incidentes de la vida y aun los de mayor volumen. Os pasan, así, inadvertidos muchos de los movimientos o actos de vuestra inteligencia, de los que deberíais llevar buena cuenta para comprobar hasta qué punto fuísteis consciente de vuestros propios aciertos o errores. Sin embargo, logosóficamente es ello imprescindible para afianzar sobre bases inmovibles el gobierno de nuestra vida. Más aún; si conservamos inalterable nuestra actitud consciente, o sea la conciencia de nuestro sentir y pensar en cada instante, vincularemos de hecho a nuestra vida cada cosa pensada, sentida o acontecida, y no sólo en calidad de recuerdo, sino en un latir constante cuya sensación de compañía, de compañía viviente, animada, mantendremos mientras los hechos, las cosas y hasta las personas conectadas episódicamente a nuestras vidas, constituyan un grato motivo de rela-

ción, o nos tornen agradable la existencia aun con su recuerdo.

SERGIO. —Es muy cierto ese descuido que tan a menudo nos desvía del epicentro de nuestras aspiraciones. Yo mismo he tenido oportunidad de verificar cómo los pensamientos nos llevan del brazo, por donde ellos quieren, tan pronto nos hallan desprevenidos presumiéndonos dueños de un conocimiento que aun necesita afianzarse en nosotros por un uso inteligente, para constituir un verdadero valor en nuestras manos.

Ante el magnífico despliegue de imágenes que elaboráis para mayor ilustración de mi inteligencia, siempre me acontecen irresistibles deseos de superar sin demoras las deficiencias que me impiden comportarme más ajustadamente a estos nuevos conceptos que me proporcionan tan bella oportunidad; pero la falta de voluntad para mantener el adiestramiento necesario hace que me vea sorprendido, una y más veces, actuando involuntariamente, como bien lo habéis dicho. Entiendo, sin embargo, que conforme aumente el poder activo de mi conciencia iré logrando una efectividad mayor en el uso y aplicación de los conocimientos logosóficos.

PRECEPTOR. —Nada tengo que objetar a vuestro discernimiento, de todo punto atinado; vos mismo habéis sentido la necesidad de ser más consciente en todo momento. Satisfaced, pues, esa exigencia de vuestro sentir y observaréis, acto seguido, cuán felices han de ser los resultados. Proponéos, por ejemplo, crear una idea con miras a un hecho feliz, como lo es el de proporcionar a vuestra vida una mayor amplitud del concepto que sensatamente a vos mismo os merezca. Haced trabajar vuestra inteligencia hasta que esa idea quede concebida, y seguidla en su desarrollo hasta asistir a su alumbramiento en vuestro propio pesebre mental. Considerad entonces a los tres reyes magos del simbolismo cristiano como las tres

fuerzas que han de presidir su nacimiento: la que le infundió la vida, la que permitió su desarrollo y la que la conservará.

Vos, como todos, tenéis en latencia esa posibilidad maravillosa de crear; mas pocos son los que, con virilidad de espíritu, fecundan la matriz mental para que nazcan lozanos los vástagos de la inteligencia. Incontable número de seres renuncia a ese derecho a la paternidad espiritual, malogrando, así, herencia tan sublime. Los hay también que llegan a alumbrar ideas bastardas, frutos de connubios mentales, cuyas descendencias llevan estigmas que avergüenzan a la especie. Finalmente, están los que por deseo, o aun en forma involuntaria, conciben una idea que a poco de ver la luz, o tras fatigoso crecimiento, desaparece sin llenar ninguna finalidad útil.

Que os sean propicias las luces vertidas por la Logosofía sobre este punto, para avanzar con mayor firmeza por el ancho camino que os muestra a cada paso todo cuanto el hombre puede hacer conscientemente.



## DIÁLOGO VI

NÉSTOR. —Siempre me ha resultado incomprendible ese hecho tan frecuente de perder las oportunidades que a uno se le presentan en el curso de su vida. Según entiendo, las más de las veces debe ser por incapacidad para advertirlas a tiempo, o bien por ignorancia. Pero esta reflexión no me conforma gran cosa.

OCTAVIO. —Estimo que esto de las oportunidades es una cuestión de azar, pues generalmente las aprovecha quien más suerte tiene, a menos que se tope uno con ellas por casualidad y no las deje pasar.

NÉSTOR. —Yo no las atribuyo tanto al azar, aunque, por supuesto, en el ajetreo de la vida algo influye. Si a uno le proponen un negocio que ofrece, por ejemplo, buenas perspectivas, y por desconfianza sobre el mismo o por recelo de quien se lo propone no lo acepta y otro se embarca en él obteniendo un gran éxito, yo diría que en un caso es incapacidad y en el otro suerte para estimarlo malo o bueno. Pero si tengo entre manos un negocio que no prospera, sin darme cuenta que es por falta de mayor dedicación y de energías, desentendiéndome de él justo cuando iba a prosperar, habré perdido, por impaciencia y falta de visión, la oportunidad que favoreció al que se hizo cargo del mismo.

OCTAVIO. —En verdad, las oportunidades también suelen perderse por descuido, como cuando no se llega a tiempo para finiquitar una operación que pudo habernos beneficiado con largueza, o en los casos en que la oportunidad de restablecer la salud se ha perdido totalmente por habérsela descuidado demasiado.

NÉSTOR. —De cualquier modo, parece evidente que toda oportunidad deja de serlo desde el instante en que es desaprovechada, resultándome difícil comprender la rigidez con que se manifiesta: cuando se presenta, apenas si hay tiempo de advertirlo.

PRECEPTOR. —He seguido con atención el curso de vuestras reflexiones acerca de las oportunidades y, por lo que os voy a manifestar, podréis apreciar ambos si habéis acertado o no.

La primera oportunidad y, por cierto, de lo más estimable, es la que el ser tiene al haber venido a este mundo, oportunidad que se extiende a todo el curso de su vida. Si él la aprovecha, cultivando la vida y enaltecéndola en una constante superación integral, se beneficiará, evidentemente, con esa gran oportunidad. Pero como son los más los casos en que se la pierde, el hombre suele servirse de pequeños fragmentos de esa gran oportunidad, aprovechándolos, cuando la ocasión se le presenta, para beneficiar una parte de su ser, generalmente la material o física, desechando otras mayores y más significativas, que podrían servirle para superar su parte moral y espiritual.

Cuando el hombre se abandona a expensas del azar, es lógico que toda oportunidad que aproveche —rara, por cierto— obedezca a ese mismo factor: el azar. Pero cuando se propone escalar posiciones en la vida desarrollando el curso de una especialidad profesional, o cuando se esfuerza por mejorarse internamente educándose en el ejercicio de una cultura superior, y perfecciona, en franco y constante empeño, las prerrogativas de su inteligencia, aprovechará, sin

duda, muchas oportunidades, por constituirse él mismo, de hecho, en agente directo de las mismas. Las oportunidades dejan entonces de ser tales para convertirse en el resultado lógico del esfuerzo realizado. Es el caso, entre otros, del estudiante universitario que tiene la oportunidad de recibirse y ejercer la profesión, y que luego, perfeccionándose, tiene una oportunidad más: la de ser llevado a la cátedra, y, sucesivamente, la de ser invitado, desde otros países, a pronunciar conferencias, dilucidar temas de su competencia, etc. Es el caso, también, de los que, habiéndose dedicado a un arte, a una ciencia o a una profesión, triunfan en ella por haber aprovechado los resultados de esa dedicación, en la que van implícitas la observación y la experiencia, y que, los demás, estiman como oportunidades que se les presentaron.

El preparar el campo de las actividades para que las oportunidades surjan de las posibilidades que el mismo ser ha creado, está, pues, en el propio hombre; ellas se manifiestan, desde luego, cuando ha llegado el tiempo de recoger el fruto de su esfuerzo.

Quienes desechan los estudios comunes, por ejemplo, jamás tendrán la oportunidad de saber lo que otros saben. Del mismo modo, quienes se encierran en sus dogmas pierden la oportunidad de conocer las grandes verdades que ofrece la Sabiduría Esencial a los que se aproximan a ella con el propósito de cultivar la alta ciencia que atesora, sin hallarse frenados por el prejuicio o por restricciones antinaturales.

NÉSTOR. —Os agradezco esta enseñanza extraordinaria que, inadvertidamente, ya estábamos practicando con excelentes resultados, siendo uno de ellos la oportunidad de escucharos personalmente, oportunidad que con todo gusto estamos aprovechando.

## DIÁLOGO VII

DIONISIO. —Quisiera expresaros algo que ha sido objeto de especial estudio de mi parte.

PRECEPTOR. —Nada más justo, entonces.

DIONISIO. —He observado la asombrosa facilidad con que modificamos los antiguos conceptos —admitidos por nosotros, sin mayor análisis— en función de los nuevos y fecundos que ahora nos presenta la Sabiduría Logosófica. Uno de ellos se refiere a Dios, nada menos. Aun cuando en los primeros años de mi vida admití ciegamente la dualidad del concepto religioso que nos presentaba, por una parte, a un Dios magnánimo, y, por otra, a un Dios colérico, no pasó mucho sin que empezara a oponer resistencia a tales afirmaciones teológicas, como asimismo a la inaccesibilidad divina, que a tantos ha llevado al fanatismo dogmático y a no pocos a la incredulidad rayana con el más obstinado ateísmo. Se me antoja fuera de toda lógica también la pretensión de invocar a Dios para que mitigue nuestros sufrimientos o para obtener gracias a las que no somos acreedores.

PRECEPTOR. —La Sabiduría Logosófica conduce al hombre, por los caminos del conocimiento, hacia las más excelsas verdades. Pero, lógicamente, el re-

corrido de esos caminos impone la realización de un verdadero proceso de evolución consciente, pues sólo así es como puede comprender el hombre lo que constituyó una incógnita para su vida.

Poseyendo el ser humano inteligencia, nada más justo que la emplee para discernir, en la medida que su ilustración le permita, sobre las causas o razones que lo vinculan a su Creador, como así también sobre su actitud consciente ante la comprensión de lo que le sugiere la omnipotencia cósmica.

DIONISIO. —Siempre que os escucho sobre este punto advierto el profundo respeto y la confianza que inspiran vuestras palabras. La experiencia me ha mostrado, con meridiana elocuencia, que la Logosofía no impone sus conceptos; antes bien, aconseja examinarlos con la mente libre de prejuicios, que vician el entendimiento y turban la razón. Por tal motivo, os pido que ampliéis mi comprensión respecto de ese posible vínculo que mencionasteis, ilustrándome sobre la forma cómo se lleva a cabo.

PRECEPTOR. —Debemos admitir ante todo, por ser un hecho cierto, que la especie humana es una realidad de la Creación. Por lo tanto, esa creación humana no puede estar separada de su Creador. Al no estar separada de su Creador, es preciso reconocer, con lógico fundamento, que existe en Dios un poder de transubstanciación que le permite segregar la sustancia que anima a la criatura humana. Y, siendo así, preciso es reconocer también la existencia de una parte humana en el Supremo Hacedor, y, del mismo modo, la existencia de una parte divina en todo ser humano, representada por el poder lúcido de su inteligencia y los imponderables rasgos de su excelencia moral, superada a su vez por la excelsitud de sus sentimientos, cuando han alcanzado éstos las expresiones máximas de elevación espiritual.

Por eso, al dirigir a Dios nuestros pensamientos e invocar su protección, consciente o inconsciente-

mente nos estamos dirigiendo a su parte humana, sensible a nuestra naturaleza. En tales circunstancias, no estará de más, empero, que nuestra parte divina, a la cual sin duda habrá El de dirigir su luminosa confortación, se halle debidamente capacitada para establecer ese contacto espiritual, tan sublime como benéfico.

DIONISIO. —¡Estupendo! Estimo que estos conceptos, tan grandes, tan humanos, habrán de triunfar sin mayor dificultad en la conciencia de todos los hombres.

PRECEPTOR. —Las verdades se imponen por sí solas a su tiempo, esto es, cuando cada hombre consienta en juzgarlas como tales para bien de su propia vida.

## DIÁLOGO VIII

PRECEPTOR. —Entre las múltiples rarezas de la psicología humana existe una que ofrece no pocos motivos para ser examinada, por la impresionante frecuencia con que se repite a través de infinidad de seres: es la inquietud con respecto a los misterios de la Creación y del hombre. Buscan e inquietan por todas partes, sin saber qué es lo que buscan y para qué lo buscan. Tampoco saben explicar qué es lo que en verdad quieren y para qué lo quieren. En muchos casos hasta ha sido necesario enseñarles a hacer eso: a saber qué es lo que buscan y qué es lo que quieren, y aun a saber por qué y para qué lo buscan o lo quieren; tal la incipiencia discernitiva de cuantos presentan la característica descripta.

EUSTAQUIO. —Es cierto; una cosa es imaginar o suponer esto o aquello, y otra, saber a ciencia cierta lo que se desea. Cuando tomamos contacto con la Sabiduría Logosófica, por ejemplo, codiciamos saber y tener cosas de las cuales hemos oído hablar alguna vez, o bien leímos en libros poblados de imágenes fantasmales, de alucinantes relatos quiméricos que, al par que subyugan, parecieran aguijonear nuestra tendencia a la aventura. Otros vienen, o venimos,

mejor dicho, con punzantes agitaciones internas promovidas por inexplicables hechos que nos han acontecido, deseando descubrir aquí, en las fuentes del Saber Logosófico, el enigma de nuestros desvelos. Los hay también que se allegan con ánimo de curiosidad, para poder hablar luego como si todo lo supieran.

Mas no bien nos internamos en los dominios de esta alta ciencia de la vida, pronto olvidamos todo aquello para preocuparnos por la realidad que se nos presenta, o sea el conocimiento causal de cuanto anima la vida universal y, por consiguiente, la propia vida. En esos instantes es cuando comenzamos a tener conciencia de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y deseos. Esta circunstancia nos hace cambiar fundamentalmente de manera de pensar. Ante la evidencia misma, no es posible dejar de ajustarse a una realidad que supera en mucho nuestra fantasía de ayer; y la supera porque nos hace ir más allá de lo que habíamos imaginado, ateniéndonos siempre a inalterables principios que, al modificar nuestros conceptos, nos encauzan directamente hacia lo mejor que podemos anhelar: la perfección.

PRECEPTOR. —Muy bien dicho. Es ello una demostración cabal del poder constructivo de la enseñanza, pues al mismo tiempo que destruye ese escenario de vistosos decorados, donde los títeres de la fantasía mental realizaban su función permanente, construye otro más sobrio y más real, donde actuarán entes animados —los pensamientos— cuyo papel principal consiste en representar en lo interno los adelantos que van lográndose en la obra de superación individual. El conocimiento logosófico empieza, como veis, por superar no sólo lo imaginado, sino aun lo que no imaginó el aspirante a la Sabiduría Logosófica.

EUSTAQUIO. —Y otra cosa que aparece bien clara a mi entendimiento es la de no perseguir metas irrealizables ni aspirar a la obtención de cosas que se esfu-



man en el momento mismo de su posesión, por carecer de bases permanentes. Nuestro punto de mira —según entiendo— ha de consistir siempre en la realización del gran objetivo que mueve hacia lo superior las fuerzas de nuestro espíritu y de nuestra voluntad. Sabemos ya que la Sabiduría Logosófica nos ofrece los elementos más valiosos de que podamos tener noticias, a fin de cultivar con pleno acierto nuestros campos mentales, señalándonos, al mismo tiempo, las perspectivas ilimitadas que existen para alcanzar el grado máximo de desarrollo de nuestra potencialidad mental y espiritual. Por tal razón vemos que la conquista de un conocimiento trascendente, o sea de un conocimiento logosófico, implica un proceso de preparación para que no se malogre la oportunidad que nos ofrece al poseerlo —imponderable, por cierto—, de ampliar nuestra capacidad evolutiva y comprender, a la vez, el derecho que nos asiste de ser cada día más dueños de nuestro presente y nuestro futuro.

PRECEPTOR. —Esos conocimientos de orden trascendente son, en efecto, los que alumbran la inteligencia humana enriqueciéndola con los valores más inestimables. En el proceso de evolución consciente es donde cada uno aprende a confiar sólo en sí mismo, constituyendo esto el secreto del triunfo. Confiar en las propias fuerzas significa esforzarse en mantener el equilibrio bío-psíquico-mental, sin que debilidad alguna haga descender el platillo de la balanza del criterio.

No estará de más el recordaros aquí una verdad que muestra claramente una realidad innegable: el proceso evolutivo que la Logosofía preconiza y enseña mediante realizaciones conscientes hace experimentar, sentir y apreciar tal realidad al comprobarse que en la vida de realización consciente cumplida con el auxilio de sus conocimientos los años no se computan como tales para la experiencia humana, por la excelsa razón de que si un individuo de gran

capacidad y saber realiza en un año lo que otros tardan diez, veinte o setenta, ese año representa, en medida de tiempo, lo que representan para otros los años que requieran para llevar a cabo el mismo proyecto o idea. De esto se infiere que, multiplicando la actividad y empeño propios, viviremos mejor y más intensamente la vida; que lo vivido en un año, por ejemplo, representará lo que para otros representen diez, veinte o setenta.

## DIÁLOGO IX

LAUREANO. —Cada vez que se ha hablado del "Juicio final" o, mejor aún, del "Día del juicio" ha sido costumbre, en el común de las gentes, mirar ese hecho señalado en la profecía apocalíptica como algo tan lejano, que, si bien hubo de preocupar la mente humana con cierta aprensión o temor en oportunidad de algún acontecimiento inesperado —de aquellos que de tanto en tanto ocurren en el mundo—, muy pocos le atribuyeron la posibilidad de un cumplimiento que tuviera el carácter de consumación universal. Sin embargo, cada religión, por su parte, se encargó de incluir en sus prédicas la imagen que tal vaticinio debía sugerir al alma humana, pero nadie hasta el presente intentó formular una interpretación que pudiese estar al alcance de la comprensión común. Me agradecería, pues, saber qué hay de cierto en todo eso.

PRECEPTOR. —Cuando debemos abordar temas de esa naturaleza, que ultrapasan los conocimientos comunes a todos, elevándose por encima de los límites del dominio científico para escalar las profundidades de lo incognoscible, nos es imprescindible necesario utilizar siempre, como medio seguro de

conducción inequívoca hacia el esclarecimiento de semejantes incógnitas, una lógica incommovible, ajustada a una realidad tal que la mente que sigue la trayectoria de esa exploración sienta y experimente, paso a paso, a medida que asciende de un punto —que debe ser de apoyo por su consistencia y ubicación— a otro, por vía analógica, esa sensación sublime de verosimilitud que concede la comprobación realizada del hecho que se investiga.

LAUREANO. —Sabemos que el Universo está regido por leyes inexorables, que imponen a la Creación la voluntad suprema de Dios.

PRECEPTOR. —Es verdad, pero no es imposición arbitraria ni a ellas debe obedecerse ciegamente, sino con plenitud de conciencia. Para todos los seres vivientes, desde el más infinitamente pequeño hasta el más grande, fué instituído un proceso genialmente determinado por una ruta única, que todos deben seguir hasta su meta: la perfección. Desde el comienzo hasta su fin, este proceso se llama evolución.

Quien infrinja las leyes, quien quebrante la voluntad de Dios en ellas manifestada y se pierda en la inmensidad corriendo la suerte de los desventurados que se identificaron con el error, sufrirá las inevitables consecuencias de su temeridad.

LAUREANO. —¿Mas cómo evitaremos infringirlas, si no tenemos un conocimiento cabal del mecanismo de las leyes? ¿Por qué no traemos ya al nacer ese conocimiento tan necesario para la vida?

PRECEPTOR. —Mirado desde el punto de vista común, eso sería, desde luego, extraordinario, pero teniendo presente que el ser humano debe cumplir sucesivas etapas de evolución en las que alcanzará ese conocimiento, no podemos pensar en restarle un mérito que debe conquistar con sus propios esfuerzos.

Decididamente, la criatura humana, a pesar de poseer una estructura física y orgánica completa, es,

en lo que respecta a su constitución mental y psicológica como entidad consciente y espiritual, un ser en formación. Por otra parte, es tal la cantidad de obras que debe realizar por imperioso mandato de su especial naturaleza y las innumerables prerrogativas que le conceden sus posibilidades mentales que, obligadamente, tiene que cumplir con todas las exigencias que le demande la realización de ese gran proceso llamado evolución, si no quiere perecer o, más claro aún, desaparecer de la vida universal como privilegiada de las especies y como ser destacado en las funciones que le conciernen como colaborador del pensamiento supremo en sus diversas manifestaciones mentales y físicas.

El hombre debe darse cuenta de que el objeto de su existencia no se reduce a comer y dormir, pues ello implicaría vivir en la más oscura ignorancia y colocarse a la altura de la animalidad. Aquel que aspire a ser algo más de lo que es, y aún más: a ser el hombre concebido por el pensamiento original y supremo, tiene que comprender que el conocimiento es el camino único e inconfundible para lograr una superación ascendente hasta el máximo concedido a la naturaleza humana, y desde esa posición deberá abrir con su propio entendimiento y sus propias fuerzas las puertas que dan acceso al reino de los grandes, donde jamás podrán penetrar los ignorantes ni los tontos, ni tampoco aquellos que vivan al margen de esa realidad universal.

LAUREANO. —¿Y qué relación tiene todo esto con el juicio final?

PRECEPTOR. —Tiene, y mucha, como podéis observarlo siguiendo el orden de las causas expuestas. Para la especie humana, el juicio final jamás puede ser el tope catastrófico en donde deba estrellarse el destino de todos sin excepción. En el hombre, la presencia del espíritu, apartándolo de la animalidad,

constituye la más absoluta garantía de que su juicio debe ser individual, no en masa.

LAUREANO. —Lo que acabáis de decirme constituye todo un aliento para el alma, temerosa siempre de la llegada de ese fatal día.

PRECEPTOR. —Siguiendo ahora, al pie de la lógica, la explicación que habéis solicitado, debo advertiros, sin más trámites, que ese "Juicio final", tal como lo imagina la mente común, es un mito. El juicio divino está abierto desde que existen conciencias para ser juzgadas y no se clausurará hasta que Dios lo disponga. Pensar que las almas al dejar la tierra deberán esperar millones de años para ser sometidas a ese juicio, es admitir la hipótesis más absurda. Nada puede quedar paralizado o inerte, y, mucho menos, los seres en evolución. ¿Qué puede interesar a Dios lo que haya hecho una criatura humana hace cien mil años? Lo mismo que al hombre lo que hubiera hecho su perro veinte años antes, aunque viviera; y no digamos lo que pudo haber hecho una molesta hormiga, podando sus plantas a destiempo.

Muy al contrario de lo que se piensa es ese Tribunal supremo e incorruptible. Allí las almas son juzgadas individualmente, de época en época, por rigurosa clasificación de tiempo y realización. Reunida la Magna Asamblea, formada por la augusta y soberana corte celestial, aparece Dios en el Supremo Trono de la Justicia. Como defensores asisten a ese Tribunal los grandes espíritus que encarnaron en la tierra; los que en ella fueron gigantes en sabiduría; aquellos cuyos nombres todos conocieron y respetaron. En otros términos, cuantos asumieron graves responsabilidades históricas guiando a pueblos y razas.

Cada uno asume la defensa de las almas que habitaron el mundo en su época. Acusan y defienden a la vez, y la palabra que emiten ésa es la que Dios juzga, porque es su propia voz hablando a través de sus hijos más amados. Mueve, pues, a misericordia

pensar en la candidez de tantos que creen que, por lo menos, en el juicio final podrán ver a Dios, sin haber hecho nada para obtener tan magna gracia.

Ese juicio está abierto desde el principio y no es final sino para aquellos que son juzgados definitivamente.

Las leyes universales existen para condenar o absolver. Las almas que no quieran cumplir un destino penoso, purgando instante tras instante sus faltas, habrán de aprestarse a dejar de ser lo que son y encaminar sus pasos hacia la adquisición de uno de esos sitios que los grandes ocuparon aquí y ocupan allá. Unica forma de dejar de ser pequeño, es decir, uno de los tantos seres en quien nadie repara, pese a figurar entre los hombres.

LAUREANO. —¡Interesante exposición! Fácil es entender, ahora, la admirable configuración de las leyes obrando sobre las criaturas humanas y rigiendo todos sus movimientos, desde el principio hasta el fin de sus existencias.

PRECEPTOR. —Así es; por ello, el hombre debe y puede enmendarse, corregir sus errores y perfeccionarse para alcanzar la mayor de las venturas: ser juzgado entre los mejores.

## DIÁLOGO X

FELICIANO. —Me han llamado siempre la atención esas escenas singulares, propias de las despedidas motivadas por un largo viaje, partidas hacia la guerra, separaciones irreparables, etc. Naturalmente, he procurado explicarme esas circunstancias que asumen en ocasiones contornos desgarradores, con la reflexión de que, en tales momentos —viajes a lejanas tierras o idas a la guerra— se teme no ver más al que se aleja y, recíprocamente, al que se queda, sentimiento éste que aparece, como un augurio triste, empañando de lágrimas los ojos e inundando el corazón de pena. En cuanto a las separaciones irreparables —casos de muerte—, me las explico por el vacío que dejan en nuestra vida y por el dolor que ocasionan semejantes pérdidas. Pese a ello, presumo que existe detrás de estos hechos un enigma que no alcanzo a penetrar.

PRECEPTOR. —En los protagonistas de esas escenas se pronuncia, en efecto, una impresión de indescriptible fuerza evocativa que conmueve sus fibras más hondas. En esos momentos, precisamente, es cuando cada ser humano tiene la sensación de experimentar el desprendimiento de algo que antes



—cuando formaba parte de su vida, digamos— nunca había sido valorado como en el momento de la separación, en que se lo justiprecia en el más alto grado. En ese amargo trance es, pues, cuando al ser lo turba todo el rigor de una realidad a la que antes permaneciera insensible. Esa realidad representa el completo olvido, la indiferencia o la monotonía en que habíamos incurrido respecto a seres estrechamente vinculados a nosotros, experimentando y exteriorizando en esos breves momentos de la vida, muchas veces excepcionales, la intensidad de un afecto que mantuvimos silenciado dentro de nosotros. Esa realidad parecería señalarnos también los valores y virtudes que no supimos apreciar en la persona amada, pasando por nuestra mente la imagen de cuanto debimos haber hecho para que ese amor o ese cariño profesado hubiesen hecho más feliz a la criatura de la cual nos separamos. En verdad, se siente en dichos casos, de semejante a semejante, la inmanencia de lo divino. Desfilan allí, al conjuro de mil recuerdos, las horas felices o desdichadas vividas en común, como así también los afectos y servicios mutuamente prodigados y olvidados con tanta frecuencia.

Todo ello acentúase hasta el paroxismo en las separaciones definitivas. Durante esos instantes, tan solemnes para el alma humana, se piensa siempre lo mejor que es dable pensar de lo que fué e hizo en vida el que se ha ido, perdonándosele piadosamente los errores. Con tal de retener al ser querido, ¡qué no se daría en esos momentos!

No obstante, ese hecho constituye una de las grandes experiencias que, reproducida a través de los siglos, la humanidad aún no ha comprendido. Y no la ha comprendido porque nunca se le ocurrió pensar que, aparte del hecho en sí, ella entrañaba una enseñanza que todos los seres debían captar.

FELICIANO. —Mucho me satisface la explicación que me estáis dando porque descubre a mi intelligen-

cia un detalle de inestimable valor: la magnitud del concepto que nos merece el ser querido en esos instantes supremos. Pero aún me queda por entender en qué consiste la enseñanza mencionada, pues estimo que ya debiéramos corresponder a la misma con nuestra comprensión.

PRECEPTOR. —La enseñanza se descubre, en efecto, si se piensa que en la casi totalidad de los casos los seres unidos por afectos familiares o por vínculos de amistad, rara vez se prodigan el sentimiento de estimación tal como correspondería, conforme, desde luego, a la calidad del vínculo unitivo. Ese afecto o estimación acentúase a veces por razones excepcionales —enfermedades, desdichas, placeres, etc.— mas, con no poca frecuencia se promueven distanciamientos, producidos por la intemperancia, los desentendimientos y rencillas, tan comunes en la vida familiar. ¿Cómo se concilia, pues, la exaltación del sentir en el instante de las separaciones con la casi indiferencia demostrada antes del acontecimiento?

La enseñanza salta ahora bien clara al entendimiento: pensemos que en cualquier momento puede producirse esa clase de separaciones y comportémosnos como si en verdad fueran a ocurrir, esto es, evitando las intemperancias, los desentendimientos y las rencillas con el ser querido, y procurando, en cambio, que nuestra compañía siempre le resulte grata. Atenuémosle sus faltas y propiciémos en él los mismos propósitos y sentimientos. Si el trance penoso llegara a producirse, nos sentiremos más reconfortados pensando haber sido, en todo momento, consecuentes con el afecto que por él sentimos. Esto evitará tardíos arrepentimientos, que nada remedian. Cuando esta enseñanza sea comprendida y aliente la vida de quienes la realicen habrá, seguramente, más bondad en los corazones humanos.

FELICIANO. —Lo mismo pienso, sin la menor sombra de duda.

PRECEPTOR. —Por ello insisto, e insistiré siempre, en que se comprenda la gran enseñanza surgida de estos hechos: si la realidad de supremos instantes nos ha demostrado la existencia en nosotros de posibilidades que habían permanecido estáticas, comportémonos conforme a nuestro sentir y pensar, sin mezquinar el saludable y benéfico acto comunicativo que el alma tanto agradece y tan grato resulta a cuantos forman el círculo de nuestros afectos. Mas esto sólo podrá lograrse, en la más amplia medida, si diariamente pensamos que nosotros o ellos, nuestros seres queridos, hemos de partir instantes después, quizá para no vernos más.

Cuánto más felices habrán de ser las horas de nuestras vidas si, adoptando tal conducta, dejamos de ser crueles con nuestros afectos, y, con delicadeza de espíritu y expresiones discretas de nuestro sentir, los prodigamos, hoy y siempre, sin esas restricciones que antes impusieran las reservas del carácter.

## DIÁLOGO XI

CIRILO. —¿Por qué acontece con los conocimientos logosóficos que, pese al entusiasmo que despiertan en nosotros, los perdemos u olvidamos, justamente cuando ya creíamos que nos pertenecían por haber captado el hondo contenido de sus enseñanzas? Otras veces, en cambio, pareciera que se adentran en nuestra vida, experimentando entonces el placer de contar con ellos tan pronto los evocamos en nuestra mente para ampliar las perspectivas del propio entendimiento. ¿Qué influye para que esto ocurra y qué debe hacerse para evitar lo primero?

PRECEPTOR. —No me extraña en absoluto la pregunta que formuláis, por tratarse de un episodio muy frecuente en la vida de los que acuden a menudo a las fuentes del Saber Logosófico.

Muchas veces me he figurado a los conocimientos trascendentes de la Logosofía como a pájaros que nacen y viven bastándose a sí mismos en los dominios de la creación logosófica. Sucede que, cuando una de esas hermosas y delicadas existencias aladas se deja atrapar graciosamente por el que ansía poseerla, éste la encierra prontamente en su jaula mental y, por el solo hecho de saberla en su poder, olvida

prodigarle los cuidados que tan solícitamente requiere toda avecilla carente de libertad. Ocurre entonces que se torna arisca, hiriéndose contra los barrotes de su prisión, o sea, de la inercia mental. Os he trazado esta imagen porque representa el caso de aquellos que, sin hallarse aún en condiciones de comprenderlos, exigen se les dé conocimientos que luego no saben valorar y menos todavía aprovechar.

Curioso es observar también a aquellos que exhiben el conocimiento trascendente ofreciéndolo a las miradas como si fuese un pájaro embalsamado, falto del encanto que le da la vida; como una pieza de museo de extraña rareza, sin sospechar siquiera el singular valor de la especie a que pertenece ni su utilidad cuando, venido a nuestros dominios, destruye, al igual que las simpáticas gaviotas, los insectos del campo mental, posándose sobre la tierra removida y pronta para una nueva siembra. Empero, hemos de apartarnos del símil para destacar una diferencia importante, y es que el ave mental, además de cumplir aquella industriosa tarea, transporta en su pico la incorruptible semilla del saber.

CIRILO. —Lo que más me llama la atención es la riqueza de recursos que posee la Sabiduría Logosófica para presentar con sencillez y claridad el fondo de tan elevada doctrina. Conceptúo fuera de toda duda que es un nuevo y formidable método didáctico que habrá de robustecer vigorosamente los adoptados por la enseñanza corriente.

PRECEPTOR. —En realidad, lo que define al método logosófico no es su presentación, sino la fuerza del conocimiento que da vida y mueve a las imágenes que se substancian en las enseñanzas. La diferencia de contenidos entre éstas y las comunes es lo que constituye su originalidad.

CIRILO. —Os pido me disimuléis si os he interrumpido en tanto pintabais con depurada policromía ver-

bal tan interesantes como atrayentes motivos. ¿Agregaréis algo más a lo dicho?

PRECEPTOR. —Sin el menor inconveniente, puesto que multiplicánse las imágenes que con expresión análoga matizan el pensamiento escogido, representándonos nuevamente el conocimiento trascendente como a un tierno pajarillo que el incipiente investigador de la Logosofía recibe para su cuidado del criador y al que, a semejanza de lo que suelen hacer los niños, aprieta demasiado entre sus manos por temor de que se escape, a consecuencia de lo cual muere asfixiado. Los hay aun que, por verlo pronto bien emplumado y cantando lo embuchan con alimentos impropios, y tanto lo manosean que terminan con su vida.

Otras aves tienen mejor suerte —y vendría esto a explicar el segundo caso de vuestra pregunta—, al caer en manos inteligentes que saben tratarlas con especial cuidado. De ese modo siéntense a gusto; pronto visten sus preciosas plumas, y, familiarizándose con su criador, les hacen oír sus mejores y más dulces trinos. Así ocurre con el conocimiento cuando ha hallado quien lo comprenda y le prodigue con entusiasmo y alegría la solicitud y preocupación que exige su elevada naturaleza, índice característico de todo lo que se hace con amor. Este también hace escuchar su maravilloso canto, despertando en el alma ecos supremos de insospechadas ansias de superación. A su conjuro emergen las dormidas fuerzas del espíritu, de estáticas convertidas en dinámicas. Una nueva luz enciéndese en la mente, y, mientras el corazón enternecido se llena de esperanzas, afloran las ideas y proyectos que mueven la inteligencia animando toda la vida mental.

## DIÁLOGO XII

RENATO. —¿Cómo podría yo, en mi afán de perfeccionamiento, alcanzar rápidos progresos? Unas veces, cuando vislumbro la proximidad de algo que antes me parecía inalcanzable, siento una alegría indescriptible; en cambio, otras, paréceme como si la inercia me arrebatara el entusiasmo, invadiéndome un decaimiento que no siempre puedo vencer.

PRECEPTOR. —Ello obedece a que aún vivís a merced de las fluctuaciones del ambiente mental externo. ¿Olvidáis, acaso, que antes de haber alcanzado el elixir de la Sabiduría es menester sentir las amarguras de la ignorancia? Sabéis muy bien que nunca se llega a ser fuerte sin antes haber experimentado las angustias de la debilidad.

RENATO. —Es eso, justamente, lo que estoy sintiendo; de ahí mi ansiedad.

PRECEPTOR. —Organizad entonces las actividades de vuestra mente, para emprender sin demora las tareas propias de vuestro perfeccionamiento.

Si os proponéis seguir el camino del conocimiento, tratad entonces de no ser sorprendido por pensamientos que contraríen esa determinación. Vigilad

siempre para que vuestros esfuerzos no dependan tan sólo de un fragmento de entusiasmo o de un instante de vehemencia, y sed mesurado en el empleo de vuestras energías internas haciendo que actúe vuestra voluntad inteligentemente dirigida.

RENATO. —Conceptúo estas enseñanzas como oro potable o agua lustral que calma nuestras inquietudes, y, a la vez, como elementos imponderables para nuestra renovación por la verdad en el amor y el amor a la verdad. Comprendo que debemos hacer nuestro el soplo vital que contienen, por ser él elixir de eterna juventud. Sólo así podremos dar al cuerpo esa frescura juvenil incorruptible y al espíritu esa virilidad que tanto necesita para triunfar siempre contra el mal.

PRECEPTOR. —Es verdad; pero escuchad y comprended que las palabras que os doy en consejo no debéis olvidarlas, pues ellas son como señales que irán iluminando vuestro camino. Si enriquecéis el corazón con ese oro potable, que es haya perfumada, de sin igual belleza, podréis convertirlo en recinto de sosiego y ternuras infinitas.

En el sacro oficio de la realización podréis oficiar con vuestros más íntimos y familiares pensamientos el verdadero culto, grato a Dios, por ser ofrenda purificada.

Cuando el hombre, tras mucho andar en busca de la verdad, cuya esencia desconoce, logra al fin encontrar el camino que lo conduce a ella y, además, el guía, experimenta una plácida alegría que aumenta progresivamente en razón directa con su convicción, cada vez más sólida a medida que la evolución consciente le hace sentir los extraordinarios beneficios que recibe.

RENATO. —Advierto que debemos ser fuertes para no caer en la tentación de las hortalizas de Egipto, y asimismo nuestro corazón debe estar siempre listo y alegre para recibir su maná.



PRECEPTOR. —A medida que se vaya produciendo vuestro despertar os iré enseñando a vivir en ese otro mundo donde el pensamiento cobra su prístina pureza; paulatinamente, mientras vais recogiendo en vos mismo, viviendo en lo externo lo estrictamente necesario, veréis cómo en vuestro interior se operan los cambios que inevitablemente requiere la nueva arquitectura psicológica.

La progresión gradual de los sentidos por las nuevas posibilidades que se abren a los órganos de sensación interna, implica uno de los característicos síntomas de la evolución consciente, como sería igualmente un síntoma determinante de actividad visual la comprobación del ciego que por primera vez en su vida comienza a distinguir los objetos que le rodean; en uno y otro caso la alegría que se experimenta es idéntica, a juzgar por las exclamaciones espontáneas de los agraciados.

RENATO. —Ciertamente; he comprobado ya la saludable y benéfica influencia de la misma sobre mis pensamientos y mis sentimientos. Observé los cambios que vos sabiamente me describís y noté cómo la mente, antes circunscripta a las preocupaciones de orden externo y con miras, por lo general, egoístas, aumentó su capacidad de comprensión. No ocultaré tampoco que, gracias a esa experimentación constante a que nos impele la enseñanza logosófica, fui adquiriendo un anhelo más real y consciente de ser mejor, superando mis condiciones al tiempo que practico la caridad con verdadero conocimiento de causa. No siempre, empero, me es dado interpretar debidamente la palabra del saber. Debo hacer a veces verdaderos esfuerzos meditativos para alcanzar sus hondos significados.

PRECEPTOR. —Para el ser que no ha superado su conciencia, las palabras quedan sobre el papel convertidas en cadáveres, pues la mente común, que invierte con mucha frecuencia las imágenes, hace que

lo que es vida verdadera aparezca inexpresivo, como algo inerte. A tanto llega, que, en muchos, esa mente se asemeja a una hiena —sinónimo de fiera— porque sólo se alimenta de cadáveres. También es una Babel, por ser la personificación de Babilonia.

RENATO. —Esto es interesante; cada palabra parecería contener un mundo de sugerencias que nos invita a pensar y descubrir los inapreciables tesoros del saber.

PRECEPTOR. —No obstante, debéis despegar suavemente, con vuestra inteligencia nutrida y preservada por la letra viva de la Sabiduría, la película que las envuelve, sin fragmentarla.

En los preceptos que Hermes perpetuó en su admirable Tabla de Esmeralda, está indicado que la obediencia a la ley ampara de todo mal al futuro depositario de las verdades eternas; y si él no obedece y deja de nutrir su espíritu con la sangre inmaterial que lleva a su ser el nuevo linaje, se cortará ese cordón umbilical por donde se alimenta el nuevo ser, siendo esto lo mismo que si destruyera la fecundación.

RENATO. —Entiendo que el que no obedece a la razón que le ilumina hace su tierra infecunda, y ya no puede la lluvia penetrar en ella porque su superficie se cubre de una capa gredosa y resbaladiza.

PRECEPTOR. —En efecto; conviene ahora recordar que la mariposa liba el néctar de las flores de su elección cautivando a quien la ve, mas la crisálida debe permanecer quieta, en silencio, hasta finalizar su proceso de transformación.

RENATO. —Comprendo que la obediencia se funda en la disciplina y también en el principio de acatamiento inteligente de lo inferior a lo superior, pues lo contrario sería subordinación forzada. Ese cordón umbilical de que me hablasteis lo interpreto como el vínculo de unión entre la Mente Cósmica y la mente

humana. De ahí que la nueva vida que en el ser se organiza debe seguir un proceso perfecto de alumbramiento, es decir, iniciarse en las altas concepciones de la Creación.

PRECEPTOR. —Tened presente también que las flores nacen en la punta de los tallos y las frutas en lo alto de las ramas. Para alcanzarlas debemos levantar nuestras manos.

RENATO. —Es verdad, pero también hay flores modestas y frutas que están en lo bajo, a la altura del pie.

PRECEPTOR. —¿Para tomarlas del suelo no debemos, acaso, inclinar reverentes nuestra cerviz, posando en tierra la rodilla?

RENATO. —Nada se me ocurre decir ante vuestra elocuente enseñanza.

PRECEPTOR. —No olvidéis, entonces, que de la manera como veáis la verdad percibiréis su oculto significado, y también que del modo como la percibáis podréis verla en toda su magnificencia.

Tomad, pues, en vuestras manos la blanda arcilla, y comenzad desde ahora la labor modelando el arquetipo de esa imagen a la cual queréis semejaros.

## DIÁLOGO XIII

PRECEPTOR. —Abordaremos hoy un tema que habrá de resultaros muy grato, sin duda alguna, máxime porque extraeréis de él singulares deducciones para enriquecer vuestro caudal consciente.

FELICIANO. —Cuando nos habláis, con encantador acento, de las maravillosas concepciones de vuestra mente nos hacéis experimentar siempre un deleite extraordinario. Por lo tanto, presiento que ese tema nos dejará, como de costumbre, absortos en profundas meditaciones.

PRECEPTOR. —No estáis desacertado, mas esta vez habréis de prestar la máxima atención para que os resulten provechosas las imágenes que voy a presentaros.

Fijad bien, ahora, vuestra mirada mental sobre todos aquellos seres que nunca llevan cuenta de sus actos. Para ellos siempre es eventual lo que harán mañana, si difiere de lo que por rutina se repite a lo largo de sus días. Son vidas estériles las suyas, vidas que jamás fecundan ninguna idea útil para sí mismos ni para el bien común. ¿Cómo actúan, cómo se mueven esos seres? Observadlos bien; en derredor, y aun dentro de sí mismos, hay un vacío agobiante. En nada

serio piensan. Consumen sus horas divagando o distraídos en mil cosas vanas, cuando no las gastan en un lascivo dejarse estar o buscando con febril empeño alguna diversión para huir de su propio aburrimiento. Pues bien: ¿cuántos se hallan en esas condiciones?

FELICIANO. —A mi juicio, su número es tan grande que abarca los conjuntos más nutridos de la especie, y no veo ni acierto a pensar cómo podrá modificarse una situación creada, que de tan lejos viene. Son las suyas hechuras psicológicas endurecidas por inveteradas costumbres, y, sus temperamentos, rebeldes a toda enmienda individual.

PRECEPTOR. —No responderé en este momento a vuestro interrogante para no apartarnos del tema, pero al final de la exposición quizá halle oportuno referirme a ese punto. Dirijamos ahora nuestra mirada hacia ese otro conjunto de seres que, con mayor preparación, se empeña en el cumplimiento de sus respectivos deberes profesionales. Veámoslos sumidos en fatigosas tareas, cuya trascendencia no va más allá de la satisfacción del deber cumplido y las prerrogativas de un bienestar presente y futuro. Los hombres de ciencia, por su parte, realizan sus esfuerzos ajustándose a un riguroso método, conforme al cual llevan cuenta de sus adelantos en cada labor emprendida, siendo muchos los esfuerzos de ese orden que han tenido repercusiones felices en beneficio de la humanidad; mas pese a la labor humanitaria que unos y otros puedan haber realizado, nada induce a conceptualizar sus esfuerzos en el cuadro jerárquico de las ideas y medios trascendentes. Voy a ser más conciso: supongamos que el descubrimiento de un hombre de ciencia beneficie, en efecto, a sus semejantes al inmunizarlos contra tal o cual enfermedad o al proporcionarles un adelanto material proveniente, por ejemplo, de un gran invento. Bien; el hombre disfruta de ese descubrimiento o de ese invento, pero perma-

nece ajeno al conocimiento vivo que culminó con el primero o substanció el segundo. No hay, pues, trascendencia para el fuero interno de los seres en sí. La conciencia individual, o sea el hombre como ente consciente, sabe de la existencia del aporte, pero no se enriquece a sí misma; por lo tanto, el hecho carece de trascendencia para su evolución. En cambio, todo conocimiento que le es transmitido para su perfeccionamiento en el orden de las conquistas del espíritu es, al juicio logosófico, de verdadera trascendencia para el ser individual, desde el momento que lo capacita para realizar un esfuerzo de naturaleza análoga, sustrayéndolo así del conjunto, que sólo vive a expensas de lo que hacen los demás, beneficiándose egoístamente sin seguir el ejemplo de aquellos que sirven con sus ideas y afanes al progreso de la humanidad.

Logosóficamente, se aconseja adoptar una actitud invariable en las tareas que ocupen nuestro tiempo con miras de un orden trascendente. En cuanto a mí respecta, acostumbro a tener diversos trabajos en vías de ejecución. Reparto así mi tiempo, dedicando por turno mi atención a unos y a otros. Al terminar algunos de ellos, preparo sin interrupción otro nuevo que los reemplace, poniendo siempre, en cada uno de los mismos, algo de mi propia vida. De este modo, en el alma de cada trabajo que proyecto y llevo a cabo, yo mismo estoy viviendo. Los realizo en conjunto y en forma simultánea, sirviéndome de solaz y de refuerzo a mi ánimo y a mi entusiasmo para proseguir con los demás, el cambio de una labor por otra. Si en cualesquiera de ellas tropiezo con alguna eventual dificultad, sin perderla de vista continúo con las otras labores hasta hallar la solución. De este modo aprovecho mi tiempo íntegramente.

FELICIANO. —Encuentro por demás interesante esta original forma de encarar las cosas. Pero, ¿qué

necesidad tendría yo de iniciar varias cosas a la vez, si sólo me interesa una, por ejemplo?

PRECEPTOR. —En vuestro caso no cabe otra perspectiva, pues el número de conocimientos que poseéis no bastan, al parecer, para demandar una atención y una preocupación mayores a vuestra inteligencia. No se hallan, pues, en el mismo caso quienes pueden actuar holgadamente, y no por necesidades materiales, sino por exigencias de su propio espíritu.

ERGASTO. —Si me permitís, quisiera exponer mi pensamiento al respecto.

PRECEPTOR. —Con mucho gusto.

ERGASTO. —Comprendo que, indiscutiblemente, existe una apreciable ventaja en la realización simultánea de varias tareas, pero no descubro aún el móvil que, según presiento, ocúltase tras el hecho en sí. No comprendo el porqué de ese afán por hacer varias cosas casi a un tiempo, sobre todo si estimamos que son de carácter perentorio, y, por tanto, de no hacerlas así, resultaría lo mismo.

PRECEPTOR. —Voy a explicaros el aspecto de esta cuestión que aún no comprendéis. Si consideramos que todo es perentorio en esta vida, ella, como es natural, no tendría objeto por carecer de posteridad. Pero no es ése, precisamente, el caso que estoy señalando. Yo, por ejemplo, siento la eternidad dentro de mí; y la siento porque sé que aun cuando la materia es mutable y se desvanece absorbida por el misterioso lampo de la muerte, el espíritu, y cuanto a él se vincula, sobrevive en lo eterno. Por ello me resulta particularmente grato y valioso encarar todas las cosas desde mi punto de vista eterno, con lo cual consigo no dejarme atrapar jamás por la violencia que entrañan siempre los tiempos perentorios. Muchos hacen lo contrario, y, convencidos de que nada dura, gustan con premura aun de la felicidad que de vez en vez alcanzan. Por mi parte, debo expresaros lo si-

guiente: los momentos felices que yo vivo me pertenecen todos; y me pertenecen porque soy consciente de que yo mismo los he creado con mi paciencia y mi saber. En consecuencia, y siguiendo la misma norma, ordeno una labor que me hará feliz en determinada fecha; cuando ese tiempo llega, disfruto de la felicidad que yo mismo he preparado, y, de este modo, combino una constante sucesión de fechas felices ante el futuro que debo vivir.

Pero es más: nunca gusto la felicidad en forma mezquina o egoísta; siempre hay quienes la comparten, y a ellos les enseño, a su vez, a hacer lo mismo.

Agregaré, todavía, algo a lo anterior: nunca agoto el placer o la dicha de un día venturoso; me agrada más repartirlo a través de muchos días, extendiéndolo aún en el recuerdo, como un homenaje de gratitud a esos instantes tan excepcionales de nuestra vida. Mirad si los demás—incluso vosotros—hacen lo mismo. Lo corriente es gustar de la felicidad olvidando por completo que es un deber el conservarla sin marchitar su inefable virtud.

ERGASTO. —Os agradezco, amable preceptor, la magistral enseñanza que me habéis brindado. Entreveo ahora la razón que os lleva a organizar el tiempo y el trabajo vuestros en la forma como lo hacéis. Ya no me resulta incomprensible; al contrario, aparece ante mí como una de las tantas figuras estéticas de vuestro pensamiento creador invitándonos a gustar del encanto de esas escondidas riquezas, reservadas únicamente a las almas que, en verdad, anhelan ser iluminadas por conocimientos tan extraordinarios.

FELICIANO. —Comparto íntegramente lo expresado por Ergasto; esas verdades tocan las fibras más íntimas de nuestro ser. Sin embargo, si ello no implica abusar de vuestra reconocida indulgencia, os pediría me aclaraseis una cosa: ¿Cómo podríamos hacer para que se manifieste en nosotros esa eternidad de la que nos habéis hablado?



PRECEPTOR. —Este es ya otro asunto. No obstante, os responderé sobre el mismo en la medida de lo conveniente, a fin de suscitar en vos atinadas reflexiones. ¿No os he probado ya, reiteradas veces, que la vida del ser constituye el resultado de sus pensamientos, de su conducta y de sus hechos? Pues bien; cultívemos el gran concepto de lo eterno para que éste viva en nosotros. A tal fin, comenzad por hacer cosas que duren algún tiempo; haced luego cosas más y más duraderas, hasta que llegéis a sentir la inmanencia de lo eterno como algo consubstancial con vuestro propio ser.

FELICIANO. —Estoy muy de acuerdo, pero eso no me da aún la medida de su realidad efectiva. En pocas palabras: yo quisiera palpar lo eterno dentro de mí mismo.

PRECEPTOR. —Para llegar a ese desiderátum, debéis comenzar por lo más accesible a vuestro entendimiento y seguir luego un razonable período de familiarización con cuanto se relaciona con lo eterno.

En primer lugar, tenemos un espíritu que no perece; por lo tanto, es eterno. Ahora bien, ¿cómo se manifiesta ese espíritu en nosotros? Se manifiesta por medio de nuestros sistemas mental y sentimental, haciéndonos pensar y sentir, respectivamente. En consecuencia, debemos usar ambos sistemas para pensar y sentir lo eterno como algo inherente a nuestras vidas. Procuremos, así, hacer cosas que no perezcan, que no resulten efímeras. Emprendamos una obra capaz de sobrevivir a nuestra existencia física y de subsistir aún a través del tiempo. ¿No os sentís capaz de ello? Ensayad entonces la búsqueda de cosas menores, pero siempre con sabor eterno.

FELICIANO. —La explicación que me dais no me satisface aún; pienso que resultaría muy difícil comprender en qué momento y cómo he de experimentar lo eterno en mí mismo.

PRECEPTOR. —Pues bien; sólo queda entonces un

camino, el único capaz de hacerlos experimentar esa realidad que anheláis palpar sin comprenderla: el perfeccionamiento. A medida que superéis vuestras condiciones actuales y se enriquezca vuestra conciencia con los conocimientos trascendentes derivados de la Sabiduría Logosófica, iréis experimentando en vos mismo, sin ningún género de dudas, el verdadero concepto de lo eterno. Vuestro error consistió en imaginarlo como algo material, como algo ante lo cual pudiera decirse: "Aquí está; tomadlo, palpadlo y cubríos con él", como si fuera una capa o un sobretodo, en lugar de concebirlo inmaterialmente, excediendo a toda dimensión y prodigándose en nosotros en tanto le ofrezcamos la oportunidad de manifestarse a nuestro pensar y sentir conscientes. Todo cuanto hagáis en obsequio de vuestro perfeccionamiento es, pues, de esencia eterna, por ser eterna la imagen arquetípica del hombre en la concepción de su Creador.

## DIÁLOGO XIV

ARQUIEDES. —¿Podrías decirme qué expresan las enigmáticas figuras de tan impenetrable simbolismo que aparecen en todos los antiguos templos egipcios? ¿Qué misterioso lenguaje se encierra en su arquitectura, donde cada detalle es una expresión de saber?

PRECEPTOR. —A vos y a quienes conocen algo de la historia de la civilización egipcia les será de todo punto fácil comprender lo que voy a referir respecto de su simbología, en la que se manifiesta lo más prominente del pensamiento que fecundó la mente de los hombres que tuvieron el privilegio de vivir en épocas tan dignas del recuerdo de la posteridad.

Los que viajaron por tierras de Egipto y penetraron en el secreto de sus misteriosas construcciones relatan la impresión que recibían al hallarse en el interior de sus famosos templos y panteones. La deslumbrante concepción del pensamiento humano, estampada en sus esculturas, es toda una elocuente invocación a la Sabiduría universal.

Refieren que el pasillo de la oscura entrada subterránea a una de las pirámides presentaba, a poco de andar, una saliente en la que todo visitante, sin excepción, se golpeaba la frente, lo que, naturalmen-

te, al echar atrás su cabeza, le obligaba a penetrar en su interior con el corazón antes que con la mente. Mas ello no era todo; el visitante debía avanzar con cautela, encorvándose una y otra vez a medida que el techo del pasillo reducía su altura. Finalmente, tenía que arrodillarse para poder pasar por una minúscula puerta, del mismo modo que se pasa por un estrecho pasaje en el momento de incorporarse el ser a la vida, significando esto que al templo del Conocimiento debía llegarse con humildad, sin soberbia.

Traspuesta que era la pequeña entrada, que constituía la primera experiencia y la primera meditación, encontrábase una cámara herméticamente cerrada por una puerta, en cuyo frontispicio aparecía inscripta la siguiente leyenda: "Esta cámara tiene sólo una puerta externa y ninguna interna". Los que se detenían a desentrañar el contenido de tan misteriosa frase pasaban horas, y aun largos días, frente a esa cámara. Al fin, uno de los guías, que nunca faltan en esos sitios, los invitaba a entrar, inspirándoles, desde luego, por la seguridad con que pronunciaba sus palabras, toda la confianza necesaria. Una vez dentro, la puerta se cerraba y quedaban en la cámara sin que hubiese, en efecto, ninguna puerta de salida.

ARQUIEDES. —Sospecho que el recelo de los visitantes quedaría neutralizado por la presencia del guía, encargado de ilustrarlos, sin duda, sobre aquella rareza.

PRECEPTOR. —No a todos, naturalmente, les era dado descubrir el significado de tan enigmático recinto, pero había quienes a juicio del guía merecían saberlo, y a ellos les hablaba de este modo y con estas reflexiones: —"Por la puerta por donde habéis entrado todos entran a la vida, mas nadie sabe por cuál ha de salir; y es bien cierto que tampoco sale nadie por la misma que entró. También es la puerta por donde se entra al mundo, a ese mundo que para la

inexperiencia es sólo un recinto en el cual muchas veces no se halla la puerta de salida. La necesidad, el peligro, las mil vicisitudes que acompañan los pasos por él, hace que cada uno deba abrir puertas aquí y allá para pasar, pero éstas permanecen cerradas para los que no saben forjar con el esfuerzo, la paciencia, la tolerancia y, por encima de todo, con un gran propósito de bien que anime e inspire a su inteligencia, la llave que ha de abrirlas”.

Fácil resulta apreciar la verdad expresada en las anteriores palabras. Pensemos que aquel que se inicia en una actividad cualquiera sin tener el conocimiento que surge de la experiencia, advierte, a poco de andar, que todas las puertas que había abierto su ilusión se cierran de golpe, como por arte de magia, encontrándose ante una realidad que no comprende y ante una situación que tendrá que enfrentar de cualquier modo y por algún medio. Es allí cuando se agudiza el pensamiento y surge en la mente aquel que en más de una ocasión ha debido sostener la vida del ser que anima; es allí cuando la inteligencia busca por doquier la salida salvadora, cuya llave, si no la halla, la crea o forja, experimentando al pasar la dicha de haber podido resolver un problema vital para su existencia.

ARQUIEDES. —Es muy cierto cuanto acabáis de expresarme. Nadie, en efecto, podría argüir que esto no es una verdad que la mayoría de los seres humanos —incluyéndome, desde luego, entre ellos— ha debido experimentar con innegable fuerza de realidad en el curso de sus días.

PRECEPTOR. —Hermosa expresión simbólica constituían, en verdad, los signos que trazaron aquellos genios de la inteligencia humana en comprimidas frases que sólo podían leer y entender quienes se preparaban para alcanzar sus altos significados y cuyo contenido era toda una revelación.

En el dintel de otra puerta herméticamente cerrada, leíase esta inscripción: "El misterio ha sido, es y será siempre un misterio". Esta frase, lacónica, cortante y, si se quiere, áspera, era suficiente para hacer volver atrás a los escépticos o pesimistas, y también a todo aquel que no hubiese preparado su espíritu para penetrar sin prejuicios en esas excelsas cámaras plenas de Sabiduría. Para los que lograban franquear su entrada, aparecía escrita con letras de luz en la oscuridad que dentro reinaba, esta otra frase: "Si quieres descubrir el misterio, prepárate antes y cuida que éste no te atrape".

ARQUIEDES. —¿Podrías decirme qué significaba esa frase tan sentenciosa?

PRECEPTOR. —Le es muy difícil al incipiente investigador penetrar en esas profundidades, donde el pensamiento revelador apenas asoma con un diáfano destello de luz. —"¿Qué no comprendes? —solía preguntar el guía—. Misterio es todo lo que aparece ajeno al conocimiento; pero es misterio recién cuando la inteligencia humana se preocupa o interesa en saber de él. Y si se preocupa o interesa, es porque existe. Cuando la indiferencia o la ignorancia mantienen al espíritu alejado de toda inquietud, el misterio, a pesar de existir, permanece como algo inexistente. Si vas por primera vez a un sitio de juegos, verás que muchos, sin hablar, se entienden con el lenguaje característico de esos pasatiempos. Todo lo que veas será un misterio si no los conoces, mas si el conocerlos inquieta tu espíritu y haces que alguien te lo enseñe, los aprenderás y conocerás, o mejor dicho, descubrirás en qué consiste ese misterio que hasta entonces lo fué para tu entendimiento. Pero si conocido un juego en todos sus detalles te dejas seducir por él y concluyes por pasar tus horas y hasta tu vida jugando, habrás sido atrapado por el misterio de ese juego. Como este ejemplo existen otros de más o menos colorido e importancia, que sirven igual-

mente para descifrar el contenido de esas palabras que ves escritas con letras de luz en la oscuridad”.

ARQUIEDES. —No deja de ser curioso y extraordinario ese método adoptado por quienes indudablemente conocían muy bien el interior del hombre y las flaquezas de su temperamento.

PRECEPTOR. —Es evidente. Prosiguiendo con la respuesta a vuestra pregunta del comienzo, dícese que en aquellas construcciones edificadas expreso para conducir al hombre al dulce despertar en la luz de las verdades, se hacía pasar a los que acudían a iniciarse en tales misterios, por cámaras totalmente oscuras, a las que sucedían otras semioscuras, llegándose al final a las que estaban iluminadas por viva luz. Esa luz representaba el excelso fulgor de los pensamientos creadores; representaba el conocimiento que se impartía a través de todas las explicaciones que en minucioso detalle daban los guías encargados de instruir sobre el significado de los símbolos o jeroglíficos estampados en esas cámaras.

Así es como se les explicaba, por ejemplo, que las primeras representaban la noche de los tiempos y también los días oscuros de las edades iniciales del género humano. En conjunto, esas cámaras simbolizaban asimismo las diferentes épocas de la vida del hombre, desde la infancia hasta la madurez, cuando recién, en uso del discernimiento, ve aclararse poco a poco todas las cosas que fueron antes incomprensibles para él, y, avivada la luz de su entendimiento, puede ir comprendiendo cuanto pasó inadvertido hasta entonces a su razón, a sus ojos y a su sensibilidad.

¿Qué puede comprender un niño de todo aquello que fué hecho para incitar la comprensión de los mayores? La oscuridad representaba, así, la indiferencia y la ignorancia propias de los primeros años de la vida, en los cuales los ojos miran sin ver, pues el entendimiento, carente de saber, contempla las cosas sin comprenderlas, hasta que llegan los días

en que la vida, madurando al ser en la experiencia diaria, le hace vislumbrar primero y comprender después lo que hasta entonces había permanecido ignorado para él.

Llegado que era el visitante a experimentar los efluvios de intensa dicha por virtud del plácido despertar a una existencia llena de encantos, como es la que se abre al alma cuando penetra en el conocimiento superior y trascendente, el guía le hacía aspirar un delicadísimo y suave perfume, que exaltaba su espíritu de admiración y deleite. Una y otra vez volvía a hacerle aspirar el mismo perfume, y así tras las horas y los días subsiguientes. Cuando el visitante no sentía ya la menor sensación y manifestaba pesar por no poder seguir experimentando las delicias que al principio éste le proporcionaba, el guía le explicaba el motivo por el cual le había hecho aspirar a menudo ese perfume, diciéndole que era para enseñarle que el abuso hace perder al sentido todo recuerdo de la exquisita fragancia que aspiró. Y agregaba que el perfume es como la felicidad; ambos deben ser usados teniendo siempre en cuenta esta circunstancia. Con discreción, con prudencia, se conservan sin que jamás disminuya la intensidad de sus efluvios, porque ni se anulará el sentido que distingue el perfume ni la capacidad que conserva el elixir de la felicidad.

Recordar esas bellísimas enseñanzas, ese verdadero arte de expresar en símbolos poemas tan hermosos de la vida y conocimientos tan profundos de la Sabiduría Universal, es hacer renacer en los espíritus el alma de aquellos tiempos con la elocuencia de sus típicos encantos.

ARQUIEDES. —Son enseñanzas éstas que, dadas su profundidad y belleza, requieren honda meditación. En verdad, la fuerza de esos penetrantes conocimientos cambia en nosotros toda idea errónea respecto de tan imponderables arcanos.



## DIÁLOGO XV

FÉLICIANO. —Andar bien por los caminos de este mundo no es, a mi juicio, nada fácil. Es algo que se va aprendiendo a lo largo de toda la vida, ¿verdad?

PRECEPTOR. —Para la generalidad eso es muy cierto, aun cuando muchos no lo aprenden nunca. En cambio, va seguro el que marcha sabiendo dónde pisa. Naturalmente, debe conocer primero cuáles son los pasos más difíciles de la vida, y, sobre todo, cuáles son los medios que puede usar lícitamente para no desviarse de la buena senda.

FÉLICIANO. —Es eso, justamente, lo que estimo más difícil: conocer la buena senda. ¿Qué nos da esa seguridad?

PRECEPTOR. —La propia conciencia, cuando puede cumplir con el gran cometido que le fuera señalado.

FÉLICIANO. —Es ella la que a menudo nos reprocha después de haber dado un mal paso, pero muy rara vez nos detiene antes de incurrir en falta. En consecuencia, ¿cómo podría darnos esa seguridad?

PRECEPTOR. —Es evidente que no en todos obra

la conciencia, sino en muy pocos: aquellos que se han ilustrado en conocimientos de alta jerarquía moral, especialmente los que abarcan al hombre y el Universo. Esto significa que la conciencia debe enriquecerse con esos conocimientos, para poder actuar eficazmente sobre el individuo. No siendo así, tal seguridad la tendréis sólo por vía casual, es decir, por algún acierto inesperado.

FELICIANO. —Entonces, ¿nadie puede dar seguridad?

PRECEPTOR. —En vista de vuestra insistencia, os diré que puede darla quien posea los grandes conocimientos a que me he referido y sepa, a la vez, enseñar, pues no es lo mismo saber que se sabe algo porque se poseen tales o cuales conocimientos, que saber enseñar lo que se sabe. Si yo os diera un conocimiento sin enseñaros cómo alcanzarlo, desconoceríais sus méritos principales, y, ciertamente, no sabrías manejarlo con eficacia, ni sabrías, tampoco, enseñar a otros a obtenerlo. En consecuencia, así adquirido, un conocimiento pierde su virtud y nada positivo constituye para la conciencia. Veis, pues, que quien sabe enseñar el camino, iluminando las inteligencias sobre todo cuanto resulta oscuro para ellas, ése puede, indudablemente, daros seguridad de cómo andar bien.

FELICIANO. —¿Y las experiencias no enseñan también?

PRECEPTOR. —Sabiéndolas aprovechar pueden servirnos para corregir futuras actuaciones en casos análogos, aunque no siempre se logra extraer de ellas las provechosas lecciones que encierran. En las experiencias, lo esencial es saber usar el conocimiento que ilumina su fondo. También pueden ser muy útiles las experiencias ajenas, si atento a las observaciones extraídas de ellas, las aplicáis como guía de vuestros pensamientos y acciones.

## DIÁLOGO XVI

PRECEPTOR. —Veamos qué deseáis proponerme esta noche como tema de nuestras habituales pláticas. Estoy atento y dispuesto a responder a vuestras sollicitaciones.

JAVIER. —Me ha ocurrido con frecuencia —y pienso que es también éste el caso de muchos— que, queriendo poseer una cosa o alcanzar el corazón de un ser, fracaso, con sensible disgusto de mi parte. Parecería que mil impedimentos se opusieran tenazmente a la satisfacción de mis propósitos. ¿Podrías explicarme a qué obedece la resistencia que encuentro en casi todos mis proyectos?

PRECEPTOR. —Habría que examinar, en cada caso, las circunstancias enhebradas en la trayectoria que recorre el episodio. Siempre existen causas ajenas al optimismo del que, por lo general, confía demasiado en sus aptitudes. No obstante, podría señalaros un hecho capaz de daros la pauta del problema en cuestión.

Cuando se quiere algo hay que quererlo con pureza de alma, y, para ello, es necesario mantener puro el pensamiento que guía ese querer. Con frecuencia se ha observado que cuando éste o aquél

quiere una cosa o quiere a un ser, es influenciado hasta el delirio por las pasiones del instinto. De ese modo, el querer tórnase impuro, siendo finalmente rechazado por la naturaleza misma del objeto motivo de ese querer. Con esto quiero significaros que no es bueno ni bello ni noble querer para satisfacción de la vanidad o del egoísmo, o para industria de mezquinos objetivos. Cuando os halléis en trance de querer algo, debéis consultar a vuestra propia conciencia para saber si sois digno de ese querer.

JAVIER. —Yo he puesto siempre mucha vehemencia en lograr lo que constituyó mi querer y he creído merecer, en todo momento, la cosa querida.

PRECEPTOR. —Ahí está el error. Eso no es más que un espejismo que la realidad misma se encarga de borrar. La prueba de lo erróneo de vuestra apreciación la tenéis en las veces que, según decís, fracasasteis en vuestros proyectos.

JAVIER. —He vivido también esta otra experiencia: después de haber logrado algo que constituyera mi querer, su valor comienza a disiparse, resultándome, al poco tiempo, carente de atractivo, como si me hubiese equivocado o se hubiera desvanecido en mí la ilusión alimentada hasta el momento de la posesión.

PRECEPTOR. —He ahí confirmado lo que os dijera hace algunos instantes con respecto a la indignidad de la posesión. Para que comparéis con sano juicio, os voy a descubrir ahora cómo acostumbro a tratar yo cada querer que en mí nace.

Ante todo, mido la distancia que debo recorrer hasta alcanzar el objetivo y preparo mis fuerzas. Pienso luego si ese objetivo conviene a mi sensibilidad y si, al alcanzarlo, agrego algo que enriquezca espiritualmente mi vida o le brinde más felicidad. Una vez resuelto, excluyo de mí todo engaño, con lo cual la ilusión no tiene ya cabida. Jamás apresuro

el proceso de acercamiento al objeto querido, pero con firmeza mantengo en mí el propósito rodeándolo de todo mi amor y mi respeto. Cuando ha llegado el momento de la posesión nunca pienso que es un triunfo mío, porque tiznaría la pureza del sentir. Mi pensamiento va aún más allá: pienso cómo conservar ese bien, sin menoscabar jamás el valor y la dicha que representó para mí en el instante en que hubo culminado.

JAVIER. —¡Hermosa concepción! Ahora veo claramente lo lejos que estábamos de sospechar siquiera cuál debía ser nuestra conducta en todas las instancias de nuestro querer, y veo también lo ingratos que hemos sido al comportarnos injusta y desairadamente con lo que fué objeto de ese querer nuestro. Comprendo, asimismo, la ineludible necesidad de consultar nuestra conciencia para saber si somos dignos de lo que anhelamos o queremos. Por mi parte, siempre he dejado al azar lo que respetuosamente debí haber confiado a mis propios sentimientos.

PRECEPTOR. —Podréis apreciar ahora cómo depende, muchas veces, de la forma de tratar un querer el que otros, sin suplantar a uno anterior, ocupen también un sitio en nuestras vidas, y así, entre todos, nos llenen de felicidad.

## DIÁLOGO XVII

FLORENCIO. —Con reiterada frecuencia visitan nuestra mente interrogantes que inquietan el espíritu, ya que de lo escuchado y leído hasta aquí no resulta, a mi juicio, nada preciso o concreto sobre los mismos. Desde milenios, por ejemplo, se viene inquiriendo en todas partes acerca de la trilogía "Verdad-Bien-Amor", ansiándose siempre conocer el arcano que encierra y el misterioso poder que une inseparablemente esas tres grandes manifestaciones del Pensamiento Creador.

PRECEPTOR. —Supongamos que el genio concibe una idea, la cual, plasmada en su mente por virtud del concurso que la inteligencia le presta, transfórmase luego en positiva realidad, lo que acontece cuando la imagen concebida asume forma definida y concreta al materializarse en lo externo. Esta vendría a ser su creación. La idea, antes inmanifestada, cuya concepción tuvo origen en la mente del genio, se convierte así en realidad palpable e incuestionable. Es una verdad, por lo tanto, su existencia, porque constituye una reproducción de lo concebido, y es verdad, asimismo, que existe la idea matriz en la mente, porque se la puede reproducir en lo externo tantas veces como se quiera.

En la utilidad de esa creación estaría representado el bien, cuya extensión abarca a veces a toda la humanidad. El amor, por último, no podría concebirse ausente en tan imponderables actos de la vida humana, porque toda idea que tienda al bien es, de hecho, asistida permanentemente por el amor, como poder fecundante de todas las cosas que tienen su origen en la misma e incommovible fuerza universal que anima y sostiene cuanto se mueve, vibra y vive en la Creación.

FLORENCIO. —Muy clara aparece ahora a mi comprensión la imagen que hermana y consubstancia en un mismo principio universal esas tres expresiones permanentes del pensamiento creador. Cuántas veces, recordando la célebre pregunta que Pilatos dirigiera a Jesús de Nazareth: "¿Qué es la verdad?", había pensado en lo difícil que resultaba encontrar sobre ese punto una definición satisfactoria. Y pensar que ni la religión ni la filosofía ni la ciencia pudieron darme una explicación como la que acabáis de formular, que me conmoviera con el poder de su fuerza convincente. Tampoco supe de nadie que haya tenido en esto mejor suerte que yo.

PRECEPTOR. —La Sabiduría Logosófica es una fuente inagotable de verdades que emanan de una sola y única Verdad central. No tiene, pues, inconveniente alguno en extraer de ella la verdad que cada cual necesita para su propio bien y ofrecérsela con amor. No obstante, ya que habéis citado esa frase evangélica, os diré algo más: la Verdad, concebida en su acepción más pura, más elevada, se define como la manifestación universal del Pensamiento de Dios, o sea, la causa primera. Verdad es la Creación misma, es el Pensamiento Creador plasmado en el ilimitado volumen de su expansión universal. Por lo tanto, para abarcarla en toda su dimensión, habrá que alcanzar los conocimientos cumbres de la Sabiduría Universal.

Como no pienso que sea ésta vuestra pretensión, os diré, sin embargo, que ya es mucho cuando uno se va internando en ella a medida que su propia evolución consciente se lo permite, conforme a las aptitudes, condiciones y capacidad logradas. Por otra parte, es tan grande el poder de su realidad, que está constantemente corrigiendo y encauzando al hombre toda vez que sus incursiones son erróneas y equivocados sus conceptos.

Hacia el conocimiento de la Verdad no se va porque sí; se va porque se siente la necesidad de constanciarse con su purísima esencia.

Como fácilmente podréis apreciar, la verdad no puede servir jamás a nuestras conveniencias personales ni se puede especular con ella. Quien tal cosa hiciera encontraría de pronto con que ha desaparecido la verdad que pensó usar y que su lugar está ocupado ahora por la falsedad, trajeada con apariencia de verdad.



## DIÁLOGO XVIII

NÉSTOR. —El llanto de los seres humanos —para mí al menos— es una de las tantísimas cosas que permanecen aún en el misterio. Sé que expresa el dolor de quien sufre; que es para el corazón un desahogo aliviador; que se vierten lágrimas de pesar por el recuerdo de seres queridos; pero siento que algo más debe encerrar el llanto. ¿Tiene algún fundamento lo que intuyo?; y, de ser así, ¿podéis darme alguna referencia?

PRECEPTOR. —No habéis intuído mal; muy al contrario, vuestra sensibilidad os ha incitado a la búsqueda de una luz orientadora que os conduzca a descubrir aquello que ha suscitado en vos tan marcado interrogante. Voy a hablaros al respecto, conduciendo a la vez vuestro entendimiento hasta donde pueda llegar en estos momentos.

El llanto encierra hondos y grandes significados. Formularé una primera reflexión, preparatoria para vuestra inteligencia, a fin de facilitaros la comprensión. Es muy cierto que, por medio del llanto, los seres expresan su dolor. Todo cuanto en esos momentos se piensa es impronunciado; los pensamientos que se agitan y sangran en la intimidad se rebelan a toda

exteriorización por medio de palabras: es el recato natural de la vida interna que, no obstante su honda conmoción, se abstiene casi invariablemente de expresar sino por el llanto lo que, de otro modo, resultaría para los demás una indiscreción incomprensible.

Yo os preguntaría ahora: ¿Se acuerda alguien de llorar sin motivo de dolor? —“Nadie, que recuerde”, me diréis sin duda. Hay excepciones, sin embargo; pocas, por cierto, pero existen. Me refiero a los que vierten lágrimas de emoción ante una profunda dicha o una gran ventura. También hay quienes las vierten ante la grandeza de los que conmueven hondamente las almas, como asimismo ante el dolor de los seres que aman.

Si bien todo llanto impone silencio y respeto, existe uno que llega hasta la consternación, por ser, indudablemente, de otra naturaleza: son las lágrimas de los grandes y de los mártires inocentes.

Suelen muchos llorar por trivialidades, pero nadie llora por la pérdida de algo que forma parte de la propia vida; ese algo es el tiempo. Nadie llora el tiempo perdido, y, sin embargo, en ese tiempo hay parte de la vida que se ha ido, que se ha perdido.

Llorar el tiempo perdido no significa verter lágrimas amargas. No; esa expresión tiene un fundamento superior, que la explica en su profundo contenido psicológico: es el sentimiento de una pérdida que se creía irreparable, alambicándose en la comprensión que alienta su recobro. La emoción de ese recuerdo es, por otra parte, un homenaje rendido a la vida que pasó y que muestra el arrepentimiento por no habérsela vivido mejor. Llanto íntimo es, pues, la consecuencia de reflexiones hechas en comunión con la propia conciencia, allí donde cada ser se siente seguro de sí mismo.

NÉSTOR. —Aunque tengo la impresión de haber comprendido la última parte de vuestra exposición —para mí, toda una enseñanza—, no me resulta claro

lo del llanto sin lágrimas. ¿Cómo conocer el agudo sufrimiento de una persona, si no observamos esa elocuente manifestación de dolor?

PRECEPTOR. —Debe interesarnos más conocer el estado de nuestro propio espíritu en sus momentos de tribulaciones, porque en esos instantes, precisamente, tiene lugar la efusión íntima a que me había referido. El llanto mental y el del corazón se producen internamente; pueden tener sus reflejos y exteriorizarse por los ojos, y pueden no tener ni reflejos ni exteriorizaciones, porque ante la vista de los demás la lágrima más pura puede a veces pervertirse. Pero si en el llanto muestra alguien su aflicción alguna vez, sabiendo que nadie habrá de reparar su mal, no se avergüence de hacerlo, pues ninguna compasión intenta inspirar con ello. Ese instante, siempre respetado, traduce con fidelidad sentimientos verdaderos, heridos a veces mortalmente.

Para comprender mejor el alcance de mis palabras, os debo expresar aún que existen fisonomías endurecidas por la casi total ausencia de esas emociones. Parecería que hasta los músculos del rostro se hubiesen petrificado en ellas. Seres inclinados a imitar el gesto indiferente de la bestia, han secado sus corazones y debilitado su sensibilidad hasta el extremo. Esos jamás se conmueven por el dolor del semejante; permanecen impávidos ante la desgracia ajena, causada muchas veces por ellos mismos. No los confundamos, pues, con los que no saben o no pueden llorar por impedírsele excepcionales inhibiciones psicológicas.

El llanto es una gracia otorgada solamente a los hombres. Los animales no pueden llorar. Castigados por el brazo humano, y aun en sus torturas más crueles, el animal mira, gime, se retuerce, gesticula o se desespera. Hay en sus ojos angustia, pero no llanto; no le ha sido concedida, como al hombre, tan sublime gracia.

## DIÁLOGO XIX

JAVIER. —He notado que en los primeros trechos del camino logosófico todo parece fácil, todo se desenvuelve, con alegría, sin mayores inconvenientes; pero a medida que avanzamos se experimenta, una y otra vez, la sensación de que algo nos detiene, sin darnos cuenta del porqué.

PRECEPTOR. —Eso acontece porque la realidad va preguntando a cada uno cuál es su realización, pues se pretende casi siempre avanzar sin antes rendir debidas cuentas de los adelantos alcanzados. Es muy natural que recapaciten los que poco o nada realizaron.

El camino a recorrer, aunque ancho, es escabroso para los pies no acostumbrados a transitar por él; pero a medida que la mente va hospedando nuevos pensamientos y cobrando vigor el espíritu, se marcha sin tropezar con las piedras de la incomprensión, que tanto dificultan el avance hacia el perfeccionamiento.

No debéis olvidar que el paso de la ficción —en la que habéis vivido durante largo tiempo— a la realidad superior, requiere un gradual reajuste del ser, tanto en sus conceptos como en su conducta, carácter, modalidades e inclinaciones, por ser imposible mejo-

rar llevando sobre sí todas las deficiencias que acusan descuidos de larga data. Es necesario que os familiaricéis gradualmente con todo cuanto concierne a esta realidad viviente, tan real como la existencia misma de todos vosotros. Adaptando a ella la vida, evitaréis que ésta os tumbe y os haga sufrir las consecuencias de la imprevisión.

Lo esencial es mantener firmes las decisiones que sostienen el puente entre los anhelos íntimos consagrados en lo interno y el esfuerzo que es necesario realizar para alcanzarlos. Si habéis observado ya adelantos que son índice elocuente de la verdad que estáis viviendo, con cuánto más afán no consagraréis vuestras horas libres a esta labor de tanta trascendencia para vuestro futuro.

JAVIER. —Es fácil observar la forma sencilla, clara, y, a la vez, austera y convincente de las enseñanzas logosóficas. También puede apreciarse la sobriedad con que respetan la libertad individual, pues jamás se han impuesto a nadie.

PRECEPTOR. —Así es. La Logosofía prefiere mantener intacto el libre arbitrio, porque es bien sabido que cada cual ha de responder siempre con firmeza a los dictados de su conciencia; los seres frenados y amordazados en su libre expresión vacilan, oscilando y sintiéndose trémulos a cada instante, sin hallar dentro de sí mismos una definición de la vida.

Cada uno ha de poder discernir con libre voluntad entre lo bueno y lo malo, para no ser atrapado mental o espiritualmente por ninguna ideología exótica y convertido luego en vasallo impúdico y menesteroso. Si habéis sentido palpitar en vuestro interno la verdad que descubren los altos principios de la Sabiduría esencial, tendréis más vigor y decisión y seréis dueño de vuestra propia voluntad, lo que os impedirá volver sobre vuestros pasos y deslizaros involuntariamente en los dominios de las rígidas formas dogmáticas.

Dentro de vuestra inteligencia las enseñanzas recibidas deben manifestarse en todo su esplendor, porque es la palabra de la Sabiduría que llama a la realización del proceso de evolución consciente, tan grato a la conciencia individual.

JAVIER. —Me habéis hecho comprender que no es cegando a los seres como puede conducírseles por el camino de la salvación, sino iluminándolos con palabras claras, amplias, oportunas y precisas; con palabras pletóricas de fuerza y de vida como las que acabáis de expresarme y que, al recibirlas, nos hacen experimentar su poder transformador, tanto en nuestra propia vida como en nuestro espíritu.

## DIÁLOGO XX

OCTAVIO. —No hace mucho tuve oportunidad de visitar un observatorio astronómico, e invitado a mirar la bóveda celeste a través de uno de los telescopios, he podido observar que algunos astros tienen atmósfera y otros no, habiéndome expresado que en los primeros se presume la existencia de seres animados mientras que en los últimos tan sólo hay naturaleza muerta o en estado caótico. No sé si todo eso tendrá alguna relación con nuestra manera de ser, pero lo cierto es que movido por tal idea quise consultaros al respecto.

PRECEPTOR. —En los espacios siderales —sabido es— los astros, como los seres humanos en el mundo que habitamos, agrúpanse en familias. Y tanto en aquéllos como en éste hay cuerpos activos o animados y cuerpos inertes o sin vida.

Los cuerpos activos están rodeados de atmósfera, la cual estimula la vida y permite la absorción de oxígeno, que es su elemento básico. En nuestro planeta, que es un cuerpo activo y está, por tanto, rodeado de atmósfera, aparecen las especies vivientes, siendo la humana, de entre todas, la de mayor jerarquía. Ahora bien; la vida humana, como la vida en

general, tiene que desenvolverse buscando ampliar su órbita, lo que acontece a través de vinculaciones, de hechos y palabras.

El hombre encumbrado por su saber, sus esfuerzos o virtudes forma, también, su atmósfera personal. Con el desenvolvimiento de sus condiciones y de las prerrogativas que se le van abriendo al internarse en el campo de las múltiples actividades que puede desarrollar, aumenta esa atmósfera su poder de irradiación atrayendo la simpatía y la amistad de muchos seres, del mismo modo que los astros del sistema sideral, por su influencia cósmica, atraen a otros a su órbita.

El ser falto de atmósfera personal podría decirse que tampoco tiene vida, por carecer ésta de contenido. Un hombre así hállese también privado de órbita; no puede irradiar vida y permanece inerte, estático, pasivo, indiferente. Pero sí crea atmósfera todo aquel que irradia vida; forma su propia órbita y, por influjo de la misma, procura atraer a otros para formar la de su mundo familiar.

Existe, pues, como es he explicado, una estrecha semejanza entre lo que acontece en el mundo sideral y lo que acontece en nuestro mundo, porque todo lo creado responde a una evidente analogía.

En el orden cósmico se nos ofrece otra similitud altamente significativa y es que todo astro no atraído hacia órbita alguna se desvía transformándose en elemento extraño al ambiente sideral, por cuya causa es finalmente repelido.

OCTAVIO. —El caso de los cometas, ¿no es cierto?

PRECEPTOR. —Ni más ni menos. Ambulan por los espacios del cosmos sin fijar su destino. Lo mismo ocurre con los seres rechazados de los círculos humanos por la índole de sus modalidades, por su conducta, su manera de ser, etc.

Prosiguiendo con el pensamiento de la atmósfera personal, añadiré que ésta puede ampliarse, disminuir



o esfumarse conforme al grado de evolución del ser. Esa atmósfera personal es tanto más respirable cuanto más se arraiga, en el concepto de quienes están vinculados al que la genera, la idea de su integridad y de la consistencia de su vida, en la que no debe existir el peligro de una alteración que lo lleve a perder su propia órbita. Para asegurarla, como así también para que no se envicie su atmósfera personal y se renueve constantemente con la actividad sana y noble que desarrolle, el hombre tiene a su alcance todos los medios. Es esto lo que cada uno debe cuidar tanto como su vida, y diría más: como si fuera su razón de ser, de existir.

La sensatez y la franqueza son medios muy estimables de los cuales el hombre dispone para mantener siempre diáfana su atmósfera personal y para que ninguna duda la ensombrezca o envicie. Cuanto más conscientes e íntegros son los seres humanos tanto más grandes son su sensatez, su lealtad y su franqueza para encarar todas las cosas de sus relaciones comunes, por ser ésta la norma invariable para conjurar muchos males y limpiar la atmósfera personal de toda posible perturbación de elementos extraños. Cuando esto se logra, el ser brilla como los astros de luz propia sin que ninguna nube sea capaz de oscurecer el cielo azul de su conciencia.

Esa atmósfera personal, esa atmósfera interna, reviste multiplicidad de aspectos que deben diferenciarse para poder aplicar el principio. Si proyectamos hacer determinada cosa, debemos crear una adecuada atmósfera interna. Tratándose de la realización de un estudio, por ejemplo, se crea la atmósfera propicia buscando y seleccionando los pensamientos útiles a ese fin, sin que distracción alguna conspire contra la continuidad del mismo y pueda realizarse sin dificultades. Del mismo modo, si queremos prodigarnos un placer debemos crear una atmósfera de felicidad, de alegría, para que pueda ser disfrutado sin que

elementos extraños perturben ese ambiente feliz. Si queremos realizar un viaje, debemos procurarnos, también, cuanto sea menester para que ese viaje se cumpla sin inconvenientes.

La atmósfera interna puede trascender y tomar contacto con los demás seres siempre que quien la posea no viva aislado, pues en este caso permanecería estática. Pero si busca la vinculación, puede acontecer que sea atraído o repelido, conforme a la índole simpática o antipática de su onda o vibración. He aquí, finalmente, lo que va determinando la órbita de atracción personal.

## DIÁLOGO XXI

ELIÓN. —¿Podrías referirme algo sobre las momias, ya que de toda la literatura recorrida no he podido extraer un solo conocimiento real de las mismas?

PRECEPTOR. —Rara vez las momias han sido objeto de estudios especiales, y si los historiadores se han referido a ellas, sólo fué para llamar la atención sobre la original costumbre de conservar los cadáveres que tenían aquellas civilizaciones del pasado.

Los egipcios pertenecientes a las poderosas dinastías que agruparon a orillas del Nilo a los genios más encumbrados de esas épocas conocían el secreto de las momias, pero se cuidaban muy bien de revelarlo al pueblo, ajeno por completo a los misterios iniciáticos que circundaban o interpenetraban los templos y los fastuosos palacios de los faraones, donde las castas de selecto rango realizaban sus rituales y confundían sus almas en la plácida contemplación de los enigmas que, de vez en vez, se tornaban en luminosa transparencia, apareciendo, a los que eran capaces de comprender, con toda la nitidez de lo incorruptible, lo inalterable y lo verdadero.

Los genios egipcios, los campeones del conoci-

miento, siempre aconsejaron a los troncos fecundos, de ilustre ascendencia, cuidar más que a sí mismos la herencia de su sangre, haciendo que los hijos, al seguir las líneas hereditarias que más convinieran a su evolución, continuaran superando los estados alcanzados por padres y abuelos en el orden de la Sabiduría y del perfeccionamiento individual.

Así fué como surgió la necesidad de conservar los cuerpos intactos para que los descendientes pudieran llegar a reconocer a sus antepasados, y quizá a ellos mismos, como acontecía en el seno de esas castas privilegiadas, pues era creencia muy generalizada que cada vástago de ilustre linaje que alcanzaba gran evolución, volvía a encarnar en generaciones posteriores conservando los rasgos fisonómicos de su anterior existencia corpórea.

ELIÓN. —De ser cierto, ello nos revelaría un enigma de incalculable trascendencia para la vida humana.

PRECEPTOR. —Por de pronto, debemos comportarnos dejando de lado nuestras dudas para que la fuerza fertilizante de estos conocimientos abone nuestra tierra mental preparándola para que germinen en ella las más luminosas ideas.

ELIÓN. —Tenéis razón; yo mismo percibí esa fuerza. Su eco despertó en mi interno indefinibles resonancias conmovedoras, sugiriéndome ideas destinadas, sin duda, a promover en mí inquietudes espirituales nuevas.

PRECEPTOR. —No es extraño que ello os acontezca, por ser una reacción lógica de vuestra sensibilidad, correspondiendo a lo que estáis escuchando. Proseguiré ahora con el tema que ha motivado nuestra conversación. Cuando los jóvenes, preparados severa y rigurosamente por sus instructores en el conocimiento de los misterios, llegaban a cierta edad, eran llevados a visitar los imponentes panteones, que pa-

recían templos construídos para las almas. Cada momia —decíase— estaba imantada por misteriosas y sutiles corrientes magnéticas, tanto que muchos no podían resistir la impresión que les causaba su proximidad. Los sabios, que conocían el secreto, hacían que el joven heredero, puesto frente a cada una de las momias, identificara a aquella que había llevado su misma sangre, que vivió antes que él y de la cual, o de sí mismo tal vez, recibió en herencia la evolución alcanzada durante sus permanencias físicas en la tierra.

Sucedía que el joven iniciado, llegado que era ante su momia, a la cual pertenecía por herencia, experimentaba una rara sensación que no pasaba por cierto inadvertida a su experto instructor. Se sentía como atraído por ella, y, contrariamente a lo que le acontecía con otras, que le causaban espanto, con la de referencia no sufría el menor temor; más bien se producía en él algo así como un despertar y un aumento vertiginoso de memoria, al extremo de superar, en algunos casos, en grado máximo a la de su propio instructor. Decíase que había recobrado la conciencia de sí mismo a través de la herencia, manifestando él mismo que, frente a la momia, sentía revivir una extraordinaria cantidad de pasajes que le eran familiares, y que por momentos tenía la sensación de haberse convertido en momia, como si su alma pasara indistintamente de su cuerpo a la momia y de ésta nuevamente a su cuerpo.

A continuación, y tras múltiples comprobaciones, se reunía el sacro conclave de iniciados presidido por el faraón y se concedían al predestinado todas las prerrogativas inherentes a su rango, conforme a la posición que ocupara el antepasado ilustre en el momento de cerrar sus ojos físicos.

ELIÓN. —¡Recobraba, en efecto, la memoria de sus anteriores existencias y era ello perfectamente comprobado, o ese recuerdo se manifestaba simple-

mente en un aumento de su capacidad espiritual para abarcar mayor sabiduría?

PRECEPTOR. —Podría muy bien responder a vuestra pregunta con sólo deciros que se producía como un despertar de la conciencia o una súbita iluminación de la inteligencia; sin embargo, fácil os será admitir que, por discreción, debo omitir algunas descripciones interesantes y de suma importancia sobre las momias, después de producido el encuentro revelador.

No debéis olvidar que la imaginación común, tan audaz, tejerá al respecto innúmeras leyendas, pero la sabia expresión del pensamiento mil veces sensato que formula sus inteligentes reservas advierte que la realidad, como la Verdad, no se da en pertenencia, se conquista identificándose con ella.

## DIÁLOGO XXII

CONSTANTINO. —Se nos ha dicho siempre que debemos ser buenos, que hay que hacer el bien, y otras cosas por el estilo, pero no se nos previene ni se nos ha prevenido nunca contra las consecuencias del ejercicio de esa virtud de ser buenos y de la tan especial recomendación de hacer el bien. Comprendo, con todo, que es absolutamente indispensable a cada ser humano elevar su comportamiento al máximo posible de excelencia moral, mas es el caso que los que no siguen esta línea de conducta suelen infligirnos serios golpes, de los cuales no siempre alcanza uno a reponerse totalmente. Por mejor decir, lo que sucede es que ese estado de bondad y ese afán de hacer el bien nos exponen a ser engañados con relativa facilidad por quienes sólo buscan saciar sus apetitos deshonestos, o, en el más favorable de los casos, por quienes hacen hábito abusivo de nuestras acciones generosas.

PRECEPTOR. —Ante el tono de consulta que traslucen vuestras palabras, debo dejar perfectamente aclarado, en primer término, que todo cuanto habéis expresado es de vuestra cosecha, y en campos que, por cierto, no pertenecen al Saber Logosófico.

Pasemos ahora al examen del hecho que os pre-

ocupa. Logosóficamente, la idea de ser bueno no debe concretarse al mero hecho de ser más bondadoso, de socorrer al necesitado que más cerca esté de nuestro alcance, o de prodigarnos generosamente sin la más mínima prevención y sin esa limitación razonable que cada caso exige. No; es un grave error, y quien se atenga a tan equivocada comprensión de lo que debe significar realmente ser bueno o hacer el bien, deberá sufrir, como es lógico, las consecuencias de tamaña ingenuidad.

Señalando esta clase de comportamientos la Logosofía, como ya sabéis, ha sentenciado: "Buenos en el error", que vale tanto como decir: "Malo es ser así y peor lo que deriva". En suma, poner en práctica el precepto que manda ser mejores y hacer el bien, en forma tan rudimentaria e ingenua, es exponerse a toda clase de riesgos y a sufrir continuas decepciones.

El concepto logosófico es, al respecto, tan amplio y claro que resulta accesible aun a los de más escaso entendimiento. Establece, en efecto, que no se puede ser bueno en la verdad si no existe la excelencia moral que vos mismo habéis mencionado, mas como índice inconfundible de una evolución que revele esa potestad superior, ejercida con plenitud de conciencia. Es necesario, pues, distinguir la enorme diferencia que media entre el bonachón (falto de luces y experiencia, y el hombre bueno por su integridad moral, que ha luchado para superarse, imponiéndose, muchas veces, la privación de los placeres triviales a fin de hallar en lo superior, tras muchos esfuerzos, sensaciones más gratas a su espíritu.

En ese afán de perfeccionamiento aprende el hombre a ser bueno, porque conoce y sabe diferenciar lo justo de lo injusto y la verdad del error. Su ejemplo mismo constituye de por sí un constante hacer el bien, porque beneficia a cuantos se vinculan a su vida. Su conocimiento de la Ley de Caridad, enun-



ciada por la Logosofía, se convierte en un don que le permite ayudar sin equivocarse nunca, buscando auxiliar, como es natural, a quien más lo merece y necesita. No hace, pues, la caridad, como en el otro caso, a la buena de Dios, sino sabiendo que para Dios es buena. Aparte de eso, acostumbra sembrar el bien en muchos sitios, porque sabe que todos los seres, sin excepción, necesitan una parte de ese bien, grande o pequeña, aun cuando no lo sepan o crean que lo tienen todo. Consciente del ejercicio que hace de tal conocimiento, no le preocupa si eventualmente aparece algún ingrato devolviéndole mal por bien ni se afecta por ello; sabe que, al final, cada cosa vuelve a su sitio. Y así como la piedra lanzada por el que está abajo suele muchas veces rodar desde la altura alcanzándolo y golpeándolo cuando menos lo piensa, el bien conscientemente prodigado, aparte de beneficiar al semejante, tarde o temprano vuelve hacia el benefactor convertido en mil formas diferentes, y, no pocas veces, en los momentos más oportunos.

En conclusión, todo cuanto acabo de decir debe haceros reflexionar que, para ser buenos en la verdad y no más en el error, e igualmente, para hacer el bien como Dios manda, es necesario alcanzar primero, por el perfeccionamiento, la conciencia del bien a hacer, hecho este inseparable de esa realidad superior que da la conciencia de ser bueno por virtud del conocimiento.

CONSTANTINO. —Me habéis brindado una enseñanza imponderable, y, como tal, deberé meditarla honda y cuidadosamente.

PRECEPTOR. —Dada la acogida que le habéis dispensado en vuestra mente, os facilitará la comprensión de cuanto acabo de expresaros acerca del invaluable ejercicio del bien, esta ilustrativa referencia: Habitaba nuestra tierra un hombre que tenía varios hijos. Se preocupó siempre de hacer el bien mientras pudo, y en cada oportunidad en que esto hacía, ense-

ñaba a los hijos el correcto ejercicio de aquella virtud. Después de alcanzar una vejez tranquila, abandonó esta tierra, pasando —como es costumbre decir— a mejor vida. Sus hijos, sin experiencia casi, y mucho menos inteligentes que él, corrieron serios peligros de quedar desamparados, mas acudieron prestos para auxiliarlos, ayudándolos en diversas formas, todas aquellas personas a quienes el padre había beneficiado. Así fué como encontraron a menudo, de quienes menos pensaban, manos amigas y corazones generosos, mediante los cuales cosecharon el beneficio de los gestos altruístas de su virtuoso padre. He aquí la original herencia que legó a sus hijos aquel buen hombre, y de la cual tan sólo existió constancia en el corazón de quienes, habiendo sido por él beneficiados, retribuyeron luego a sus descendientes el bien que, oportuna y generosamente, habían recibido.

## DIÁLOGO XXIII

ERGASTO. —No atino a comprender por qué acontecen ciertas alteraciones en el curso de nuestra vida. Tan pronto parece marchar todo sobre rieles cuando, súbitamente, sin haber sospechado o presentido siquiera el más remoto cambio de situación, nos sobrevienen problemas graves o dificultades extremas precipitándonos en amargos trances.

PRECEPTOR. —A vuestro interrogante cabe responder en la siguiente forma: El ser es una sucesión de seres. Por consiguiente, en cada uno está que el ser de hoy no comprometa al de mañana creándole problemas u obligándolo a enfrentar las situaciones que el primero no tuvo valor de afrontar. El que empeña con cierta ligereza su palabra o sus bienes, el que firma obligaciones de cuyos vencimientos deberá hacerse cargo el ser de mañana, ¿no le ha creado, acaso, esos graves problemas o dificultades extremas a que habéis aludido? Ocurre, por lo general, que se piensa egoístamente en el ser de hoy sin reparar siquiera en el de mañana. No obstante, hay quienes, cumpliendo dignos esfuerzos, piensan en este último, para que ese ser de mañana —que será uno mismo— pueda disfrutar de una situación holgada y feliz. No les acontece a ellos esas alteraciones de que habéis

hablado, porque son previsores y no se prodigan egoístamente en el ser de hoy.

Todo esto enseña que si en determinado momento se disfruta de felicidad, debe ser ésta repartida equitativamente entre los seres que irán sucediendo al de hoy, a fin de que haya continuidad y no contraste, evitando, a la vez, que el sufrimiento de este último alcance al ser de mañana.

ERGASTO. —Supongo que ésa no será la única causa, ya que, si mal no recuerdo, en cierta oportunidad me habéis dicho que son nuestros errores los que nos traen luego los disgustos y sinsabores más desagradables.

PRECEPTOR. —Al señalaros en esta ocasión sólo una causa, es porque la conceptuaba suficiente para vuestra comprensión. Además, al responderos he tenido en cuenta vuestro caso particular.

ERGASTO. —Perfectamente. Quisiera aún formularos algo, por serme muy necesaria su dilucidación; es lo siguiente: no hace mucho, frente a un acontecimiento luctuoso, de esos que con frecuencia se reiteran en todos los hogares al desaparecer uno de sus miembros, ante el cuadro desgarrador que estaba presenciando me pregunté si no habría algo, superior a nuestros sentimientos, que obrando en nosotros atenuara, siquiera en parte, la intensidad de ese dolor. Pero no pude hallar ningún razonamiento atendible capaz de atemperar la intensidad de un golpe psicológico de esa índole.

PRECEPTOR. —Cuando se produce una situación como la que habéis expuesto, ya lo he dicho otras veces, los seres sufren esos bruscos estremecimientos de angustioso desconuelo, por tratarse, precisamente, de acontecimientos sobre los cuales nunca o muy rara vez se piensa, para no ser invadidos por sentimientos que luego afligen o deprimen el ánimo. Esto se debe a la ausencia de una concepción más amplia

de los trances humanos que es necesario arrostrar en el curso de la vida. Una mente iluminada por la acción fecunda del conocimiento trascendente sabe muy bien que lo inesperado puede acontecer en cualquier momento, y, ateniéndose a esa realidad, lleva su convicción más lejos aún de toda esperanza o hecho concebible, preparando el espíritu para cualquier eventualidad, presentida o no, que pudiera sobrevenir. Así reconfortado, podrá el ánimo soportar con más serenidad y entereza lo que uno mismo ha concebido ya, en caso de acontecer, como algo irremediable.

## DIÁLOGO XXIV

OLIVERIO. —¿Cómo debe interpretarse el hecho corriente de que una persona, en el paroxismo de la desesperación, por ejemplo, invoca a Dios y recibe, acto seguido, el auxilio divino que calma su agitación y le permite resistir con mayor serenidad y entereza el momento crucial que está viviendo? ¿Recibe esa ayuda, en verdad? ¿Es tan sólo consecuencia del influjo divino de la religión que profesa? Y, de ser así, ¿cómo se explica que el mismo bien sea alcanzado con igual prodigalidad por los que no profesan religión alguna? Es este un misterio en el que, realmente, quisiera penetrar.

PRECEPTOR. —Es común observar como nadie o muy pocos se acuerdan de que tienen un espíritu que anima la vida, el cual permanece casi estático mientras el ser físico acciona movido solamente por las necesidades de orden rutinario que le plantea la vida corriente, siendo muy raras las veces que ese espíritu tiene oportunidad de conmoverlo con otras miras. Y es, precisamente, en esos momentos de aflicción que acongojan al ser, cuando aparece perfilándose una de las formas más atrayentes y sugestivas del espíritu, pues éste se manifiesta en la propia sensibilidad, respondiendo al clamor de la angustia. Ese solo

hecho reconforta y suaviza las durezas del trance amargo, permitiendo recobrar la serenidad y, luego, la calma perdidas.

No debe atribuirse, pues, a milagro alguno ni engañarse con la creencia de que se ha tenido algún auxilio en particular, procedente de la divina Providencia o de Dios mismo. Menuda tarea sería la del Creador si, por la mera invocación de cada una de las criaturas humanas, debiera atender sus demandas de auxilio. Hemos de pensar, en cambio, que es en el propio espíritu del ser donde existen recursos a los cuales sin saber se apela, al dirigirse a Dios en los más álgidos momentos de la vida.

OLIVERIO. —Encuentro enteramente lógico lo que acabáis de manifestar; veo ahora que la criatura humana no es tan desvalida como se cree, ya que hasta en los trances más difíciles de su vida halla a su alcance el recurso salvador.

PRECEPTOR. —Así es; mas si esto lo comprendéis bien, veréis entonces cómo proviene de Dios, sin duda alguna, la gran ayuda recibida en tales circunstancias. Empero es allí, precisamente, donde reside el misterio: en el hecho de hacernos llegar ese auxilio por vía indirecta, o sea por conducto de nuestro propio espíritu, que es quien fortalece nuestro ánimo haciéndonos experimentar no sólo la realidad de su existencia, sino también el rigor de su reproche al comprender que no debemos tenerlo tan a menos, cuando se ha visto la importancia que asume toda vez que procura uno trepar a lo alto en busca de un consuelo a su aflicción o de una luz que alumbre la vida ensombrecida por el sufrimiento.

Sería un error pensar que en la emergencia señalada Dios ha debido intervenir personalmente, y, absurda aun, la pretensión de creer que lo fué en particular, al sentirse el alivio anhelado. Bien claro se descubre, a través de cuanto os he dicho, que existe en el Gran Ser una omnisciencia que abarca todos los

ámbitos de su Creación, hallándose el espíritu, por lo tanto, consubstanciado con esa fuerza universal que obedece a las leyes creadas por la Inteligencia Suprema. Un episodio de la naturaleza del expuesto no tiene, pues, la menor repercusión cósmica, como no tendrían para nosotros repercusión de trascendencia alguna los gritos de un polluelo que, huyendo de un peligro, se salva inesperadamente.



## DIÁLOGO XXV

ANÍBAL. —He oído hablar algunas veces de los egipcios y sus rituales, pero tan vagas referencias sólo han dejado en mí un gran deseo de saber algo más acerca de sus impenetrables misterios. Vos, que tanto conocéis sobre ellos, ¿podéis referirme algo que satisfaga mis ansias de saber?

PRECEPTOR. —Largo de narrar es cuanto atañe a los extraordinarios personajes que movieron la conciencia de tantas generaciones incitándolas a buscar en sus arcanos la sublime luz de los conocimientos. Trataré, empero, de complacerlos hablándoos de aquellos tiempos, hombres y lugares.

Dejemos de lado las tradiciones míticas que siempre aparecen en los comienzos de la historia de todos los pueblos, para delinear tan sólo el carácter que identifica la cultura de sus pasadas civilizaciones, sin omitir, desde luego, la herencia que las primeras jerarquías transmitieron a los vástagos que formaron más tarde las gloriosas castas de iniciados que habitaron las tierras bañadas por el Nilo. Vayamos, pues, a los lugares que fueron cuna de los más grandes patriarcas y filósofos que tuvo la humanidad. Transportémonos hasta Egipto a través de nuestro mundo

mental. La curiosidad, esa modalidad que tanto afecta al corazón humano por las zozobras que le depara la mente, en trance de averiguar todo lo que al momento olvida, ha dejado atrás a muchos. La impaciencia los ha fatigado; dejémoslos descansar hasta que, de regreso, vos mismo podáis narrarle lo que hayáis visto.

ANÍBAL. —Recuerdo haber escuchado relatos sobre la belleza que ofrece la naturaleza del suelo egipcio, con su río, poco menos que fabuloso, en torno a cuyo cauce tantas leyendas tejió la mente del hombre, ansiosa siempre de transponer los límites de ese maravilloso mundo que guarda arcanos tan codiciados.

PRECEPTOR. —La belleza de aquellos lugares ha influido singularmente en todas las manifestaciones de ese pueblo, siendo fuente inagotable de las inspiraciones que dieron a su potente civilización un brillo tan deslumbrante que, aún en nuestros días, después de milenios, no ha dejado de resplandecer en la conciencia humana.

Ese río a que habéis aludido, el Nilo, cuyo nombre es todo un poema, da al viajero la sensación de emerger del cielo mismo para llevar a aquel país, como efluvio divino, algo de ese celeste fulgor que tanto ennoblecó el sentimiento de sus generaciones privilegiadas.

En medio de imponentes desfiladeros, entre montañas hendidas en originales contornos o alzándose en soberbias curvas sobre bosques y picados macizos, divísase a través de los huecos que se abren de tanto en tanto en las profundas y abruptas sinuosidades del terreno, la dilatada ribera de ese río sin igual. Diríase que los hombres de aquellas épocas carecían de los principios generales de la arquitectura, pero ellos sabían a quien recurrir en busca de esos principios, y por cierto no desoyeron jamás la sabia voz de la Naturaleza cuando les hablaba desde los misteriosos aposentos de su augusta mansión.

Allí nacían y crecían las generaciones, absortas en la contemplación de esos lugares de ensueño, mientras corría el pensamiento tras la línea que las diferentes posiciones del sol dibujaban en la penumbra de los valles o en las encantadoras cimas, a veces de rojizo tinte, de sus montes gigantescos. Allí levantaron los invencibles e infatigables labradores de la tierra egipcia sus templos y panteones. Allí afirmaron sus ciclópeas construcciones a prueba de siglos, reservándose para sí el derecho de conservar intacto el secreto de sus creaciones. La incógnita permanece aún indescifrable, pese a los inauditos esfuerzos de los hombres por descubrir o explicar su misterio.

Isis habríales revelado el modelo de esa original arquitectura, tras cuyos muros, de singular resistencia, parecía ocultarse el sublime y simbólico pensamiento de su genial inspiradora. Ante la promesa de fidelidad ofrecida por los iniciados de aquel tiempo en holocausto a la divinidad que tan pródigamente les brindara los tesoros de su sabiduría, pugnaban por manifestarse, como en piadosa expiación, los sentimientos que hubieron de ser más caros para el espíritu. No parecería significar otra cosa su afán por construir sus monumentales criptas y sus prominentes templos en donde hacían vivir imágenes, pensamientos, recuerdos y esperanzas, pero en los que no podían vivir los hombres. Prefirieron confiar a las entrañas de la tierra, ya en sus cuencas naturales, ya socavando su superficie, los cuerpos venerados u objetos que fueron para sus sentimientos motivo de los más delicados afectos.

ANÍBAL. —Me parece encontrarme ya en ese país contemplando sus hermosos panoramas, tal es la sensación de realidad que me transmiten vuestras palabras. Aguardo ahora con mucha curiosidad vuestro relato sobre aquellas singulares ceremonias, que mucho me interesa conocer.

PRECEPTOR. —La curiosidad —os lo repito— es

una modalidad que no conviene a los fines del conocimiento. Al instante se olvida aquello que la motivó, por no llenar una finalidad útil. Muchos son los que fracasaron en la senda del saber por esa causa. Conviene, pues, que dominéis vuestra impaciencia y sólo esperéis escuchar cuanto al respecto convenga que os diga.

Para entrar en aquellos templos era menester pasar antes por oscuros subterráneos. Allí se sucedían los pasos en falso, los tropiezos, caídas, etc., todo lo cual obligaba a los visitantes a caminar con cautela y a conservar clara la imagen de cada experiencia.

Durante el recorrido eran conducidos por un guía que explicaba a cada uno lo que le resultaba más incomprendible, siempre hasta donde se lo permitieran las consignas vigentes. Casi al final del tortuoso pasillo eran detenidos por una voz poderosa que desde el fondo de la nave central los intimaba a reflexionar sobre lo que buscaban sus espíritus anhelantes. El guía contestaba por ellos, y seguidamente eran introducidos en un inmenso espacio lleno de columnas revestidas totalmente de símbolos y jeroglíficos indescifrables.

Henos ya en el interior del imponente templo en momentos en que el hierofante mayor se dispone a celebrar uno de sus rituales. Todo allí ha sido preparado para la realización de esa solemnidad. Invaden el templo los acordes de una música sublime, por momentos suave, dulcísima y casi imperceptible, que aumenta gradualmente en rítmicas armonías hasta alcanzar una sonoridad atronadora y penetrante, que parece envolver las almas de los que asisten, primero en un aturdimiento, y luego en un estado de paz inefable, al sustraer los sentidos de toda distracción objetiva y concentrar a cada uno en la visión simbólica que aparece ante los ojos de sus entendimientos.

La ceremonia se inicia con la elevación del cáliz

que, en manos del augusto hierofante, resplandece con fulgores extraterrenos, alumbrando con su luz no sólo el interior del templo, sino también el interior de las almas. Luces suaves y de colores cambiantes dan al acto ritual una majestuosidad impresionante. Todo el templo está invadido por el blanco humo del incienso que, al ser iluminado por los destellos fulgurantes de las luces, parece tomar formas semejantes a presencias incorpóreas que ambulan por el espacio en originales figuras.

El hierofante pronuncia los mantrams de rigor y sus ayudantes hacen los llamados "signos de inteligencia", moviéndose en diversas direcciones; llegado el momento, contestan a un tiempo a las voces de profundas resonancias espirituales con otras que eslabonan la cadena de entendimientos recíprocos.

ANÍBAL. —Quisiera saber qué significado tienen esos mantrams y cuál es su influencia sobre quienes los escuchan.

PRECEPTOR. —Su significado es el mismo que tiene todo signo familiar a nuestro entendimiento; en cuanto a su influencia, no la ejercen por imperio de ningún poder oculto, como bien podéis suponerlo, sino que producen en el alma de los seres un encantamiento lúcido que las llena de fuerzas y entusiasmo. Son como esas noticias felices que se reciben de pronto, inesperadamente, o que, esperadas con temor, al confirmarse producen ese brinco psicológico que llamamos júbilo, cediendo rápidamente todos nuestros pensamientos a la influencia de esa noticia que habrá de cambiar en parte, o en todo, el ritmo y posición de nuestra vida. Los mantrams son, para los iniciados, secretos que se comunican a sus almas ante la próxima revelación de un arcano por largo tiempo anhelado.

ANÍBAL. —Y el ritual, ¿qué significa?

PRECEPTOR. —Es la celebración de un oficio divino

que representa la fiesta del espíritu. Por ello, el gran hierofante canta; por ello hay luces en el santuario, se aspira allí el perfume del incienso y las almas vibran bajo el influjo majestuoso de ese acontecimiento.

ANÍBAL. —Comprendo. Sólo me falta ahora preguntaros algo que aún no me resulta del todo claro; es esto: ¿por qué se recurre a esa solemnidad?

PRECEPTOR. —En verdad, tal solemnidad no existe. Para los que nada saben del significado de esas ceremonias, es natural que todo parezca pomposo, mas para aquellos seres, que conocían el fondo instructivo de las mismas, no había en ellas más solemnidad que la dulce realidad que experimentaban en tales circunstancias.

Hoy no quedan ya vestigios de esos antiguos rituales. En vano se ha tratado de hallarlos entre las ruinas de los famosos panteones de Psammética y Ramsés; mas aun en el supuesto de hallarlos, ¿de qué habrían servido, sino para exhibirlos como reliquias históricas?

ANÍBAL. —¿Por qué decís que de nada habrían servido? ¿Acaso no hay en nuestros días jerarquías intelectuales capaces de igualar a las de aquellas épocas?

PRECEPTOR. —Entonces ya no habría nada que buscar en aquellos arcanos, pues la sabiduría presupone dominio de las ciencias, de la más alta incluso. Pero hay algo más que escapa a vuestra perspicacia: no son, por cierto, los tiempos de ahora para la celebración de esos rituales; hoy es necesario officiar dentro del propio corazón, en la intimidad de la conciencia. Allí, en ese altar inviolable, custodiado por nuestros sentimientos, permanecerá sin ser violentado jamás el secreto de todos los secretos: la verdad impronunciable, la palabra de Dios viviendo en nosotros, la palabra que pronunciamos en los momentos más solemnes de nuestra vida, el man

tram que, resonando en ecos sublimes, nos transporta a ese mundo suprasensible que promueve en nosotros las más hondas emociones y traduce para nuestra conciencia las imágenes de la felicidad y del sufrimiento.

## DIÁLOGO XXVI

PRECEPTOR. —Cierta vez alguien me preguntó si podía presentarle un conocimiento y concretarlo, a fin de percibir su forma, lo mismo que su solidez, al extremo de que resultara aún susceptible al tacto.

EDMUNDO. —¡Esto sí que es interesante! Al fin y al cabo, también los conocimientos deben tener su dimensión o figura arquetípica, que los torne más accesibles a nuestro entendimiento. ¿Y cómo respondisteis a la pregunta?

PRECEPTOR. —Un jarrón artístico, por ejemplo, como cualquier obra de arte, es la síntesis práctica o concreta de un conocimiento. Oculta entre las filigranas o entre la expresiva trama de fisonomías, paisajes o trazos en él plasmados, hállase esculpida la esencia activa del poder creador que anima al conocimiento que intervino en su ejecución. El valor de dichas piezas, en apariencia inanimadas, reside en el misterio que les infunde vida, esto es, en el pensamiento creador en ellas estampado; y quienes las saben admirar con su inteligencia y gustar con su sensibilidad, las estiman y aquilatan por todo lo que expresan o sugieren.

Pedir que se describa el conocimiento del artista,



tal como podría describirse el jarrón o la obra de arte, equivaldría a tanto como reiterar todo el proceso de asimilación cumplido por aquél, y, asimismo, el proceso de transubstanciación del conocimiento y creación del pensamiento artístico en todo su desarrollo, hasta la terminación de la obra de arte. Así, pues, la forma de un conocimiento estaría representada por la concepción de una obra, su solidez por la perfección de la misma y su dimensión por el grado de paciencia manifiesto en ella.

EDMUNDO. —Excelente explicación habéis dado a lo que parecía inexplicable. Es indudable que la existencia de un conocimiento se palpa por la fuerza energética que lo anima, haciéndose aún más evidente cuando lo usamos. Confieso que esta vez me ha resultado fácil abarcarlo; en cambio, otras, al hablarme de esta o de aquella enseñanza, pese a que su contenido me conmueve profundamente y a que siento con intensidad su fuerza por las verdades que entraña, no logro comprender sus alcances, o, mejor dicho, su trascendencia.

PRECEPTOR. —No dudo de cuanto me expresáis, por ser muy común observar idéntica situación en quienes abordan por primera vez este orden de estudios. No obstante —y podéis estar bien seguro de ello —, esa dificultad para comprender la enseñanza irá desapareciendo a medida que os vayáis familiarizando con el lenguaje de la Sabiduría. Veréis entonces cuán fácil os será penetrar en ella, para encontrar su oculta esencia y aspirar ese inefable aroma que se desprende de la misma. Ya no será la suya una palabra material, cuya acústica monótona hiere los oídos; será el acento feliz del pensamiento luminoso comunicándose con el alma que lo escucha con incontenibles ansias de elevación. Será el elixir que se derrama prodigiosamente y que sólo alcanzan a gustar quiénes se esfuerzan, quiénes vencen a la iner-

cia y se imponen en las luchas contra sus propias debilidades.

El acto de penetrar en la esencia de una enseñanza figuráoslo como dos brazos que se extienden ansiosos en demanda de saber, mientras que otros dos brazos, alargados para escanciar ese elixir, simbolizarían la oportunidad brindándose generosamente.

## DIÁLOGO XXVII

BERNARDINO. —Repetidas veces me habéis aconsejado que dedique mi atención al conocimiento del sistema mental, preconizado por la Logosofía. Pero, ¿qué necesidad tengo de conocer mi mente si la puedo emplear lo mismo y hacer cuanto se me antoje?

PRECEPTOR. —Es verdad; mas aquel que al pensar sabe por qué leyes piensa, ya tiene una ventaja sobre el que lo ignora. Además, quien no conozca cómo actúan los pensamientos dentro y fuera de la mente, estará siempre a merced de sus impulsos sin que la razón, utilizando la voluntad, pueda sofrenarlos.

Existen personas que por naturaleza llevan en sí el don del dominio personal. Mas también éstas, con frecuencia, son sorprendidas en su buena fe por desconocer las maniobras mentales que realizan quienes persiguen fines mezquinos. Por otra parte, poca es la libertad de la cual goza el que se deja llevar por los pensamientos a las mesas de juego, a los desmedidos placeres del alcohol, etc. Si es la razón la que en estrecha consulta con la conciencia debe gobernar la mente, fácil os será ver que eso no acontece en los casos citados.

Ahora bien; el conocimiento logosófico permite

desalojar de la mente todo pensamiento pernicioso que rebaje al ser humano. Conocer las combinaciones y movimientos que se promueven dentro de ella es experimentar la conciencia del pensamiento ejecutor y ahuyentar el fatalismo del azar, ya que es éste el que aparece determinando el juego mental y el que dispone las alternativas por que pasa el individuo que no domina, con la inteligencia de sus conocimientos, los factores que intervienen para enaltecer su vida, haciéndola fecunda y feliz, o para rebajarla, arrastrándola por el camino de la desventura y la perdición.

El hombre, por lo general, se cuida de ingerir alimentos que sabe han de dañarle, pero a menudo olvida que debe hacer lo mismo con los pensamientos que por experiencia sabe que son malos. Decidme: ¿quién no prefiere poseer las riquezas del conocimiento a tener que verse expuesto a afrontar las difíciles situaciones, los problemas e infinidad de inconvenientes en que suele colocarlo su ignorancia, por la falta de cultivo de sus facultades, condiciones y calidades?

BERNARDINO. —Me habéis hecho ver, ciertamente, muchas cosas en las cuales no había reparado. Si no abuso de vuestra generosidad, ¿podrías ilustrarme más ampliamente respecto a esos problemas e inconvenientes que suelen presentarse en el curso de la vida, y frente a los cuales no sé muchas veces qué camino seguir o qué clave emplear para resolverlos?

PRECEPTOR. —Lo haré con el mayor gusto; es la vuestra una preocupación que necesariamente debe ser atendida. Tales dificultades y problemas se presentan, en su mayor parte, por no ejercer casi de continuo la facultad de la observación. El secreto para que no nos acosen está en saber cómo resolverlos antes de que se hagan sentir; esto ahorrará tiempo, evitará disgustos y preservará nuestra tranquilidad. Dicha acción preventiva contra la adversidad es de

una eficacia imponderable. Sin embargo, y casi siempre por desidia, ello no se hace; luego, cuando el mal ya está encima, sobreviene la desesperación, estado psicológico y mental nada propicio para solucionar situaciones extremas.

Miles de casos podría ofreceros que atestiguan la bondad de la fórmula: El que cuida su salud aleja los problemas que podría crearle una enfermedad, de aquellas que pueden evitarse; el que sabe administrar su patrimonio preserva asimismo su tranquilidad de la posible visita de huéspedes ingratos, como los son problemas y dificultades.

Ahora bien; eso no es todo. Es necesario aún colaborar con la Providencia para que ella nos ayude. ¿Cómo? Conduciendo la vida con la mayor sensatez posible por los caminos del mundo. No comprometiéndola paz del futuro con hechos que eventualmente podrían perturbarla. Esto os dará a entender que las causas de muchas de las dificultades y problemas del presente están en nuestros descuidos del pasado. No dejemos que continúe repitiéndose la misma experiencia. Limpiemos con tiempo el camino por el cual deberemos marchar, en vez de lamentarnos tras cada tropiezo por no haberlo encontrado aplanado por los que pasaron antes.

BERNARDINO. —Encuentro irrefutable la enseñanza que me dais, pues cuán cierto es que todo lo queremos sin poner de nuestra parte el menor esfuerzo. Me ha impresionado vivamente esa previsión sobre el futuro por vivir, cosa en la que, en verdad, muy pocos piensan. No existe, fuera del logosófico, un método que guíe segura y prácticamente sobre la forma de conducir la vida con las sabias preocupaciones de la prudencia, en modo de saber a ciencia cierta qué nos deparará el mañana.

PRECEPTOR. —Tanto mejor para vos si habéis comprendido este interesante punto, ya que es de considerable valor para toda criatura humana.

## DIÁLOGO XXVIII

MAXIMILIANO. —En la psicología humana hay, ciertamente, algunas rarezas que me interesa sobremanera penetrar, para descubrir qué fuerzas ponderables y desconocidas actúan en la vida del ser llevándole a veces a realizar actos o soportar pesares que, por su temperamento, jamás hubiera tenido el valor de afrontar.

Investigando en diferentes fuentes he sacado como conclusión que se puede pasar de un extremo a otro; por ejemplo, del estado de vacilación ante un peligro al de decisión propio del arrojo más temerario; de un estado de temor a otro de coraje, etc. Pero lo que nadie explica es, en verdad, la causa que promueve ese cambio de ánimo y de actitud interna, tan rápido como opuesto al anterior momento psicológico.

PRECEPTOR. —Si entráramos en el terreno de las suposiciones, podríamos decir que la causa reside unas veces en el apremio en que nos coloca alguna situación difícil, y, otras, en el cálculo supremo hecho por nosotros en aquellos instantes en los cuales, por correr serio peligro nuestra vida, comprendemos instantáneamente que la perderíamos, de no realizar,

con los riesgos fáciles de suponer, el esfuerzo o el acto que para salvarnos nos exigen las circunstancias.

El fondo de esas proezas encierra, naturalmente, un contenido de inestimable valor. Es, por mejor decir, la razón de las causas. Vayamos, pues, en busca de esa razón, que, por vuestros medios, no pudisteis descubrir.

Si observamos la vida de los seres, veremos que todos hállanse dotados de poderosas resistencias, las cuales se mantienen estáticas en ellos, como reservas internas. Tales reservas se asemejan mucho al arco del guerrero, que permanece como cosa inútil, o tal vez como mero adorno, cuando está fuera de uso, pero que, puesto en tensión por un brazo experto, concentra una fuerza por demás apreciable, capaz de lanzar la flecha con ímpetu hercúleo. Frente a las más extremas situaciones, ¿no se ha visto, acaso, a más de un ser inhibido por la timidez o trémulo de temor incorporarse de pronto y, ungido de un coraje extraordinario, asombrar por su bravura o sus actos temerarios? Igualmente, hemos visto con qué entereza se sobreponen ante una desgracia quienes, según sus propias manifestaciones, no habrían tenido ánimo para afrontar pequeñas desdichas.

MAXIMILIANO. —Curiosa e interesante explicación me ha brindado vuestra profunda sabiduría.

PRECEPTOR. —Sin embargo, más curioso e interesante resulta que, pese a la existencia de esas comprobaciones sobre las poderosas resistencias que todo ser humano posee, no se las emplee para hacer avanzar la vida en continuados esfuerzos de evolución. Se vería así como cada uno es capaz de sortear todas las dificultades y, con serenidad y entereza, soportar cuanta vicisitud pueda acarrearle la magna empresa de su liberación moral y espiritual por medio del perfeccionamiento.

## DIÁLOGO XXIX

ERGASTO. —Hay quienes buscan el bien, vale decir, lo que redundará en beneficio de nuestro ser y nuestras vidas, por una inclinación natural a mejorar sus condiciones individuales. En tales casos, esa inclinación corrientemente es inspirada por los más generosos sentimientos, y es así como, de la felicidad lograda, o sea del bien que obtenemos, hacemos partícipes a los que, directa o indirectamente, nos rodean en las vidas familiar y de relación. Los hay, en cambio, y en crecido número, que sólo buscan el bien egoístamente, esto es, con fines mezquinos y utilitarios. Interesados en el propio beneficio, se despreocupan totalmente por el bien de los demás. Sin embargo, es fácil ver cómo se abren paso en la vida y son pródigos en darse los más variados gustos, antojos y placeres. ¿Qué explicación cabría en esta circunstancia, en que la suerte pareciera favorecer quizá más al que busca el bien egoístamente que al que lo anhela con espíritu altruísta?

PRECEPTOR. —Es indudable que existen seres de estrecha comprensión humanitaria, cuyos sentimientos están endurecidos por la avaricia; con aguda vehemencia, sólo ansían cuanto pueda favorecer a



ellos exclusivamente. Si bien es cierto que muchos triunfan en sus afanes especulativos, es bueno recordar que a nadie inspiran confianza ni simpatía. Se los mira como a seres de otra especie: es el sentimiento de humanidad reaccionando frente al agravio que le infiere el egocentrismo absolutista del bastardo. Podrán darse gustos y placeres, como los cerdos revolcándose en el lodo y comiendo sin medida, pero sus vidas, igual que las de éstos, ofrecen el mismo espectáculo desalentador: mientras a unos se los sacrifica para gustar de sus apetecibles carnes, a los otros espéranles sus deudos para deleitarse con el festín de la herencia. No vale, pues, la pena ocuparse de ellos; dejémoslos que cumplan su triste destino. . . . Mientras, preparemos para nosotros uno mejor; así, el recuerdo que inspiraremos será también muy superior, seguramente, al de aquellos que confundieron el bien de la vida con el "vivir bien", conforme a sus concupiscencias.

## DIÁLOGO XXX

ORESTES. —Nos habéis dicho, vez pasada, que los errores y faltas cometidos por los seres en el curso de sus vidas aumentan la adversidad que luego los persigue. Admitir esto sería, según creo, aceptar una injusticia, puesto que, en su mayoría, los errores se deben a la ignorancia o a los procederés inconscientes. No concibo, pues, la existencia de una ley rígida, implacable, capaz —incluso— de aniquilarlo a uno, haciéndole sufrir desgracias que, muchas veces, nada tienen que ver con los errores o faltas cometidos.

PRECEPTOR. —Injusticia es lo que ven los ojos de esa misma ignorancia o inconsciencia a que os habéis referido, pero en realidad ella no existe. La adversidad es uno de los grandes agentes morales usados por el Pensamiento Universal para corregir desvíos, sacudir las mentes humanas y obligar al hombre a andar derecho. La ignorancia y la inconsciencia son, precisamente, las causas por las cuales cometen los seres tantos errores y faltas, cuyas consecuencias deben sufrir a corto o largo plazo.

Ahora bien: ¿qué debe hacer el hombre para evitar que la adversidad lo persiga y lo abrume? Pues dejar de ser ignorante e inconsciente, perfeccionán-

dose; he ahí su misión y el único objeto de su vida. Y nada facilita más su perfeccionamiento como el análisis y estudio de sus errores, pasados y presentes, por ser éste el mejor camino y el más corto para descubrir pronto las propias deficiencias. Luego, su preocupación consistirá en eliminarlas, eliminando así la causa que producía en su vida efectos negativos de la más variada índole.

ORESTES. —Entiendo perfectamente, pero es muy difícil que uno mismo se dé cuenta de sus propios errores, por creer, generalmente, que tiene razón; y en el caso de que otro se los haga notar, le cuesta mucho, también, reconocerlos.

PRECEPTOR. —Eso ocurre cuando el ser, carente de una adecuada ilustración superior, pretende saberlo todo despreciando el consejo de los demás; he ahí su primer error. Librado a su propio entender, cierra, por así decirlo, todas sus posibilidades a la influencia edificante y renovadora de conocimientos capaces de operar cambios substanciales en su vida y perfeccionar sus condiciones espirituales y morales. Pero todo cambia cuando el hombre, decidida y conscientemente, se dispone a dejar de ser juguete de las circunstancias y a reconstruir su vida con otras perspectivas. Es entonces cuando advierte que la soberbia, el desmedido amor propio, la intolerancia, la impaciencia y las bruscas reacciones, impregnadas siempre de violencia, son pésimos aliados, porque ofrecen a sus enemigos los blancos más vulnerables a los dardos de la insidia, la injuria y la calumnia.

Afirmado, pues, el propósito de autoperfeccionamiento, no tardará, quien esto haga, en descubrir sus defectos y reconocer sus errores. Concentrará su afán en eliminar los primeros e impedir severamente la manifestación de los segundos al corregir sus actuaciones, libradas, antes, al azar de sus antojos.

ORESTES. —Me habéis brindado una excelente enseñanza. Comprendo que todo está en proponerse

corregir las propias deficiencias y actuaciones para no incurrir en nuevas faltas y errores. La adversidad cesará así, en sus implacables e inesperados golpes.

PRECEPTOR. —No penséis que ocurrirá ello al instante o por el mero hecho de observar una conducta mejor; no. Aún seréis golpeado muchas veces a cuenta de errores y faltas precedentes. Tenéis, no obstante, la prerrogativa de aliviar y aun saldar todas las deudas siempre que, desde luego, los errores o faltas no hayan violentado la conciencia infringiendo leyes capitales, que rara vez podrá atraer el hombre en su amparo.

ORESTES. —¿Y cuál sería esa prerrogativa tan promisoría que nos ayudaría a despejar nuestro camino de semejante cúmulo de males?

PRECEPTOR. —La de hacer el bien con inteligencia. Primero a sí mismo, superándose en todo sentido; luego a los demás, mostrando con el propio ejemplo cuánto puede hacerse en la vida en beneficio de uno mismo; y, sucesivamente, expresando al semejante cómo puede vencerse la adversidad y triunfar por medio del perfeccionamiento individual.

ORESTES. —El secreto radicaría, según creo haber entendido, en lanzarse a la búsqueda de las propias deficiencias a fin de eliminar la causa motora de tan detestables efectos.

PRECEPTOR. —Esa búsqueda sería, más bien, uno de los medios para descubrir el secreto a que aludisteis, pero no el fin, ya que simultáneamente debe realizarse el proceso evolutivo, que consumará la obra de perfeccionamiento.

ORESTES. —Es por demás sugestiva vuestra exhortación a no desmayar en nuestros esfuerzos evolutivos, desde que ellos nos deparan comprensiones más amplias sobre los secretos de la vida. Estimo que debo meditar con profundidad este imponderable aspecto que me presentáis sobre el carácter de nues-

tras prácticas en procura del perfeccionamiento. Pero volviendo al asunto que veníamos tratando, quiero formularos aún otro interrogante relacionado con el mismo: ¿Cómo se explica esa obstinada mala suerte que parecería ensañarse con las criaturas humanas haciéndolas sufrir?

PRECEPTOR. —En la mayoría de los casos ocurre así por razones fáciles de comprender. Debéis saber que la adversidad es un factor negativo, de carácter estrictamente personal. Como fácilmente puede deducirse de mi anterior exposición, ella aumenta con los errores, las faltas, las distracciones e imprudencias que uno mismo comete, y disminuye con los aciertos, con la eliminación de deficiencias, con acciones inteligentes y labores constructivas, con actos buenos, generosos y amplios, y, en fin, con nuestra constante superación.

Cuando hayamos eliminado toda razón de ser de la adversidad por culpa nuestra, atraeremos hacia nosotros la ventura, que es su opuesto, y, con nuestros propios méritos, haremos que nos favorezca con su inapreciable y siempre oportuna asistencia.

Esa razón de ser de la adversidad, lo mismo que de la ventura, tiene su origen en nuestros actos y pensamientos, por ser ellos los que nos llevan al encuentro de sus consecuencias: si fueron buenos, esas consecuencias serán felices; en caso contrario, se tornarán amargas. En nosotros está, pues, el que nos persiga la adversidad o nos preceda la ventura.

ORESTES. —¿Y cuándo se trata de un pueblo?

PRECEPTOR. —La adversidad que castiga a un pueblo, a un país, obedece a causas ya más hondas; pero, con todo, habrá existido siempre una culpa común que, visible o invisible a nuestra observación, es posible descubrir tras su derrumbe o a través de su historia.

## DIÁLOGO XXXI

PRECEPTOR. —Pese a la buena disposición que observo en la mayoría de los discípulos, en el sentido de comprender y disfrutar del beneficio de los conocimientos logosóficos, estos, según veo, se esfuman o permanecen estáticos en sus mentes. Indudablemente, falta más dedicación y voluntad para incorporarlos a la vida.

OLIVERIO. —Posiblemente sea como vos decís. No obstante, considero que influyen muchos factores, los cuales, al oponerse, dificultan e interfieren nuestros propósitos. Sin que esto entrañe una pretendida justificación, desde luego, yo entiendo que el conocimiento logosófico, por ser vital, por ser de gran trascendencia para nuestra vida, desde que nos invita y nos guía a la realización del proceso de evolución consciente, hace muy costoso, como es lógico suponer, el habituarse a un ritmo de actividad jamás imaginado. La lucha contra los viejos hábitos y nuestra excesiva complacencia con las propias debilidades y las atracciones de la vida común es, a mi entender, lo que más dificulta la realización de nuestras ansias de superarnos. Pero lo curioso es que mientras encontramos fácilmente la manera de aplicar estos cono-

cimientos en los demás, el asunto se complica cuando debemos hacerlo en nosotros mismos.

PRECEPTOR. —De ello se infiere que una cosa es aprender por el mero hecho de saber algo nuevo, y otra, cuando el saber es empleado para llevar a cabo una efectiva superación. En el primer caso, las enseñanzas vendrían a ser como las mariposas que anuncian el buen tiempo, alegrando el campo florido de los ensueños con el vistoso colorido de sus alas delicadas y graciosas. Fácil resulta cazarlas y más fácil aún deleitarse con ellas, pinchándoles luego su menudo tórax para coleccionarlas sobre un opaco cartón.

Empero, mientras esto se hace, va pasando sin ser aprovechado el tiempo bueno que ellas anunciaban, perdiéndose así oportunidades difíciles de recuperar.

Los que intuyen la importancia de ese tiempo y lo disfrutan inteligentemente son llamados al triunfo. Esos no coleccionan conocimientos para deleite personal o por puro afán especulativo, sino para realizar sus más grandes y sinceros propósitos de bien.

Tenemos, entonces, que mientras los conocimientos se mantienen activos en unos, aprovechando con ellos el buen tiempo, permanecen estáticos en otros, como las mariposas que yacen ensartadas en el cartón del coleccionista.

Convengo en que la labor exigida por la evolución consciente podrá ser ardua, podrá ser difícil y pesada, pero la sensación que se experimenta al lograrse un amplio resultado, excede, sin duda alguna, a cualquier compensación.

## DIÁLOGO XXXII

HÁMILTON. —Cada vez que uno quiere remontarse a los albores del mundo para conocer los primeros movimientos inteligentes de los hombres, se encuentra con que todo parece quedar oculto entre las sombras de un pasado inescrutable. Se me ha ocurrido pensar, por ejemplo, cuál pudo ser el primer oficio practicado por quienes habitaron nuestro planeta en aquellas remotas épocas y no he hallado explicación que me satisfaga.

PRECEPTOR. —Ateniéndonos a la incipiencia de sus entendimientos, aparece bien claro que el oficio mudo fué el primero ejercido por los hombres. No poseían aún el uso de la palabra articulada inteligentemente ni conocían los nombres de las cosas; pero llevados por el instinto primero, y por la elemental actividad de sus mentes después, comenzaron a familiarizarse con el uso de todo lo que formaba el conjunto de sus necesidades. Para entenderse usaron de los gestos, los ademanes y aun las actitudes, por demás expresivas, que revelaban los deseos del que los ejecutaba. Es indudable que el primer y más significativo ademán fué el de llevar la mano a la boca, en actitud de comer, para dar a entender que se tenía



hambre, signo que perdura aún en nuestros días y es conocido en todas las partes del mundo, como lo prueba con elocuencia el hecho de que no conociendo alguien el habla de un lugar lo usa espontáneamente para hacerse alcanzar alimentos.

HÁMILTON. —Se desprende de ello que los primitivos hombres, impedidos por su misma incipiencia intelectual de usar el lenguaje articulado, realizaban sus faenas silenciosamente.

PRECEPTOR. —En efecto; y sucedía que los más aventajados por su ingenio servían de referencia a los otros, que imitaban sus movimientos. Una piedra de regular tamaño, por ejemplo, habríales sugerido el pensamiento de sentarse encima, actitud adoptada luego, sin duda, por los que hasta entonces se sentaban en el suelo. El cuero de los animales, que no les resultó comestible, pudo haberles sugerido la idea de colocarlo sobre la piedra para hacerla menos dura, y más tarde, ablandado por el uso, les habría inducido a adoptarlo como abrigo.

HÁMILTON. —De donde resulta que el hombre es un insigne imitador.

PRECEPTOR. —Lo es por naturaleza mientras no se pronuncia en él la facultad de crear, capacidad ésta que lo eleva en jerarquía. Justamente, el oficio mudo estimuló la necesidad de recurrir a la mímica para resolver los apremios de la vida primitiva, más luego la inteligencia humana sustituyó con la comunicación verbal aquellas rudimentarias formas del ingenio y nuevos progresos se evidenciaron en la vida de los hombres.

HÁMILTON. —¿De modo que el juego infantil llamado oficio mudo tendría su origen en aquellas remotas edades?

PRECEPTOR. —Sin duda. Cuando surgió la necesidad de expresar con palabras los pensamientos y deseos, ese oficio pasó a la historia como una curio-

sidad. Sin embargo, como de todo guarda el alma humana alguna reminiscencia, el oficio mudo fué siendo practicado por las criaturas a través de los tiempos con gran afición. Consistía, como es sabido, en lo siguiente: reunidos varios niños, uno de ellos, elegido por turno para ejercer el oficio, comenzaba a describir por gestos, ademanes y actitudes expresivas su pensamiento o su deseo. Los restantes debían inferir el significado de los diversos movimientos que efectuaba el oficiante. Así, unos interpretaban una cosa y otros otra, pero las más de las veces coincidían cuando era clara la imagen presentada.

Esto daba lugar a que los niños, al ver que se entendía con facilidad lo que ejecutaban, pensasen en reproducir imágenes mentales de cosas más difíciles, a fin de que la expectativa fuera mayor y resultase más trabajoso el acertar. De este modo, y sin quererlo, adiestraban sus mentes para otras inventivas.

Como podéis apreciar, el oficio mudo fué practicado por las criaturas durante siglos, y lo es aún hoy, sin que a nadie se le haya ocurrido pensar si no habría sido el primer oficio de los hombres.

## DIÁLOGO XXXIII

PRECEPTOR. —Una de las cualidades más singulares de los conocimientos logosóficos es la de atraer vivamente la atención de cuantos se vinculan a ellos, aumentando la expectativa y el entusiasmo a medida que la inteligencia resplandece iluminada en máximas expresiones de sabiduría. Recuerdo, entre tantas otras, una enseñanza que despertó mucho interés en la oportunidad en que fué dada: es la que se refiere a las zonas libres y las zonas prohibidas que se hallan demarcadas en el plano de la vida. Esa enseñanza suscitó siempre, entonces como ahora, no pocas preguntas y reflexiones.

EDMUNDO. —Al respecto, si me permitís, deseo formularos un interrogante. Al hablarse de zonas prohibidas, ¿se trata, acaso, de aquellas a las cuales sólo tienen acceso unos pocos autorizados para penetrar en ellas, como en los establecimientos y zonas militares? ¿O quizá se refiera, más bien, al hecho de colocarse al margen de la ley?

PRECEPTOR. —Zona libre o transitable es la del bien; zona prohibida, la del mal. Ambas —y esto es lo extraordinario— se hallan tan estratégicamente ubicadas que es necesario tener cabal conciencia de lo que

ellas representan, para poder sortear los pasos difíciles que desembocan en las zonas prohibidas. Comúnmente se confunden por ignorarse los límites que separan unas de otras; el resultado aparece, con harta elocuencia, al verse los tropiezos y caídas de tantos que, habiendo invadido intencionalmente o por inadvertencia las zonas prohibidas, a poco de andar sufren las consecuencias de tal temeridad.

Zonas libres son aquellas en que el ser, al encontrarse dentro, se siente en paz con su conciencia. En otros términos, es cuando todo lo que él hace, piensa y dice tiene el sabor de lo honesto, de lo justo y de lo bueno, mostrando, a la vez, limpieza interna, que es signo de elevación moral.

Cuando no se tiene conciencia de la calidad de los pensamientos que actúan en la mente y aun gobiernan los actos del ser, éste es llevado constantemente de una a otra zona, anulando sus bellos gestos o sus acciones generosas con la consumación de otros gestos nada simpáticos, o con actitudes y hechos diametralmente opuestos a aquéllos. Es esta la causa por la cual tanto cuesta a los hombres edificar y mantener un buen concepto en el juicio de sus semejantes.

“No hagas esto; no hagas aquello; no te portes de tal o cual manera”, se nos dice cuando chiquillos con el objeto de enmendarnos. El oírlo nos causa cierta preocupación, mas no nos produce el mismo efecto poco después de nuestra mocedad, en la que ya no admitimos correcciones de nadie. Olvidadas así aquellas advertencias de la niñez avanzamos, sin prevención alguna, internándonos en la vida *ansiosos de vivirla sin limitaciones de ninguna especie*. Mas he aquí lo que ya os dije: a poco de andar sobrevienen los primeros contratiempos y las primeras contrariedades, a las que se van sumando otras que terminan por decepcionar, atemorizar y desorientar al incauto viandante.

EDMUNDO. —Veo explicado así el porqué de mu-

chos reveses y caídas que sufrimos sin comprender su causa.

PRECEPTOR. —Naturalmente. Ahora bien; tales efectos, que van atormentando el alma del ser, suelen muchas veces resultar aleccionadores, pues acaban por convencerle de que debe existir algún conocimiento que oriente y guíe su vida por los caminos de este mundo, hasta el fin de sus días. Ese instante de reflexión suele ser el que lo lleva luego por todas partes en busca de la luz ansiada, o del conocimiento o virtud presentidos. Comienza entonces un nuevo tránsito, un peregrinaje que a muchos desanima, a no pocos desvía, y, al resto, tal vez los menos, acerca finalmente hasta las fuentes de la Sabiduría esencial, donde recobran las energías, el aliento y la alegría de vivir, por la fuerza renovadora y vivificante de la enseñanza que los alumbra y los protege.

## DIÁLOGO XXXIV

PRECEPTOR. —Vamos a estudiar esta vez dos casos que se observan con harta frecuencia en el común de las gentes. El primero nos presenta a éste o a aquél en momentos de sufrir las consecuencias de uno de los tantos engaños a que se ven expuestos los seres, por diferentes motivos, incluso la buena fe; el segundo nos muestra el estado de fanatismo a que suelen conducirlos las creencias —sean de la índole que fueren—, estado que les impide toda reflexión.

ELADIO. —Esto tiene que resultar en extremo interesante, pues no creo que haya uno sin algo que contar al respecto, ya por haber sido engañado, ya por haber caído alguna vez en esos estados de irreductible obstinación o fe ciega en alguna creencia. Por otra parte, si habéis tocado este punto, entiendo que os proponéis descubrirnos alguna razón oculta, aún sin revelar.

PRECEPTOR. —Vuestra suposición no anda muy lejos. Siempre existe, en efecto, una razón oculta que explica a las inteligencias capaces de descubrirla el hondo y cabal significado del hecho, significado cuya evidencia jamás se da a primera vista, ni aun apreciándolo con inquisitiva curiosidad.

ELADIO. —¿Y por qué no se manifiesta a los ojos de todos sin necesidad de tener que ostentar menudos títulos de sapiencia?

PRECEPTOR. —Ahí está, precisamente, el quid del asunto. Es eso lo que todos quisieran, no sólo respecto a lo que motiva la enseñanza de hoy, sino a cuanto permanece ajeno a sus precarias culturas y conocimientos. Por otra parte, ¿a quién le interesa la explicación de algo sobre lo cual se muestra indiferente? ¿Y de qué vale su manifestación ante los propios ojos, si no se ha de comprender lo que se mira, o pasará por alto, como tantos ejemplos lo evidencian?

Sin estar, pues, a la vista, se halla, empero, al alcance de todos, aquello que se quiera saber sinceramente; quien haga el esfuerzo lo sabrá a su tiempo. ¿Os parece justo que obtenga el mismo resultado quien no ha hecho esfuerzo alguno, o quien, por no haberle interesado, no otorga a lo que está a su alcance la menor importancia?

ELADIO. —Mi pregunta, sin duda, fué un tanto apresurada; debí reflexionar y responder yo mismo a ese interrogante. Es de todo punto claro preocuparse de lo que a uno más vivamente interesa, sin pretender llevar a los demás a cuestras para que vean, sientan y comprendan cuanto es privativo de uno mismo.

PRECEPTOR. —Perfectamente. Volvamos ahora al tema, que, según veo, ha promovido en vuestra inteligencia una serie de movimientos tendientes a aprovechar al máximo la enseñanza.

A diferencia de la apreciación común, que juzga los hechos por sus consecuencias, sin relacionarlos, con el origen de los mismos, la Logosofía examina el desarrollo de un hecho para llegar a su causa. Así, los que dicen haber sido sorprendidos en su buena fe, o, más claramente, que han sido engañados, ofrecen a la observación logosófica situaciones diversas y factores concurrentes que determinan la consumación del hecho. Si encontrándose circunstancialmente con

gentes desconocidas intima alguien con ellas, concierta negocios o les confía sus bienes, pone en evidencia su ingenuidad, característica de los faltos de capacidad discernitiva, pero que, por rara paradoja, desconfían de las personas honestas que eventualmente tratan con ellos. Señalada la faz psicológica, nos hallamos, generalmente, con que parte de la causa reside también en la oculta ambición de multiplicar milagrosamente el capital ahorrado a fuerza de sacrificios.

Muestran igualmente ingenuidad, aun cuando más disminuída, los que en la búsqueda del saber ignoto se afilian a extraños credos, a seudoesuelas secretas o a sectas de dudoso origen, y, a semejanza del caso anterior, prefieren buscar por caminos tentadores lo que sería y honestamente pudieron hallar por sendas más rectas. En esa inclinación de tipo fenoménico aparece perfilándose, también, una escondida ambición: la de obtener, por medios extraños, conocimientos que se suponen de alto poder para dominar toda clase de situaciones, a fin de aparecer, luego de realizar algunas de esas prácticas llamadas "ocultas", como sapientísimos señores de la Sabiduría. Una vez engañados, jamás piensan que el germen del engaño estaba en ellos mismos, ni piensan tampoco en la insensatez de sus pretensiones.

El saber no se obtiene por milagro ni con el concurso de prácticas reñidas con la realidad: se logra mediante el estudio, el ejercicio constante de lo que se estudia y una progresiva evolución de la conciencia hacia verdades que conforman los arcanos de la Sabiduría.

Existe otro tipo muy frecuente de engaño, el único, precisamente, donde la buena fe es sorprendida por los recursos de la mala intención que usan los falsarios. Las gentes cultas, en su mayoría de espíritu amplio y generoso, piensan que existe en los demás su misma disposición, llana y honesta. Jamás muestran



la desconfianza típica de los pobres de espíritu; ayudan o conciertan vinculaciones comerciales, sin que asome en ellos la menor duda de la honestidad ajena, por encuadrarse todo dentro de las normas éticas que exigen los tratos mutuos. Mas he ahí que, a poco de andar, aparece, como he dicho, el falsario asestando a mansalva un rudo golpe al desaprensivo benefactor. El agravio que infiere el impostor al engañar suele alcanzar a muchos otros que, como él, podrían haberse beneficiado si su proceder hubiese sido honesto. Con ello, el engañado tiene que retraerse, y, obligado por la experiencia, restringe en lo futuro sus gestos humanitarios o de índole generosa.

ELADIO. —En los dos primeros casos la culpa recaería, entonces, en los propios engañados; y en el tercero, ¿no habrá también algo de culpa?

PRECEPTOR. —La habría, si nos ajustáramos a la rigidez de las actuaciones; pero es evidente que si los hombres de bien tomaran mil precauciones para ayudar, pocos, en verdad, serían los favorecidos por la nobleza de sus actos. En caso de haberla es, pues, una culpa perdonable.

Entremos ahora en el segundo punto de nuestro tema: las creencias, o, mejor aún, los creyentes. Existe una realidad que ha pasado inadvertida a todo el mundo y es la siguiente: cuantos profesan una fe ciega o alguna creencia se erigen en seres infalibles, no admitiendo en modo alguno la existencia de algo mejor ni más verdadero que la creencia abrazada. Pero donde se descubre el móvil oculto que engendra el frenesí histórico del fanático, es en el hecho de que se constituye, ante todo, en creyente de sí mismo. Y es creyente de sí mismo porque, no dudando de su infalibilidad, todo lo antepone a sus conveniencias personales. ¿No hemos visto, acaso, con harta frecuencia, a esos mismos fanáticos derribar ídolos y renegar de sus creencias por el solo hecho de que aquéllos o éstas cesaron de corresponder circunstancial o defi-

nitivamente a sus antojadizas exigencias? ¿Qué creencia era, entonces, la que profesaban?

Escudriñemos en el fondo de las almas y veremos, en los estrados mismos de cada creencia, cómo se columpia siempre, por encima de sus ídolos, el ídolo de las creencias personales, el que instituye la fe en la propia creencia, distinta, por cierto, de la que se aparenta profesar. He aquí, pues, una realidad difícil de advertir sin el auxilio de los conocimientos que acerca la Logosofía a las posibilidades y al juicio de todos.

## DIALOGO XXXV

DALMACIO. —Hemos oído decir, muchas veces, que cuando se toma la ruta del perfeccionamiento es absolutamente indispensable ser guiado por un preceptor. ¿Acaso no puede uno mismo salvar obstáculos y distancias valido de su inteligencia y de sus propias fuerzas?

PRECEPTOR. —La naturaleza humana, tan susceptible a los desplazamientos psicológicos y volitivos es, precisamente, la que reclama y exige un auxilio constante para no malograr las buenas disposiciones del espíritu. Vuestra inteligencia podrá concebir y planear proyectos, podrá incluso movilizar la voluntad y emprender tal o cual tarea, pero —ya lo hemos visto en infinidad de casos— frente a las dificultades, a la incertidumbre o a la realización de un esfuerzo no acostumbrado, la voluntad se resiente, decae el ánimo, y la inteligencia, atendiendo mil excusas de las propias flaquezas humanas, cede terreno. Comienzan entonces las postergaciones, aplazándose finalmente el proyectado plan, que bien pudo ser el de perfeccionamiento individual.

Cuando se trata de este último, excepcionalmente asocia el hombre a la idea de superación la de un

vasto ensanche del campo consciente, lo cual implica, a su vez, una creciente y gradual iluminación de la inteligencia merced a los conocimientos alistados a lo largo del camino que necesaria e imprescindiblemente hay que recorrer.

Ved ahora las reflexiones que responderían a vuestra pregunta: ¿Cómo puede bastarse a sí mismo, en empresa tan grande y complicada, quien debe, en tanto que la emprende, abrir su mente a infinidad de conocimientos que no posee? ¿Qué seguridad puede tener en sus pasos si carece de los elementos que más importante papel juegan en la vida del hombre que quiere perfeccionarse? Si en todos los aprendizajes se requiere forzosamente la guía del que sabe, ¿por qué se pretende, pues, prescindir de ello en empresa de tanta trascendencia?

DALMACIO. —Indudablemente, vuestros argumentos son irrefutables; no tengo, por mi parte, ninguna objeción que formular.

PRECEPTOR. —No obstante, debo haceros una pequeña aclaración; no son argumentos los que os he expuesto: son reflexiones plenas de una lógica incontrastable que descarta toda discusión.

DALMACIO. —También esto es irrefutable. Y como yo tengo el propósito de realizar la empresa de mi propio perfeccionamiento, me resultaría muy grato recibir de vos mismo una exposición concreta acerca de lo que debo hacer y qué consejos practicar para vencer las dificultades que se me presenten.

PRECEPTOR. —Debo, ante todo, felicitaros por la claridad mental que evidenciáis al comprender, sin mayor esfuerzo, una explicación que muchos no aceptan, las más de las veces, por el tono de suficiencia con que pretenden entender cuanto se les dice, para sostener luego, sin base alguna, sus equivocados conceptos.

El hecho mismo de comprender que es por demás difícil marchar solo por tan desconocido y acciden-

tado sendero, significa ya una gran ayuda. La realización del proceso de evolución consciente, tal como lo preconiza y lo enseña la Sabiduría Logosófica, requiere una técnica especial, un constante conocerse a sí mismo, comenzando por el articulamiento mental y psicológico que mueve las palancas de la propia vida, lo cual da al ser que aprovecha ese conocimiento la oportunidad más asombrosa, como lo es la de poder realizar el prodigio de su transformación moral y espiritual, en tanto alcanza conscientemente las altas cumbres del perfeccionamiento.

Pese a ello, responderé a vuestra pregunta teniendo en cuenta lo antedicho, en la seguridad de que hallaréis buenos motivos para extraer las más útiles conclusiones. Como primera providencia, si os preguntara qué hace todo aquel que va a emprender un largo viaje, sea por mar, aire o tierra, me responderéis, sin duda, que, tan pronto lo decide, dispone todas sus cosas en forma conveniente para que su ausencia no le acarree ningún perjuicio, antes bien, para que tanto en su hogar como en sus negocios todo marche como si estuviera presente. Preparará luego sus maletas con lo que a su juicio ha de necesitar durante el viaje, predisponiendo a la vez su ánimo para sobrellevar con buen temple cuanta molestia o inconveniente pueda producirse en el curso del mismo.

Pues bien; esto conviene no olvidarlo al emprender la marcha por el sendero del perfeccionamiento, ya que, a semejanza de cuando se proyecta un viaje, hay que ordenar todas las cosas en forma tal que haya diariamente un tiempo disponible para dedicarlo a tan importante fin. Será necesario, pues, considerar ese tiempo como si se lo destinara para viajar; y más aún: como si, en efecto, ya uno se hallara viajando.

El estudio, la práctica de la enseñanza y su aplicación experimental ocasionan a veces algunas mo-

lestias, pero éstas resultan ampliamente compensadas por la calidad y el número de los beneficios que ello reporta. En consecuencia, esas molestias deben ser consideradas como propias de los viajes; esto os ayudará muchísimo en las diversas alternativas del proceso que habréis de realizar.

El de evolución consciente es, al mismo tiempo, un proceso de enriquecimiento espiritual, porque implica atesorar gran número de conocimientos de altísimo valor, más que suficientes para edificar con ellos una vida ejemplar y magnífica. Pero, como es natural, nada se logra sin esfuerzo propio y sin una dedicación a prueba de flaquezas, sobre todo ante las alternativas que ofrece el camino a recorrer. A quienes marchan solos bien pronto los sorprenden dificultades imprevistas, surgidas con frecuencia durante el curso de la empresa; su impotencia para contrarrestar los virajes de la voluntad los abruma, siendo así como desfallecen, faltos de energías para proseguir la marcha.

Cuando a través de las épocas los hombres se estancan aglomerándose en las estériles llanuras de la indiferencia espiritual, los que conocen el camino son justamente quienes deben sacarlos del ostracismo mental y guiarlos hacia campos adecuados para efectuar los cultivos más proficuos. Son ellos los encargados de tomarlos del brazo y ayudarlos a caminar; son también ellos los encargados de enseñarles a no discutir, despejando el horizonte mental de oscuridades imaginarias y haciéndoles notar que el tiempo no da para cosas inútiles, pero se prodiga largamente a quienes aprenden a hacer del mismo un uso correcto. Y esto es lógico, pues discutiendo es como se lo pierde lastimosamente sin avanzar un solo paso; de ahí que a los seres que discuten se los encuentra siempre en el mismo sitio.

Os daré una imagen más clara: si debiendo ir, por ejemplo, a un punto cualquiera de algún paraje,

y, por desconocerlo, nos ponemos a discutir, sosteniendo unos que se halla al Este o al Oeste, y otros al Norte o al Sur, el tiempo pasará sin decidírnos, o, en el mejor de los casos, eligiendo al azar. Mas no podría ocurrir esto si estuviera allí quien conoce el punto a donde todos quieren ir y conoce además el camino que hasta él lleva.

Las más de las veces suelen ser los pensamientos que ambulan por las mentes los factores que intervienen en los actos de los hombres, demorando las acciones aprobadas ya por la razón, y anulándolas en muchos casos.

DALMACIO. —Por lo que acabo de escuchar, es cosa muy seria la realización del proceso de superación. Yo entendía que la cultura corriente llenaba con holgura esa finalidad, sobre todo si se tiene en cuenta la diferencia existente entre el ser inculto, y aun el mediocre, y el hombre cultivado.

PRECEPTOR. —No hay duda que entre uno y otro esa diferencia existe y es incuestionablemente grande. Pero el hombre de cultura corriente, aun la más encumbrada, si quiere alcanzar las cimas de la Sabiduría debe realizar ese proceso de evolución consciente a que me he referido, por ser de otra especie los conocimientos que comprenden esa realización, y, en consecuencia, ajenos a sus acervos personales.

## DIÁLOGO XXXVI

FAUSTINO. —Días pasados comentábamos, entre varios condiscípulos, la eficacia o la ineficacia de la aplicación de ciertas prácticas y principios sustentados por algunas religiones, teniendo presente, desde luego, algunas enseñanzas logosóficas que difieren de las interpretaciones conocidas. Tal, por ejemplo, lo referente al perdón o acto de perdonar.

Por mi parte, siempre he considerado humano el perdonar las faltas de los demás, aun cuando en mi caso en particular —y creo que en muchos ocurre lo mismo— me ha sido difícil hacerlo al instante; antes bien, después de un tiempo, y, según los casos, he perdonado o no. En cambio, me resulta incomprensible el perdón que las religiones otorgan a sus fieles por el mero hecho de confesarse, o por destinarse un día del año al perdón de las faltas mutuas entre semejantes. Tal vez exista en ello algo enigmático, ajeno totalmente a mi conocimiento. Será de gran valor para mí escuchar al respecto vuestra autorizada palabra, profunda y convincente siempre.

PRECEPTOR. —Este asunto del perdón es algo muy delicado, que merece, dada su índole y por el hecho de ofrecer aspectos tan variados como singulares, tratarse con la extensión debida.



Como fórmula moral es admirable, pero no siempre cumple su primordial objeto. Ahora bien; prescindiendo de todo otro concepto, la Sabiduría Logosófica concibe el perdón como una virtud de espíritu universal que se extiende por todos los ámbitos de la Creación y cuyos beneficios alcanzan a la criatura humana mientras no abuse de tan preciada prerrogativa.

Así, pues, en tanto vive el hombre en la ignorancia, ajeno por completo al mecanismo universal que gobierna y regula por medio de sus leyes los movimientos y actividades de la existencia animada, comete errores y faltas de toda especie. En su inmensa mayoría, dichos errores y faltas son reparables, pero las sanciones que salen de la órbita jurídica de las relaciones humanas rara vez tienen inmediata aplicación; de ello se encarga luego la adversidad haciéndole sufrir las consecuencias.

No obstante, las leyes supremas son justas y magnánimas, y a la vez estrictas. Conceden al hombre el tiempo necesario para reparar sus faltas, primero mediante el reconocimiento de las mismas y después mediante el esfuerzo tenaz para enmendarlas íntegramente. Realizado esto, el perdón surge de la propia conciencia individual, al quedar reparados la falta o el error. Si tales hechos hubiesen afectado a sus semejantes, esa conducta asimismo lo rehabilitaría.

FAUSTINO. —Es la vuestra una originalísima concepción que supera en alto grado los antiguos conceptos, Pero aun me resta una duda: los seres afectados por los errores o faltas de un semejante, ¿no deben, acaso, perdonarlo para que aquél pueda quedar absuelto?

PRECEPTOR. —He ahí, precisamente, un hecho cuya frecuencia hace necesaria su aclaración. El perdón que comúnmente otorga el ofendido, o simplemente afectado, es siempre ostentoso, haciéndolo sentir, por lo general, en forma harto deslucida. Ese

perdón, concedido desde la altura ilusoria en que éste se ubica, constituye para el perdonado un verdadero agravio.

Entre seres evolucionados, el perdón de las faltas y errores ajenos es una virtud consubstanciada con el propio espíritu, justo y magnánimo, y, sin necesidad de manifestarlo en gesto externo, se lo evidencia por el olvido del daño que, a juicio de quien perdona, le hubo ocasionado un semejante.

FAUSTINO. —Pero si quien incurriera en un desliz no se enmienda luego ni reconoce sus faltas o errores, ¿qué proceder cabría?

PRECEPTOR. —Conviene agotar siempre todo recurso noble para que el ofensor comprenda finalmente su equivocación; si nada diera resultado, siempre queda el retiro discreto de la amistad.

Jamás deberá privarse, a quien ha incurrido en falta, de la oportunidad de subsanarla corrigiendo su equivocada actuación. Pero si no se enmienda, cuenta de él será afrontar las consecuencias, que han de comenzar por su desconcepto.

FAUSTINO. —Me interesa conocer cuáles son esos recursos nobles que habéis mencionado, de los cuales se puede echar mano en tales casos.

PRECEPTOR. —La paciencia y la tolerancia que exige todo comportamiento elevado, en primer lugar. En segundo término, el llamado de atención, sin alterar la serenidad que requieren esas circunstancias ni mostrar las violencias de las reacciones que hubieran podido experimentarse.

FAUSTINO. —Resumiendo, ¿podrías señalarme entonces, el verdadero alcance del perdón?

PRECEPTOR. —Claramente se desprende de cuanto os he expresado que el verdadero perdón, el que redime, surge de la conciencia individual al enmendarse quien ha incurrido en falta o en error.

Es ése el perdón grato a los ojos de Dios, por ser

el más fecundo. También lo es el que se evidencia por el olvido o atenuación que discretamente se hace de una falta; no así el que se pronuncia de labios afuera, porque revela incomprensión y aun hipocresía, pues generalmente está subordinado al sometimiento humilde del perdonado que lo acepta.

## DIÁLOGO XXXVII

PRECEPTOR. —Es para mí motivo de verdadera satisfacción el observar en cada discípulo una marcada aptitud para el esclarecimiento de todas aquellas incógnitas impenetrables a la mente que se enfrenta con ellas.

Para daros una imagen del valor que poseen estos conocimientos, figuraos a la Sabiduría como un camino, magistralmente trazado, que cruza ríos y montañas, sube a las alturas, desciende a los abismos, se interna en la profunda oscuridad de los tiempos y atraviesa los diáfanos espacios cósmicos de la Creación.

En grande y en pequeño, los procesos de la Naturaleza y los episodios sin número de la Vida Universal se reproducen al paso de las almas. Todo habla, pues, a la inteligencia humana con la prístina pureza de un lenguaje inefable; mas, para entender ese lenguaje, debe elevarse el hombre por encima de las características y condiciones inferiores de su especie. ¿Cuándo comprende, empero, que debe hacer eso y cómo descubre la existencia de aquel camino? Salvo rarísimas excepciones, nadie lo sabe. Por otra parte, cuando conmoviéndolos en sus pensamientos se ha intentado ayudar a los seres para que se apresten a

emprender la marcha, ha debido tropezarse con obstinadas resistencias mentales. ¿Y cuántas veces no hubo de lucharse contra los prejuicios y los erróneos conceptos admitidos y adheridos a sus vidas como costras imposibles casi de desprender?

CONSTANTINO. —No cabe la menor duda de que en una gran parte de los seres se produce esa resistencia de que nos habláis, por ignorancia unas veces y, otras, por ese perpetuo desconfiar que se apodera de nosotros cuando hemos equivocado con frecuencia el camino. Sin embargo, en lo más recóndito de nuestro ser queda siempre una tenue pero inextinguible llama o luz, que, si bien palidece con las decepciones, avívase y fulgura cuando presentimos la proximidad de aquello que sin saber, o sabiéndolo a medias, hemos buscado desde que nació en nosotros el ansia de conocer cuanto existe más allá de lo conocido.

A propósito de las incógnitas, éstas recién llegan a inquietarnos, según entiendo, a medida que avanzamos a través de ese camino que tan genialmente nos habéis descrito, pareciéndome entonces hasta una necesidad el develarlas, pues, a cada incógnita que se esclarece sigue un andar más ágil y liviano de nuestra parte, nos asiste un entusiasmo mayor y hay mucha más alegría en nuestros corazones. Debo agregar que esa alegría, a la cual me he referido, es casi imprescindible para nuestra vida.

Muchas veces me he preguntado por qué experimentamos tantas transiciones en el curso de la vida, ora de extrema tristeza, de padecimiento, de disgusto, ora de placer, de alegría o de dicha. Sospecho que algo se esconde tras ello, algo que, por de pronto, es para mí una incógnita. ¿Podrías satisfacerme esa inquietud, que es también un interrogante?

PRECEPTOR. —Con el mayor gusto. Prestad, pues, mucha atención a lo que voy a deciros: Cuando no se lleva cuenta de cada uno de los actos, episodios o cir-

cunstances de la vida, piérdese, por lo general, la noción del tiempo y, del mismo modo, el sentido ideal de nuestra vida. De ahí que, con frecuencia, se vea a unos y a otros experimentar por turno estados depresivos de gran abatimiento, ocasionados por contrariedades o pesares cuya congoja les contrae el ánimo al extremo de sumergirlos, muchas veces, en un incontenible deseo de abandono espiritual y físico que los desliza, involuntariamente o por descuido, hacia el más crudo pesimismo, la nostalgia o la rebeldía moral.

Cuando el ser sufre, su razón no atina a encontrar razones que lo consuelen, causándole ello no poco abatimiento. Como es natural, ocurre esto en quienes viven al margen de la realidad consciente, tan mentada por la Logosofía. Esa realidad consciente, en efecto, es la que permite, en cada emergencia aflictiva, situarse en el estrado más alto de nuestra vida conceptual. En los aciagos momentos de dolor, por ejemplo, podremos conmovernos hasta el enterrecimiento, mas nunca nos dejaremos llevar hasta la desesperación. Haremos, así, que nuestros sentimientos cumplan su función ejemplarizadora al manifestar las angustias del corazón, pero entenderemos, simultáneamente, que nos liga al hecho un vínculo moral indestructible que jamás deberá profanarse. Recomfortaremos nuestro espíritu por la conducta superior del propio sentir, que nos impone acatamiento y resignación. De este modo, no se desplomará la vida ante el golpe recibido; muy por el contrario, tras el instante supremo de la desdicha sobrevendrán reflexiones conscientes destinadas a restablecer el equilibrio psicológico.

Sabido es que el alma debe templarse en ese vaivén de circunstancias opuestas, para probar sus resistencias y vigorizar las fibras del espíritu. Si pensamos en los instantes de felicidad de nuestra vida, fugaces o prolongados, advertiremos que, durante su

goce, hemos sentido una plenitud desconocida, como si la vida misma se hubiese desbordado de nuestro ser haciéndonos experimentar una verdadera sensación de existir, que la conciencia prolonga luego en el recuerdo. En los instantes angustiosos, en cambio, parecería que la vida se desgaja, como si quisiera huir de nosotros.

CONSTANTINO. —Ese es, precisamente, el gran enigma que mantiene en suspenso el corazón y la inteligencia de los hombres. ¿Por qué esa vida, que se muestra tan exuberante cuando le brindamos felicidad, decae y nos abandona a nuestras débiles fuerzas en los momentos de pesar?

PRECEPTOR. —Mucho habría que decir sobre este punto, por ser tan amplios y variados los aspectos que configuran eso que vos habéis llamado "enigma". Mientras estabais expresándoos, veía dibujarse en vuestro rostro, tal vez en contenido gesto de amargura, la imagen de un reproche a la vida, por ser ella, a vuestro juicio, cambiante actitud.

CONSTANTINO. —No os equivocáis, ciertamente, y pienso que ese gesto de amargura resume el de todos mis semejantes.

PRECEPTOR. —Por consiguiente, llegamos a la conclusión de que la vida que anima nuestro ser es ingrata, ¿verdad?

CONSTANTINO. —Al menos, por su comportamiento en esas dos circunstancias lo parece. Sin embargo, ante vuestra pregunta, percibo ahora que hay algo de injusto en nuestra apreciación, aunque, por más vueltas que dé, no salgo del atolladero.

PRECEPTOR. —Y no saldríais, como no sale nadie de ese laberinto de antojadizas interpretaciones de los hechos, si la luz del conocimiento no os alumbrara la mente haciéndoos comprender el error. Yo os preguntaría ahora: ¿Es la vida quien muestra ingratitude o es vuestro ser quien se descubre egoísta ante

el pesar, mientras olvida todos sus instantes de felicidad? Pretende, acaso, que esa felicidad le pertenezca siempre? ¿Qué méritos invoca?

Si el ser guardara gratitud por todos los momentos felices de su vida, aceptaría el pesar con el sublime y resignado pensamiento que inclina el alma ante el poder superior de las leyes, que establecen la fijación de los hechos en correspondencia exacta y directa con las causas que los originan.

¿Cuántas veces no hemos visto a seres que profesan esta o aquella religión rebelarse y hasta renegar de Dios ante una desgracia que estiman injusta? ¿Qué conciencia tienen, pues, de sus creencias? En esos momentos, posiblemente, no se dan cuenta que el pretender acomodar a sus conveniencias lo que debe estar por encima de todas las mezquindades, egoísmos y demás miserias humanas, es una temeridad, y, de hecho, un manifiesto estado de inconsciencia.

Ahora bien; el enigma a que os referísteis, ese misterio que siembra el desconcierto en las mentes desprevenidas, sólo es indescifrable para la inconsciencia humana, desvinculada por completo del contenido de la vida, o sea, de lo que constituye el valor real de todo lo vivido. No sucede lo mismo cuando la vida está educada en la realidad consciente, pues ella se desenvuelve atendiendo a razones superiores de evolución, que conducen al ser a examinar y a descubrir los factores determinantes de muchas causas en apariencia inexistentes.

Cuando se lleva cuenta, cuando hay conciencia de cada uno de los hechos de la propia vida, no pueden escapar de nuestra penetración los factores concurrentes a la promoción de causas que motivan nuestra felicidad o nuestro pesar. Conociéndolas propiciaremos lo mejor, acatando de antemano, a nuestra vez, los hechos que nos son adversos y cuyas causas responden a la Voluntad Suprema.



Las oscilaciones entre la felicidad y los pesares suelen, con repetida frecuencia, restituir el equilibrio moral, físico y espiritual alterado por el relajamiento que inadvertidamente ocasiona el placer demasiado consentido. No obstante, ese equilibrio es inestable por ser inconsciente. Al cabo de un tiempo, vuelve el ser a experimentar nuevamente el rigor de las oscilaciones. Por ello, insisto en que la mesura o moderación impuesta por la realidad consciente nos evita a menudo ser heridos por los aguijones del pesar.

Resulta claro ya, que cuando nuestra conducta se ajusta a normas superiores de conciencia nos evitamos padecer muchos de los males que acarrea la inconsciencia, al neutralizarlos impidiendo que esos males se manifiesten. Quedarán entonces sólo aquellos que obedecen a leyes preestablecidas, los cuales, lógicamente, se hallan por encima de nuestro poder y nuestra voluntad.

He aquí revelado, pues, el enigma que os subyugaba y mantenía en permanente inquietud.

## DIÁLOGO XXXVIII

MAXIMILIANO. —Quisiera saber por qué razón resulta fácil para algunos la asimilación del conocimiento logosófico, mientras tan difícil se les hace a otros. ¿Qué elementos entran en juego?, ¿qué circunstancias favorecen a unos y cuáles alejan o contrarían a otros? Indudablemente, debe existir una causa, por mí ignorada, cuyo conocimiento me resultaría grato poseer.

PRECEPTOR. —La verdad es que no todos acuden a las fuentes del saber en igualdad de condiciones. No se trata aquí, tampoco, de que tenga especial importancia que unos sean más aptos y otros menos aptos; la mayor aptitud, si bien favorece al ser, no es absolutamente necesaria. Al mencionar la palabra "condiciones", he querido significaros que me refiero a las condiciones psicológicas, morales y espirituales que presentan quienes vienen a recibir la enseñanza.

Ocurre así que muchos se presentan ante la Sabiduría Logosófica con un gran vacío ansiosos de llenar, pero también con un gran lleno que no quieren vaciar. Ese lleno está constituido por los prejuicios, la abultada estimación de sí mismo, las viejas creencias endurecidas por la rutina, la impaciencia propia del engreimiento de los que exigen se les hable como si

todo lo supieran, y, en fin, cuanto de nada sirve a los fines de la superación integral. Contrariamente, los que acuden aliviados ya de ese lleno tan tortuoso, o faltándoles poco para eliminarlo, asimilan con mayor facilidad el conocimiento que se les brinda. Los otros, los que antes de gustar el nuevo manjar psicológico quieren que se les reseñe el origen del mismo para saber si está compuesto o no de elementos por ellos conocidos, ciertamente que se sorprenden y contrarían ante la originalidad de la fórmula, como así también ante la presencia de los factores concurrentes a su formación, inexplicable para ellos, y que constituye, como es lógico, un secreto reservado únicamente a quienes acrediten méritos como credencial para saberlo.

Como podréis apreciar, es ardua la tarea del conocimiento logosófico: mientras debe llenar por una parte lo vacío, tiene que luchar, por otra, hasta conseguir que cada uno se desprenda de ese lleno tan difícil de vaciar; difícil, por habersele dado antes, quizá, demasiada importancia.

## DIÁLOGO XXXIX

PRECEPTOR. —Todo hombre tiene asignado un lugar en el mundo, el cual ocupa dondequiera se encuentre, sea cuando camina, sea cuando está de pie. Tanto el desheredado absoluto de la fortuna como el más grande potentado ocuparán exactamente el mismo espacio sobre sus dos plantas, así posea este último enormes extensiones además de sus riquezas. Sobre la tierra que pisa nadie ocupará más de lo que sus pies alcancen. Tampoco podrá nadie privar de ese espacio a sus semejantes, pues ni aun matándolos se conseguirá despojarlos del sitio que ocuparán sus restos.

FLAVIO. —Aunque me es difícil comprender esta enseñanza, percibo no obstante su grandeza. El principio de igualdad, que anteriormente no había concebido, se presenta ahora ante mis ojos como ley inexorable. Inexorable porque no puede burlarse, pero flexible y benigna cuando el hombre, rigiéndose por ella, procura ensanchar su propio espacio a fin de poder moverse con mayor holgura.

PRECEPTOR. —Muchos, en efecto, han logrado ampliar ese espacio en extensiones propias, pero, ¿impide ello el poder movernos en mayores extensiones sin

que sean necesariamente nuestras? ¿No es pródiga la Naturaleza tanto en el espacio denominado propiedad como fuera del mismo? ¿No es la propiedad, con relación a lo que está fuera de ella, una parte imperceptible? ¿O es que lo que está esparcido por doquier prodigándose a todos sólo pueden encontrarlo, dentro de sus dominios, los dueños de esa extensión, por vasta que sea? ¿De qué os serviría, además, tener por sitio un ancho espacio para holganza de vuestros pies y para vanidad personal, si tan estrecho es el de vuestra mente que apenas si hallan donde moverse vuestro propios pensamientos?

FLAVIO. —Es verdad. ¡Cuán necios somos al no darnos cuenta de nuestra pequeñez mental! Así es: mientras nos dejamos llevar por los falsos reflejos del mundo, olvidamos insensatamente la verdadera función de nuestras vidas.

La inmensidad, como bien me habéis hecho comprender, es el espacio mental del orbe, mientras que, con relación a éste, pero sujeto a fácil medición, está para nuestros pies el espacio del mundo. Ahora veo, con toda claridad, cuanto más útil es ampliar mi volumen mental y reinar allí donde mi saber triunfe.

Cumpliendo lo que vos, mi preceptor y guía, me indicarais en el sentido de no ocultaros lo que experimentase a medida que me fuera permitido internarme en las altas regiones del conocimiento hacia las cuales me conducís con sin igual maestría, quiero expresaros hoy lo que me ocurre a veces, durante estas pláticas que tanto saturan mi alma de saber y de inefable bienestar.

La primera impresión es la de estar sumergiéndome en la eternidad del tiempo. Las horas pasan sin sentirlas, sin experimentar esa angustia —propia de mis tareas diarias— por el apremio de los minutos, que me obliga poco menos que a mecanizar mi vida. Por otra parte, después de permanecer un tiempo en las alturas del pensamiento, siento como si de pronto

me encontrara imposibilitado para poder mantenerme, aunque más no sea, en una elevación suficiente como para no sentirme atrapado por los lazos que me vinculan al mundo material. ¿Podéis explicarme a qué obedecen esas sensaciones que con reiterada frecuencia experimento mientras realizo el esfuerzo por superarme y alcanzar el anhelado perfeccionamiento?

PRECEPTOR. —Habéis hablado bien, y vuestras manifestaciones implican una clara confirmación del proceso que con tanta dedicación venís realizando. Lo que os acontece es natural y lógico, puesto que las horas no cuentan allí donde el tiempo no es medido como en los cálculos del mundo, o, mejor aún, como fuera establecido para que los seres humanos pudieran gobernarse en ese espacio de administración del tiempo, computado en la estimación de las labores diarias. De ahí la sensación que experimentáis al notar la diferencia substancial entre los momentos que vivís en el mundo común, regidos por medidas de tiempo perentorio, y los que vivís fuera de la gravitación de las horas físicas, sumergido, como ya os he dicho, en el espacio del tiempo donde las horas no cuentan.

Aprender a vivir en ese tiempo eterno es conectarse a la misma eternidad. Mientras el tiempo común es mortal porque mecaniza la vida y la esteriliza, el otro, al no estrecharla dentro del círculo de las horas, jamás perece. Podéis cumplir, pues, los tiempos de las horas, propios de vuestras diarias ocupaciones, con toda naturalidad, a fin de satisfacer las necesidades requeridas por la misma existencia, mas ello no impide que, por sobre el tiempo de las horas, viváis también el que os hace experimentar la sublime sensación de existir sin el suplicio de los lazos que tanto angustian al espíritu humano.

En caso de que vuestra inteligencia no captara el contenido de esta enseñanza, agregaré, para que la comprendáis mejor, que las mil necesidades que

apremian al hombre en su vida ordinaria pueden ser aliviadas, y aun disminuídas en extremo, si es otro el contenido de su existencia. Un empleado que ve con horror acercarse las fechas del cumplimiento de sus deudas, por ejemplo, sin miras de solucionar la situación que ha de presentársele al llegar el instante de sus vencimientos, puede muy bien remediar esos apremios promovidos por el tiempo de las horas, si se propone aventajar al tiempo decididamente. Conforme las funciones de su inteligencia cumplan mejor su cometido, su porvenir irá cambiando, con toda seguridad, hasta llegar a producirle alegría lo que antes le causaba horror o tristeza, pues cada vez irá recibiendo más de lo que antes debía entregar por cumplimientos de diversa índole. Si aplicáis este sencillo principio a todas las demás situaciones, veréis cuanta razón asiste a la verdad que os estoy exponiendo.

La vida humana es, pues, como un edificio en construcción: de cada uno depende el que se sepa o no cómo habrá de continuárselo y qué aspecto ofrecerá una vez terminado. De nadie más que de uno depende, también, el aprender a disfrutar de la mayor comodidad y felicidad dentro del mismo.

El joven que contrae matrimonio, ¿sabe, por ventura, qué habrá de ser su hogar en el futuro? ¿Lo ha pensado, acaso? No. Y menos sabe aún qué será de sus hijos ni qué suerte correrán. He aquí una incógnita que no parece preocupar gran cosa a las generaciones de nuestro tiempo. Pero vos, que os habéis apartado de esa indiferencia perniciosa que tanto ciega el entendimiento humano, ya tenéis las primeras nociones, y también las segundas, sobre este importante asunto tan directamente vinculado a la conciencia de los seres. Haced, pues, con mis palabras, una tea luminosa que alumbre vuestro camino. De este modo, y sabiendo dónde ponéis los pies, apartaréis cuidadosamente cuanto pueda obstaculizar vuestro empeño o perjudicar vuestra firme resolución de marchar hacia adelante.

## DIÁLOGO XL

NÉSTOR. —Ante el hecho de no poder remediar mi carácter y modalidades, acentuadas desde la niñez, siento una inquietud inexplicable, que me lleva a exclamar con frecuencia: "¡Por qué soy lo que soy!". ¿Cómo podría resolver este problema?

PRECEPTOR. —Sois tal como sois porque en vuestra vida no hubieron cambios conscientes originados por un proceso que modificara completamente vuestro modo de ser, es decir, vuestras características psicológicas y vuestro temperamento moral y volitivo. Muchos siguen siendo lo que son hasta el final de sus días, ignorando la existencia en sí mismos de tan extraordinaria potencia transformadora y asimiladora.

El árbol es como es porque no tiene conciencia de su poder fertilizante ni de su condición de existencia animada. Carente de movilidad, nace, vive y muere en el mismo sitio, y sólo es sensible a los cambios de estación o a los factores que contraríen la normalidad de sus funciones naturales. El animal lo aventaja por su organización biológica y sus posibilidades de movimiento y configuración instintiva; pero al no contener en sí posibilidades conscientes, cumple el mismo destino prefijado a su especie. El ser hu-



mano, por su propia voluntad y su inteligencia, puede en cambio transformar su vida, superar su misma especie y alcanzar, por la evolución consciente, los grados más altos de la perfección, meta ideal en cuya cúspide el alma encuentra develados para sí los misterios que antes la preocuparon y que, por ser indiscifrables a la inteligencia común, la mantuvieron en la ignorancia, sin conocer, y mucho menos comprender, el Pensamiento Creador de toda la existencia universal. Mas ese poder permanece latente, esto es, sin posibilidad de manifestación dentro del ser, mientras no tome contacto con una fuerza superior que lo despierte del letargo interno.

NÉSTOR. —Vuestra aclaración es realmente luminosa, y gracias a ella comprendo ahora el porqué de muchas cosas que antes no me explicaba. Pero queda todavía un punto oscuro: esa fuerza superior a que aludisteis, ¿en qué se concreta?

PRECEPTOR. —Fuerza superior es la que emana de inteligencias supersensibles colmadas por la Ley de la Sabiduría y facultadas para promover en otros desarrollos convenientes, en ordenados y pacientes aprendizajes.

Como os iba diciendo, el ser, despertado a realidades de la índole señalada, siente —y debe sentirlo por imperiosa ley de frecuencia y de ubicación— que se encienden en él nuevas luces. Son ellas, pues, las que han de alumbrarle el camino permitiéndole descubrir dentro de sí mismo posibilidades de un orden diferente.

Al conectarse a la fuerza superior a que me he referido, se despertarán, por lógica gravitación de su influencia, las potencias dormidas del entendimiento. Ello ocurrirá a medida que el proceso transformador se vaya realizando y la conciencia se afirme en plena fase evolutiva, no olvidando que "Quien quiera lle-

gar a ser lo que no es deberá principiar por no ser lo que es", como advierte el principio logosófico.

En vuestro caso, sois tal como sois porque conformasteis vuestra vida a "eso que sois". Anteriormente no había existido en vos una orientación definida, como la que ahora tenéis, que os permitiera dejar de ser el que se interroga desde la duda para ser el que se contesta desde el saber.

Dejar de ser es dejar de existir, llámese a esa existencia ser viviente, estado psicológico, estado de conciencia, de cosa, de tiempo o de lugar; es cerrar un capítulo de la existencia para abrir otro donde se comienza a ser de otro modo.

Fácil os será comprender, ahora, que decir: "¡Por qué soy lo que soy!", vale tanto como decir: "Aún no he intentado ser otra cosa". Muy pronto, empero, dejaréis de ser lo que sois, si os proponéis cambiar las viejas modalidades por otras nuevas y mejores, y, sobre todo, si comenzáis a vivir una vida de enriquecimiento moral, intelectual y psicológico capaz de cambiar la anterior, que, al parecer, ya no satisface a vuestro entendimiento.

## DIÁLOGO XLI

PRECEPTOR. —Hoy tenemos un día plácido y sereno, un día que invita a recrear nuestros pensamientos, a llevarlos de paseo.

DALMACIO. —Yo preferiría que nos brindaseis alguna de las tantas enseñanzas que a modo de leyenda soléis presentarnos. Animadas con vuestro acento, nos dan la impresión de que nosotros mismos estamos encarnando los personajes que actúan en cada una de las imágenes descriptas por vuestro singular ingenio.

PRECEPTOR. —No está mal lo que acabáis de sugerir, y voy a complaceros. De cualquier manera, habrá excursión y regocijo para los pensamientos que me sigan durante ese vuelo mental. Veamos si en el arcano de mis recuerdos encuentro algo interesante. ¿A ver?... Sí: he aquí una leyenda que habrá de resultaros muy sugestiva: la de "El alma y la llave".

Cuéntase que hace algunos miles de años existió un gran templo, construido, al parecer, más por los ángeles que por los hombres. Nadie sabía con certeza el lugar donde se hallaba, pero muchos aseguraban haberlo visto y penetrado en él. Este relato proviene de un anciano, quien, al darlo a conocer a sus alle-

gados, hizo que se extendiera prodigiosamente a través de las generaciones.

Pues bien; expresa la leyenda que dicho personaje era oficiante del misterioso templo, dentro del cual cumplía la función de "estrella". Dábase este nombre a los que oficiaban de observadores; debían permanecer allí inmóviles, como las estrellas del firmamento, fijos los ojos sobre cuanto veían y atentos los oídos a cuanto escuchaban. Miraban sin pestañar, como si estuviesen contemplando el infinito. En ese templo, asegura la versión, custodiadas por las grandes eminencias del espíritu, hallábanse depositadas las más altas verdades universales. Una niebla de escasa densidad envolvía las naves del templo en los días llamados de ritual, dando a los oficiantes el aspecto de seres etéreos, incorpóreos.

En una de aquellas ocasiones, el anciano vió de pronto a una mujer, un alma, que, atraída quien sabe por qué fuerza extraña, logró descubrir el templo, penetrando en su interior para pedir una gracia. Vió también adelantarse hacia ella al hierofante, el cual, sin atender los gestos de la recién llegada, por entre las columnas de la nave central la condujo hasta un vasto recinto. Según aquél, parecía un alma que había sufrido mucho. Dibujábanse en su rostro evidentes ansias de liberación; venía de un mundo perturbado, en el que ya era casi imposible seguir viviendo.

Sobrepuesta al fin de sus primeras impresiones y estimulada por la bondadosa mirada del hierofante, comenzó a formularle numerosas preguntas, a las que él no respondía. Como insistiera, fué llevada a una celda oscura. Allí, desde un ventanillo, percibió el alma una voz que, en silencio, le decía: "No preguntéis en este lugar sobre cosas de vuestro mundo; sólo podréis saber aquí acerca de las de este otro mundo, dentro del cual os halláis. Dejad, pues, vuestras aflicciones y tratad de vivir una nueva vida, con pacien-

cia y con saber". Fué esa la gran enseñanza que empezó a infundirle paz.

Poco tiempo bastó para que el alma resurgiera de su profunda oscuridad. A medida que experimentaba sensaciones de felicidad cada vez más incontenibles, todo se iba iluminando suavemente a su alrededor. Pudo comprobar así, con bastante asombro, que no se hallaba dentro de una celda, como sintió y pensó al verse conducida al sitio donde ahora se hallaba.

El hierofante, observando el cambio producido en ella, acercóse y le dijo: —"Esa celda, en la que creíais hallaros, es la que oprimía vuestra vida encerrándola en aflicente limitación. No había luz en ella porque era muy profunda la oscuridad de vuestra mente. Mas con gran sorpresa pudisteis ver, al recibir el primer conocimiento, que no estabais ya dentro de esa celda oscura, como os figurasteis. Silenciada al fin vuestra mente, calmada vuestra agitación, podéis ahora ver, escuchar y comprender mejor".

Mientras esto le decía, iban ambos caminando por el templo a través de la niebla. De pronto, detúvose el alma y preguntó al hierofante: —"¿Por qué lleváis cubierto el rostro, que no he podido aún verlo?" —"Porque no deben distraeros las fisonomías. Para el caso, os está hablando mi espíritu y vuestros oídos lo escuchan, que es lo importante. ¿Acaso habéis venido aquí a satisfacer vuestra curiosidad, o a iluminaros con el saber? En el mundo del cual provenís todos viven para lo externo; en este otro debéis aprender a vivir para lo interno".

El alma, más que oír, sintió el reproche y comprendió la enseñanza.

En tanto hablaban, pasando por diversas puertas llegaron ante un gran cofre, dentro del cual —asegura la leyenda— hallábanse depositados los más estimables secretos de la Creación. El hierofante lo abrió lentamente. Luego, dirigiéndose al alma, le ex-

presó con voz grave: —“¡Mirad!...” —“¡Loado sea Dios!” — exclamó ella sin comprender, mas deslumbrada por el encanto del misterio. Elevándose del cofre, una tenue nube, al condensarse, iba cayendo sobre ellos como llovizna casi impalpable. Al mismo tiempo, explicaba el hierofante algo sobre la formación de los mundos. Finalmente, expresó: —“Esta agua insubstancial que sentís caer sobre vos, es la misma que desde siglos viene humedeciendo el alma de los hombres. Es el signo que enlaza lo divino con lo humano, porque sella el pacto que establece la permanencia de la especie en la cual puso Dios lo mejor de su Creación, al hacerla a Su imagen y semejanza”.

Esta y otras enseñanzas, elevadas al rango de los grandes conocimientos, le fueron dadas a aquella alma, que experimentaba la sensación de como si todo cuanto veía y oía se hubiera desarrollado a través de un larguísimo tiempo, imposible de calcular.

Pasados algunos instantes, el hierofante hizo señas al alma de que debía retirarse y volver a su mundo. Con palabras agregó: —“Habéis penetrado en este templo y os he permitido ver y escuchar cosas muy grandes. Llevadlas con vos y guardadlas en vuestro corazón, que es también un cofre como el que aquí visteis. Echadle llave, y antes de salir de este lugar arrojadla dentro del templo, o, si os animáis, marchad con ella. Si hacéis lo primero, sabréis ya dónde encontrarla si necesitáis abrirlo alguna vez, mas si la lleváis con vos no la entreguéis a nadie, pues codiciando otros vuestro saber os harán perder lo que ahora os pertenece. Nunca se os ocurra abrirlo ante ojos indiscretos, porque se evaporaría al instante la verdad oculta en ese misterio. No es una orden la que os doy; es una advertencia, un consejo. Tirad la llave ahora, o, si preferís, lleváosla. Es simbólica, pero tan real como las que abren las puertas más inaccesibles”.

Con la llave en sus manos —concluye la leyen-

da—, llegó el alma hasta las puertas de aquel grandioso templo. Allí sostuvo una tremenda lucha contra los pensamientos que pretendían arrebatársela, induciéndola a la indiscreción. Ante el temor de perder cuanto llevaba, alargando su diestra lentamente abrió la mano. Dejó por fin caer la llave y, cerrando tras de sí la puerta, henchida de felicidad partió al instante.

DALMACIO. —Bella leyenda, cuyas imágenes, traducidas al lenguaje de nuestra comprensión, nos expresan cabales e instructivas enseñanzas. Entiendo que debemos estar siempre atentos a cuanto ocurre en nuestro alrededor para ser testigos conscientes de nuestros actos, sobre todo de los que más interesan al juicio de la posteridad, esa posteridad que, como bien lo habéis expresado cierta vez, vivimos constantemente, al juzgar nuestros actos de ayer. El alma que penetró en el templo es aquella que, hastiada de los artificios del mundo, busca las realidades de una vida mejor. La opresión de su ignorancia, que parecíale una celda estrecha, desapareció al conocer que existen otras formas de ser, de sentir la vida, con las prerrogativas inestimables de poder ser más útil y capaz de servir con acierto a la humanidad.

PRECEPTOR. —Muy atinadas vuestras reflexiones. Ya veis cómo toda leyenda tiene un fondo de verdad que, al descubrirse, prodiga nuevas luces a la inteligencia.

DALMACIO. —Así lo entiendo, efectivamente. Sólo la parte final me fué menos accesible. La simbólica llave a que alude la leyenda me tienta a pedir os ayuda para saber su significado.

PRECEPTOR. —La llave es la discreción. Ella corre los cerrojos inviolables de la honradez espiritual y preserva al ser de los extravíos de la inconsciencia. Nadie entrega, por ejemplo, las llaves de su propia casa a manos extrañas, sin exponerse a sufrir las consecuencias del pillaje y de otros hechos más graves aún.

## DIÁLOGO XLII

BERNARDINO. —Siendo una verdad archicomprobada que los conocimientos logosóficos tienen tanto valor para la vida, ¿por qué no se los da a conocer a todo el mundo para que la humanidad pueda beneficiarse con ellos sin tardanza?

PRECEPTOR. —A primera vista todo parece posible, mas a poco que se interne uno en el problema verá que antes de lanzar una verdad por el mundo es necesario pensar en muchas cosas. Las palabras —no lo olvidemos— en cierto modo se asemejan al dinero: las hay de gran valor y las hay, también, de escasa importancia. Así, los términos vulgares pasan con suma rapidez de boca en boca, como pasan de mano en mano las monedas de poco valor. No ocurre lo mismo con los billetes de alto signo; éstos no aparecen en público tan a menudo, permaneciendo a buen recaudo, según costumbre, en sus mansiones de acero.

Las palabras del saber, pronunciadas por los que poseen el conocimiento, sólo circulan, como los valores monetarios elevados, cuando se trata de asuntos importantes, lo que, por lo general, acontece entre el



seleccionado número de los que saben disponer de ellas con discreción, sin derrocharlas jamás.

Repartir a placer los valores del conocimiento logófico sería lo mismo que distribuir inesperadamente una fortuna inmensa sin discriminar acerca de quienes la reciben. ¿Os hacéis cargo de lo que ocurriría?

BERNARDINO. —Sí. Sería malgastada sin provecho.

PRECEPTOR. —Exactamente. Al poco tiempo, y por no haberla sabido usar, los favorecidos se hallarían en las mismas condiciones anteriores. No es cuestión, ya lo veis, de divulgar un conocimiento de tanta trascendencia a los cuatro puntos del orbe. Ello deberá hacerse, ciertamente, pero siguiendo el mismo proceso requerido por todas las cosas que no han de malograrse, esto es, empezando por propiciar en unos pocos la asimilación de dicho conocimiento, para aumentar luego ilimitadamente su número, conforme vaya haciéndose familiar en los diversos ambientes en que es aceptado y se lo adopta.

## DIÁLOGO XLIII

VICTORIANO. —Cuando hablo con ciertas personas, suele impresionarme la terquedad mental que ponen de manifiesto para admitir como posible algún hecho o conocimiento nuevo. Se cierran a toda reflexión, como si temieran perder lo que tienen o cometer algún delito. Más a menudo ocurre esto, precisamente, en gentes al parecer ilustradas, o por lo menos con capacidad, experiencia y saber muy superiores al de uno. ¿Qué explicación cabría a esta especie de ortodoxia mental que torna irreductible e intemperante el carácter de esos seres?

PRECEPTOR. —Las habitaciones que permanecen cerradas a la luz del sol y al contacto con el aire resultan sombrías, húmedas e inhabitables. La misma imagen podéis aplicar a aquellos que, con incurable obstinación, mantienen cerradas las ventanas de sus mentes a la luz vivificante del saber universal, prefiriendo erguirse con altanera insolencia ante lo que les es desconocido, por la mera razón de no pertenecer a los dominios de su consentida sapiencia. Los pensamientos que informan sobre los nuevos conocimientos no pueden, pues, cumplir misión alguna allí donde se los rechaza. Tampoco podrían respirar el

“aire” viciado de prejuicios, que hace más densa la oscuridad mental de ese tipo de seres.

Diferente es el caso de quien escucha noticias sobre lo que no sabe, abriendo su mente y dejando que la luz del conocimiento la ilumine, ya que da la sensación de que todo su ámbito mental se oxigena y se torna respirable.

Hay también quienes reciben con desconfianza el nuevo pensamiento, lo que les hace ver, y aun entender, como si fuera falso lo que él lleva consigo o como si tuviera alguna intención aviesa; si tal susceptibilidad persiste, el pensamiento vuelve a su fuente de origen, dispuesto siempre a visitar aquellas mentes que lo acojan con menos prevenciones o ninguna.

Podría mencionarnos, por último, aquellos casos en que la mente del ser que lo recibe disfruta de ese pensamiento durante un tiempo, saboreando su acción benéfica, y luego parece desentenderse de él. Esto ocurre por no haber sido constante en los empeños, abandonándose en brazos de la inercia. Ante esa situación, auséntase el pensamiento, por resultarle insoportable la permanencia allí donde no puede cumplir su misión de iluminar la inteligencia y enriquecer la vida de aquel que lo hospedara.

Podríamos representar ese hecho con la imagen del labrador que después de su primera cosecha se entrega a la holganza hasta consumir toda la ganancia obtenida. Su campo, antes cultivado, se llenará de malezas, que buen trabajo le costará extirpar luego, con lo cual una nueva siembra habría de sufrir, indudablemente, los efectos de aquel abandono. No sucede lo mismo en quien siempre mantiene su campo en condiciones excelentes, pues obtendrá de cada siembra, sin discusión, los mejores rendimientos.

Aquí es oportuno decir que nada hay más propenso a llenarse de maleza psicológica —prejuicios, falsos conceptos, creencias absurdas, ideas arbitrarias,

inhibiciones, etc.— que el campo mental, por ser muy contados los que cuidan de él suficientemente. Por tal causa, van a parar allí todas las semillas que vuelan por los ambientes mentales, siendo las malas, justamente, las que arraigan y se extienden con mayor facilidad, originando plagas —ideologías extremistas— que causan luego inmenso daño a la humanidad. En cambio, la buena semilla requiere ser cultivada en tierra de labor, arrancando de su vecindad los yuyos y mejorando cada cultivo con una rigurosa selección, para que la simiente ofrezca, más allá, el mayor provecho.

## DIÁLOGO XLIV

ANASTASIO. —¿Podrías señalarme algo que me haga pensar en lo que no se me hubiera ocurrido?

PRECEPTOR. —Son muchos, en verdad, los puntos que podría tocar sabiendo de antemano que no constituyeron vuestra preocupación ni fueron motivo de ocurrencia alguna de vuestra parte. Fácilmente podré complaceros. Escuchad.

Existe un ser a quien todos, sin excepción, han olvidado; si se lo ha recordado alguna que otra vez, ha sido en forma circunstancial, mas ese recuerdo fugaz no llena el cometido que voy a asignarle, razón por la cual me siento movido a declarar su general olvido. Dicho ser es el niño que cada uno fué, el que nos brindó los mejores días de la existencia y a quien, podríamos decir, le debemos gran parte de lo que ahora somos.

ANASTASIO. —Es cierto. Tan sólo alguna que otra travesura proyecta de vez en vez nuestro recuerdo, y, aun así, esto ocurre más bien en forma involuntaria. Pienso que, como las edades se suceden, los pensamientos de cada una de ellas nos hacen olvidar las anteriores.

PRECEPTOR. —Se puede pensar, si así lo queréis, que el adulto es la continuación del niño, pero en lo que nunca se piensa es que el niño muere en cuanto

nace el hombre. Ahora os pregunto: ¿Quiénes recuerdan al niño muerto? En medio de sus días maduros, ¿quiénes tributan el homenaje de sus sentimientos a ese niño que sólo vimos con los ojos de la inocencia? Sin embargo, ¡cuánto suaviza la evocación de esa tierna edad los duros trances de la vida, sobre todo cuando debemos cruzar caminos erizados de peligros!

El que piensa en ese niño y lo contempla a través de sus recuerdos, observándolo en sus juegos, en sus pensamientos, en sus inclinaciones y en su inocencia, verá cuánto tiene que aprender de él y cuánto le debe; más aún: cuánto debería conservar de aquel pequeño para que hoy, grande en tamaño y en edad, le sea dado experimentar, al menos, algunas de aquellas inocentes pero gratas sensaciones que brindaron a su vida las mejores horas.

Estaría bien que cada uno recordara a ese niño, al que fué, al que murió. Que lo recordara mucho, porque en ese recuerdo va implícito el enlace de la actual existencia con la que fué, pues el olvido no sólo destruye el vínculo que las une, sino también la propia sensibilidad.

Son muchas las reflexiones que acuden a la mente cuando el recuerdo converge en el niño; mas es necesario evocarlo con frecuencia para que nos inspire cosas sobre las cuales hasta aquí no habíamos pensado.

Si hemos olvidado a nuestro propio niño, a aquel que ha muerto, hemos cometido con ello, tal vez sin quererlo, un crimen simbólico: morirá también el joven, y, sucesivamente, lo que somos o hemos sido en cada edad. Así se irá esfumando en el olvido y, sin sentirla, morirá en nosotros, lentamente, toda nuestra vida.

## DIÁLOGO XLV

SAÚL. —Desde tiempo viene acentuándose en mí una viva ansiedad por conocer el fondo real de los sueños, es decir, la función que desempeñan en la vida humana y la importancia que debemos asignarles en el conjunto de nuestras experiencias.

PRECEPTOR. —Es ése un asunto que requiere suma prudencia, pues hemos de tener muy presente que los sueños no están sujetos a comprobación externa alguna, encontrándonos tan sólo con la referencia que sobre los mismos se nos hace. Quien narra un sueño, por ejemplo, no puede afirmar que lo hace con exactitud. La imaginación interviene en estos casos con suma frecuencia para suplir las partes que no se recuerdan o para dar mayor fuerza a lo que se creyó soñar. Por de pronto, clasifiquemos los sueños en dos configuraciones diferentes: los lúcidos y los confusos, siendo los primeros mucho menos frecuentes que los últimos.

Es la del sueño la única facultad de la mente que actúa mientras el ser duerme; las demás, todas descansan. Sin duda alguna ella es la válvula de escape psíquico que permite, sin desequilibrar el sistema mental, descongestionar la mente de la aglome-

ración de pensamientos que actuaron durante la vigilia, atraídos casi siempre por las situaciones difíciles o consultados sobre la forma de encararlas.

Más de una vez, el aligeramiento mental operado durante el sueño trae, al despertar, las soluciones que en vano se esforzó la inteligencia en hallar durante el día. Veces hay, en cambio, en que lo soñado resulta inexplicable por la incoherencia, desfiguración o calidad de los episodios recordados. Esto es debido a que la facultad del sueño actúa al margen de la conciencia y sin que la inteligencia intervenga en su funcionamiento. Podría muy bien decirse que es una facultad loca; sin embargo, a nadie ha trastornado el juicio. Por otra parte, cuando el ser evoluciona se logra disciplinarla y aun usarla conscientemente.

SAÚL. —Vuestra explicación es por demás original, instructiva y clara. ¿Podrías darme algunos elementos más, que me ilustren sobre la forma de usar conscientemente esa facultad?

PRECEPTOR. —No. Por ahora deberéis conformaros con lo que os he dado, que es mucho. No faltará oportunidad en lo futuro para hablar sobre ese punto. Además, al proponerme vos el tema de los sueños, habréis tenido algún motivo especial que os preocupaba, ¿no es así?

SAÚL. —Efectivamente. Si me lo permitís, voy a relataros un sueño que tuve hace poco tiempo y que bien podría ser catalogado entre los lúcidos, a juzgar por la nitidez con que lo he recordado. Debo antes deciros que durante la víspera me había sentido agitado y violento a raíz de contrariedades surgidas de mis tareas y de mi vida familiar. Me vi, pues, en sueños, como si estuviera en una inmensa selva donde monstruos de fauces repugnantes y miradas terribles, semejantes a sapos gigantes, se acercaban para lamer mi cuerpo estremecido de espanto. De pronto, internándome más en la selva, oscurecida por tupida



espesura, me sentí perseguido por fantasmas y demonios de largos brazos descarnados, que ya parecían tocarme, mientras hacía yo inútiles esfuerzos por huir. Las tétricas sombras interceptaban sin cesar mis pasos, diciéndome: "¡No huyas; ven a divertirte con nosotros asustando a los pobres espíritus que se extraían por estos lugares!".

De improviso sentí que me enlazaban un pie sujetándolo fuertemente; miré y vi una planta semejante a un pulpo, uno de cuyos tentáculos me tenía aprisionado, y dos ojos fijos, de irresistible mirada, que se clavaban en mí, mientras experimentaba como si me estuvieran succionando la vida, que poco a poco sentía desfallecer. Vuelto en mí, me encontré paseando alegremente en un valle lleno de flores, respirando con profundo alivio, como si lo otro hubiera sido un sueño y esto verdad; y me decía: ¡Gracias, Dios mío, porque todo fué un sueño! Pero apenas me disponía a descansar unos instantes sobre la florida y blanda hierba, tremendos viborones con pescuezos de jirafa y con cabezas unos de machos cabríos de puntiagudos cuernos y otros de jabalíes de afilados dientes y encrespadas crines, aparecieron como por encanto, obedeciendo, tal vez, a algún conjuro maligno. ¡Señor, qué sobresalto! Todo se transformó al punto en un criadero infernal de engendros horripilantes que me rodeaban para devorarme. Y lo peor: mis piernas, entumecidas, no obedecían a mis fuertes deseos de correr. Caminé, no obstante, como pude, unos pasos. Inesperadamente mi pie derecho se hundió en un agujero, transformado muy pronto en profunda cueva; en esos momentos corrió hacia mí, lanzando gritos espantosos, toda aquella legión de esperpentos, como si se aprestaran a disputarse la presa que yo era. Me sentí hundir cada vez más, hasta que cuerpo y todo se mezcló con la tierra floja, cubriéndome íntegramente, y, casi sin respirar, aparecí en medio de una gran ciudad, que me era familiar, recorriendo lugares don-

de había gentes que hablaban de mí. Yo las oía, empero ellas no me veían. Observándolas vi que, mientras unas me recordaban con cariño, otras decían muchas cosas malas refiriéndose a mi persona, y vi los pensamientos que iban de una mente a otra ocultándose en mantos sutiles, que, comprendí, eran de hipocresía y de mentira.

Rondando fui más luego por otros sitios y llegué a una vieja casa; en ella había un niño, parecido a mí cuando pequeño. Enternecido me acerqué para besarlo, pero se asustó y comenzó a llorar, hasta que vinieron sus padres, cuyos rostros no me fué dado ver, pues me sucedía lo que ocurre con aquellos que, a fuer de verlos muy a menudo, nunca se fija la vista en ellos.

Cuando el niño fué a su lecho y se durmió, vi a un ser parecido a un ángel que se acercaba a él, y, ocultándolo a mi vista con sus tenues gasas, le hablaba cosas que eran para mí como reminiscencias de algo que hubiera oído o vivido hacía mucho tiempo, sin atinar a ubicar cuándo ni en qué circunstancia. Noté que el niño se volvía resplandeciente, y que las cosas que decía no eran de las que correspondían a su edad, sino más bien de almas adultas, lo cual me llenaba de asombro a la vez que de temor.

Al marcharse el ángel me quedé extasiado contemplando al niño, hasta que sentí que su respiración era la mía y que yo mismo era ese niño. Cuando al fin abrió sus ojos, vi, a través de ellos, sus prendas, reconociendo en ellas las que yo mismo había usado, y vi asimismo muchas otras cosas que me fueron queridas; pero el llanto me turbó y experimenté gran desconsuelo.

Un movimiento brusco convulsionó todo mi ser y, como con alas, me trasladé hasta una vasta posesión en la que había un castillo rodeado de parques y frondosos bosques. Penetré en él y pude ver que alrededor de una amplia mesa merendaba gran número

de personas, al parecer invitadas. Si bien yo sabía que estaban allí presentes los dueños de casa, no me fué posible descubrirlos. Vagué de un punto a otro del palacio, pareciéndome que hacía mucho me encontraba allí.

Un gorjeo de risas me atrajo hasta unos originales arbustos, en torno de los cuales corrían graciosamente algunos niños entretenidos en sus juegos favoritos. Me detuve breves instantes para contemplarlos, cuando, elevado por una suave brisa, me sentí transportado hasta el mismo lugar en que comenzó mi sueño, mas con una diferencia, y es que en vez de monstruos poblaban la selva mansos animales.

El ruido inesperado de una puerta al cerrarse interrumpió mi sueño. Despierto, aún me sentía angustiado y palpitante.

PRECEPTOR. —Voy a daros la interpretación de lo que me habéis expuesto: Los monstruos de tenebroso aspecto y de babeantes lenguas que se os aparecieron, son aquellos pensamientos de pervertido origen que ambulan por el mundo en busca de víctimas, a quienes convierten luego en instrumentos de sus más despiadadas e incalificables crueldades. Los pensamientos de crimen, por ejemplo, después de consumados los planes siniestros que elaboran en las mentes propicias, las abandonan y van en busca de otras donde ubicar su ponzoña. Y si al pasar encuentran a alguien que en esos instantes tenga un momento de debilidad, penetran de improviso en su mente y luchan hasta turbar su razón y adueñarse de la víctima para hacerle cometer un desatino, de proporciones no siempre fáciles de prever o calcular.

Esos otros fantasmas o demonios cuyos brazos descarnados querían atraparos, son pensamientos de vicio que persiguen por doquier a los seres, interceptándoles el paso, a fin de atraer la atención de sus mentes hacia fines mezquinos y repudiables, tratando

de subyugar su voluntad mientras avivan en la imaginación ideas fascinantes y de aspectos pasionales.

La visión de la planta que semejaba un pulpo simboliza aquellos pensamientos solapados que suelen introducirse en las mentes trabajando hasta obsesionarlas con alguna falsa idea que, al fijarse junto a la imaginación, perturba de tal modo a los seres poseídos por la misma que no advierten la succión constante de ese engendro, el cual, de no eliminarse, concluye por consumirles la existencia.

El pasaje del paseo por el valle representa al hombre en esos momentos de aparente calma en que, confiado demasiado en sí mismo, deja vagar sus pensamientos favoritos y descuida su mente. De pronto le asaltan pensamientos de una u otra índole, afines a sus preocupaciones cotidianas, que se entremezclan con otros de peor especie, amenazantes y ansiosos de embestirle si le hallan desprevenido. Así es como llegan a veces a cercar tanto la razón y la inteligencia, que el ser, puede decirse, se halla a merced de ellos y no atina a ir hacia atrás ni hacia adelante, hasta que logra zafarse de tan delicada y difícil situación o sobreviene su derrumbe moral y civil, figurado en vuestro sueño por la caída en el agujero o cueva; una vez caído, todos se le echan encima como esa legión de engendros feroces que visteis. Luego, lo que ocurre siempre cuando desaparece una persona: sus deudos, relaciones y amigos se entregan a la mar de comentarios, favorables o adversos, como los que os fueran dados escuchar en esa gran ciudad y que parecían referirse a vos, a juzgar por lo que aquellas gentes decían, unas insensatamente y otras con sentido afecto.

Fuisteis después a un lugar que os pareció familiar, en el que había una vieja casa. En ella visteis a un niño semejante a vos cuando pequeño y que, al intentar acariciarlo se asustó y comenzó a llorar. Oyéndole vinieron sus padres, cuyos rostros no pudis-

teis ver porque no está permitido, pues el rostro del padre o de la madre es uno solo a través de todos los ciclos de la evolución humana.

Hasta aquí lo que puedo deciros sobre vuestro extraño sueño; mas de nada os valdrá saber estas cosas, si vuestra evolución no está a la altura que demanda toda conciencia superada.

SAÚL. —Encuentro de sumo interesante cuanto me habéis expresado, pero vuestras últimas palabras me han dejado algo confuso. No entiendo, en verdad, porque no me habrá de servir el saber esos aspectos tan valiosos que me dais a conocer sobre los sueños.

PRECEPTOR. —Porque todos los conocimientos trascendentes se relacionan entre sí y hasta se explican al complementarse unos con otros, mientras que cuando se los adquiere aisladamente pierden mucho de su fuerza vital, aun cuando siempre sirven, desde luego, como ilustración, hasta tanto se los incorpora definitivamente al acervo individual.

## DIÁLOGO XLVI

VICTORINO. —¿Por qué razón la mente de muchas personas de escasa cultura es similar a uno de esos fonógrafos de principios de siglo, tan chillones como insufribles? Se diría que en tales seres, hasta su misma boca parece transformarse a veces en aquel ancho cornetón de lata de primitiva industria.

PRECEPTOR. —La gente inculta o de pobre ilustración tiene la inveterada costumbre de repetir cientos de veces todo lo que le impresiona vivamente, y ya se sabe que cuanto escucha o siente lo capta más por impresión que por entendimiento. Así es como se imprimen en su membrana mental chismes y episodios que, por su índole, le sirven a las mil maravillas para dimes y diretes.

Grabados los discos mentales con lo que le ocurrió a éste o con lo que aquél dijo, giran luego insistentemente hasta constituir una verdadera pesadilla; y si recordamos lo de los discos rayados o gastados, tendremos una similitud realmente incomparable.

En tiempos del fonógrafo, muchos ponían siempre el mismo disco por falta de recursos para adquirir otros. Lo mismo acontece en los seres a quienes nos estamos refiriendo: su pobreza moral les impide reno-

var el repertorio y la púa sigue cascando el sonido hasta que se acuerdan de cambiarla.

Las personas cultas han mejorado el primitivo instrumento hasta convertirlo en un completo aparato de excelentes cualidades. En ellas la membrana mental graba discos de otra naturaleza. En algunas danzan los clásicos al son de sublimes conciertos, sonatas, sinfonías, momentos musicales; en otras quedan impresos calificados tintes sociales, científicos, políticos, filosóficos, artísticos, etc., constituyéndose en dueños de una discoteca mental bien ponderable.

VICTORINO. —Lo malo del caso es que los que usan siempre el mismo disco aturden, y algo peor todavía: al unirse muchos en iguales condiciones, lejos de entenderse, se aturden más aún.

PRECEPTOR. —En efecto. Eso es dable observarlo en los diversos ambientes, y aun en el concierto mismo de las naciones, donde, sin que logren entenderse, llega hasta el desconcierto el replicar de unos y de otros sosteniendo puntos de vista diametralmente opuestos. Una cosa, empero, no puede dejar de reconocerse: mientras el dispositivo mecánico grabador de sonidos, constantemente perfeccionado, logra reproducir actualmente con absoluta pureza las más armoniosas notas musicales aun en sus más delicados matices, alcanzando esa misma pureza, esa misma fidelidad a la voz del hombre, éste sólo ha mejorado en ínfima proporción su dispositivo psicológico de recepción y transmisión mental de sus ideas y pensamientos, razón por la cual las multitudes van a la zaga de los que superaron formas y contenidos rudimentarios con el propósito de escalar las cimas de lo filosófico, lo artístico o científico.

## DIÁLOGO XLVII

OLIVERIO. —Una de las experiencias logosóficas que más me ha llamado la atención es la que nos impele a estar siempre mentalmente activos, como condición indispensable para lograr realizaciones efectivas, o sea, de carácter permanente. De no ser así no podrían obtenerse, al parecer, las grandes ventajas que preconiza la Sabiduría Logosófica. Yo creo, sin embargo, que no es absolutamente necesario mantener un ritmo constante de actividad mental, pues el fatigar la mente en un continuo trajín de pensamientos podría resultar perjudicial.

PRECEPTOR. —Todo depende de cómo se consideren o entiendan las cosas. En primer lugar, el método logosófico establece que a los trechos intensos de estudio o de actividad mental deben seguir otros de descanso, durante los cuales se recomienda distraer la atención en cosas útiles en lugar de entregarse a pueriles distracciones. De este modo, recibe la mente una compensación feliz que la descansa en sosiego provechoso y la prepara, a la vez, para una nueva actividad. Por otra parte, el descanso físico y psicológico que proporciona el sueño durante la noche, es más que suficiente para restituir los desgastes producidos por la vigilia.

OLIVERIO. —Quiere decir, entonces, que el des-



canso es necesario a la mente, pero concebido siempre en forma provechosa y alternándose con estudios intensivos.

PRECEPTOR. —Para mayor comprensión os presentaré un símil; fijaos bien en él: las enseñanzas logosóficas son como el agua cristalina que fluye de un lecho fecundo. Por una parte, llevan en pos de sí la fuerza fertilizante, y, por otra, calman la sed. No dejéis que esa agua se estanque en vuestro predio, pues correríais el riesgo de convertir en ciénaga lo que debió ser valle fecundo.

Como puede apreciarse en la misma Naturaleza, la vida, para cumplir sus ciclos de renovación, debe estar, igual que el agua, en permanente actividad. Todo instante inactivo siempre tiende a prolongarse más de la cuenta, transformándose en pereza.

Convendréis ahora conmigo en que, para evitar caer en tan seductora postración, los preceptos logosóficos fijan o establecen como norma una actividad que excluya toda inacción, siempre perniciosa.

## DIÁLOGO XLVIII

FLAVIO. —A veces, cuando pienso en ese estado de fatua suficiencia en que vive la humanidad, cuando contemplo la enorme incomprensión que agita las mentes de los hombres causando una permanente ansiedad ante el temor de una nueva hecatombe mundial, trato de explicarme, sin lograrlo, por qué deben ocurrir estas desgracias que con tanta frecuencia vienen asolando al mundo en el presente siglo.

PRECEPTOR. —Es muy lógico que no pueda apreciar uno cómo son las cosas con una simple mirada, ni explicarse tanto desborde de pasiones y desventuras que azotan a los hombres en cruda adversidad.

FLAVIO. —Muchas veces he oído exclamar que esas desgracias se deben a la injusticia de Dios, y he visto rebelarse a las gentes, en encendidas furias, imaginándose perseguidas por una fatalidad implacable, contra la cual nada puede hacerse. Cuando reparo en la cantidad de víctimas inocentes que pagan tan cruel tributo al romperse los diques de la paz humana, roe mi interno esta duda, que quisiera extirpar de raíz: ¿Son justos o injustos esos grandes castigos que flagelan el alma? Es para mí un verdadero tormento el no haber logrado aún la capacidad dis-

cernitiva que me permita juzgar sin equivocarme en tan difícil cuestión.

PRECEPTOR. —Para alcanzar ese discernimiento será necesario situarse en el centro mismo del problema y examinar las posibles causas que hayan motivado y motiven aún las grandes desgracias humanas.

Veamos. Cuando un hombre comete errores purga sus desvíos cosechando eventualmente amargos frutos. Pues bien, cuando es un pueblo el que los comete, si no son éstos corregidos por propia reacción o por el reajuste de la severa ley de las consecuencias, que restituye el equilibrio perdido, tarde o temprano habrá de experimentar las angustiosas situaciones que hubiere creado, y que, según su magnitud, podrían incluso derivarse en serios conflictos bélicos. En forma sucesiva, vamos llegando a la humanidad misma. Los errores cometidos por ésta en el pasado comprometieron el presente de los hombres, y, del mismo modo, los que está cometiendo en el presente habrán de comprometer su posteridad. Siguiendo esa misma relación de causas y de efectos, sus aciertos tuvieron, lógicamente, la virtud de asegurar los días felices que vivió en la paz.

Al acumularse los errores de una y otra generación, el peso de las responsabilidades aumenta, agigantándose los problemas y acrecentándose las dificultades. Conflictos mentales acentúan luego los distanciamientos y, a poco que se rocen las susceptibilidades internacionales, sobrevienen las crisis que desembocan en guerras despiadadas.

FLAVIO. —Me habéis explicado, en forma lógica, sencilla y clara, la causa del más grave de los males sociales, el cual enluta a la humanidad en forma —diría— permanente. Ojalá pueda ser esto comprendido a tiempo.

PRECEPTOR. —Sí; y comprendido también que no

es la fatalidad ni la injusticia de Dios lo que ha producido el desconcierto, la desventura y los grandes sufrimientos, sino los errores, los abusos y la intemperancia de los hombres de ayer y de hoy, que han hipotecado la felicidad y la paz humanas.

Así, cuando llega el tiempo de los vencimientos no hay, al parecer, solvencia moral y espiritual capaz de cancelar el compromiso contraído. Al acabarse las prórrogas, o sea, la tolerancia de las leyes universales, la humanidad pretende eludir su responsabilidad, siendo entonces cuando debe pagar su incumplimiento con vidas juveniles y sacrificios de todo orden.

FLAVIO. —Vuestra explicación me anima a hacerlos conocer otra de mis inquietudes. Observando el estado actual de la humanidad, es fácil advertir la existencia de una alarmante desorientación en cuanto a las perspectivas presentes y futuras, como así también un acentuado descreimiento, motivado quizá por las exigencias cada vez mayores del temperamento humano. ¿Podrías darme alguna luz sobre este asunto? Quisiera saber qué causas lo determinan y qué soluciones habría.

PRECEPTOR. —La humanidad está pasando, ciertamente, por trances muy difíciles. Ello se debe a la exacerbación de las pasiones que ciegan a los hombres, como indicio seguro de que los seres se van deshumanizando al mermar día a día la influencia bienhechora de sus sentimientos. Ya no sienten como antes, ni experimentan el sabor inefable de la vida cuando ésta se desenvuelve en la plenitud de sus prerrogativas, libre de trabas que la esclavicen. Hoy se tornan insensibles hasta a lo más caro que tienen el alma y el corazón humanos: sus atributos, sus calidades, sus afectos.

Los hombres dicen que luchan por la subsistencia propia y de sus familias, pero lo cierto es que cada día la hacen más difícil, al extremo de resultarle inal-

canzable a la mayoría toda presunta estabilidad económica.

Cuando los hombres trabajan produciendo sin regateos, es absolutamente seguro que hay más paz y abundancia; pero si con menor esfuerzo, y aun sin esto, las mentes de los muchos quieren más de lo que tienen, las consecuencias no se hacen esperar. La inquietud y el desasosiego cunden, hasta desembocar en la violencia. Si a ello agregamos las ambiciones, que inflaman no pocas mentes dominadas por el ansia de supremacía, veremos como todo confluye a determinar los motivos de la actual desorientación que impera en el mundo. Resultado de la confusión a que se ha llegado es el descreimiento, cuya causa radica en el abuso de desvirtuar conceptos y desnaturalizar las palabras de mayor significación para la vida del hombre. Esto ha motivado el surgimiento de ideologías exóticas que, convertidas en sistemas políticos, sostienen conceptos totalmente opuestos a los verdaderos, que fundamentan el modo de sentir y pensar del resto de la humanidad.

Es indudable que, por sí mismo, el hombre no ha logrado aún madurar su entendimiento para alcanzar la capacitación moral y espiritual que exige su condición de ser racional y anímico llamado rey de la Creación, honra a la cual no ha correspondido todavía, incapacitado como se halla de elevarse hasta la cúspide de la perfección humana.

## DIÁLOGO XLIX

CELESIO. —Todos los pueblos del mundo tienen un lugar en la historia, pero no todos ofrecen páginas de tanto colorido y luminosidad como las que el pueblo egipcio consignara en las legendarias edades de los faraones.

Cuéntase, y aun afirmase, que por aquellos tiempos había instituciones que eran las guardianas de los tesoros ocultos del saber, en las que se sometía a los aspirantes que querían ingresar en ellas a una serie de pruebas difíciles, tras las cuales sólo eran aceptados los que lograban superarlas. Me interesaría conocer acerca de ello vuestra autorizada palabra.

PRECEPTOR. —Muchas son, en verdad, las leyendas tejidas al respecto. Voy a referirme sólo a uno de los tantos aspectos que revestían aquellas sociedades místicas, anteriores a la era cristiana.

Entre las tantas ceremonias y rituales que cumplían, destácanse los concernientes a las asambleas realizadas para tal fin, las que eran concertadas por seres de la misma jerarquía y con acreditados méritos para asistir a ellas. Decidido esto, se elegía una imagen y se asignaba a cada uno de los que habían

de participar en la asamblea o concilio un fragmento de la misma, a fin de que le sirviera de contraseña o salvoconducto. Nadie podía asistir sin denunciar antes el que le había correspondido, y si la imagen quedaba incompleta por ausencia de uno de sus miembros, la asamblea no se efectuaba.

En esas reuniones cada integrante exponía por turno sus concepciones, maduradas individualmente, sobre el gran asunto para el cual eran convocados, configurado éste por los avances de cada uno al internarse en campos más profundos de la Sabiduría Universal y por el concurso de sus conocimientos en beneficio de la especie humana. Muchos grandes hombres de la antigüedad, que se destacaron en las ciencias, las artes y las letras, pertenecieron a esas asambleas.

Según reza el recuerdo de aquellos curiosos actos, tan rigurosa era la asistencia a los mismos y tan severos los reglamentos, que sólo en caso de muerte se justificaba una inasistencia. Los no pertenecientes al rango de los asambleístas sabían únicamente que la Junta Mayor estaba por reunirse e irradiar a todos los súbditos de la Creación la luz de la Sabiduría, pero no les era dado saber dónde ni en qué fecha.

En nuestros días esto habría parecido extraño y exótico, mas el hecho es que en aquel entonces todos esos rituales tenían la virtud de provocar la inquietud y despertar el anhelo de alcanzar las cimas del conocimiento de cuanto se relacionaba con las viejas ramas del árbol de la Sabiduría.

CELESIO. —Es realmente curioso y de gran interés lo que acabáis de referirme, pues todo cuanto haga o conciba el hombre, sea de la época que fuere, no puede resultar indiferente a quienes investigan y sondan el misterio del alma humana.

## DIÁLOGO I

MAURICIO. —La Logosofía recomienda una dieta mental a todos los que se proponen internarse en los dominios de la alta ciencia que representa. Como no veo claro a qué responde ese consejo, sería de mucho valor para mí el recibir de vos una amplia explicación.

PRECEPTOR. —Siendo muy común a todos los que deciden internarse en el vasto campo de la Sabiduría Logosófica el venir con sus mentes congestionadas por miles de lecturas de la más variada índole, se estima prudente esa dieta mental para favorecer el proceso comprensivo de la inteligencia y asegurar los mejores resultados.

MAURICIO. —Lo encuentro muy lógico; no así el que dicha dieta, por lo que parece, tenga que mantenerse a lo largo de toda la excursión logosófica, en cuyo caso cabría objetarle el hecho de querer apartar deliberadamente al investigador de toda otra referencia o estudio que pueda servirle de apoyo.

PRECEPTOR. —En verdad, las enseñanzas de Logosofía constituyen una nueva simiente psicológica. Sembrada ésta en el campo mental individual de quien la solicita, comienza su obra fecundante hasta culminar en una renovación casi total de la propia vida. Ese proceso de renovación se cumple cuando la



vida mantiene la calidad de la semilla, lo cual se logra no mezclándola con elementos extraños que la inferioricen o degeneren.

A los fines de su manifestación es bien sabido que la naturaleza viva, hecha ley en las entrañas humanas, no permite que agentes extraños a la misma intervengan en su fecundación. Obedeciendo a la misma naturaleza que encarna los dictados de esa ley, la Logosofía, como fuerza viva, tampoco admite que elementos ajenos a ella perturben la germinación natural de su simiente. De ahí que tanto se recomienda no desvirtuar en el estudio y en la investigación el contenido esencial de la enseñanza, interpretándola en forma superficial o equivocada. Si obra tan profundamente en beneficio de la superación individual, es lógico pensar que ello ha de obedecer a algo superior, algo que, por el momento, está más allá de las posibilidades de comprenderlo. Pero si esa realidad benéfica, si se perciben y comprueban sus ventajas vislumbrando futuras manifestaciones de adelanto, resulta fácil discernir sobre la conveniencia de no apartarse de la recomendación acerca de la dieta. Esto, naturalmente, dará más firmeza y seguridad en los pasos hacia la conquista del Saber Logosófico.

MAURICIO. —¿Pero esa dieta mental deberá persistir a lo largo de toda la vida?

PRECEPTOR. —En absoluto. Se prescribe sólo para los primeros pasos, es decir, durante los primeros tiempos. Cuando se conozcan a fondo los conceptos logosóficos podrá leerse cuanto se quiera, porque ya serán otros los ojos que realizan la lectura y otra la luz del entendimiento.

MAURICIO. —Siendo así, encuentro el método no sólo original, sino también muy acertado, porque protege el entendimiento de posibles errores o confusiones.

## DIÁLOGO LI

APARICIO. —En la historia de la humanidad, el caso de las celebridades y genios que asombraron al mundo con sus extraordinarias dotes es una de las cuestiones pendientes aún de explicación fundamentada en razones incontrariables, sobre todo en épocas precarias donde sólo las grandes inspiraciones dieron pie a manifestaciones de obras maravillosas, surgidas de almas verdaderamente privilegiadas. Lo que tales seres realizaron en obras de arte, en música o en literatura, como asimismo en proezas épicas, en ciencias o en los demás campos de las prerrogativas humanas, no es posible de realizar a la inteligencia mejor dotada, aun cuando consagre toda su vida a semejantes empresas.

ANASTASIO. —Yo pienso que eran seres muy evolucionados, dotados de condiciones naturales para realizar aquellas estupendas proezas cristalizadas por sus genios.

APARICIO. —De ser así, deberíamos admitir que han evolucionado en otras vidas, ya que en las que resplandecieron no es posible admitirlo porque la mayoría, por no decir todos, revelaron sus prodigios desde muy jóvenes.

ANASTASIO. —Por supuesto; para explicarnos hechos como éstos, que escapan de todo razonamiento, debemos creer en la supervivencia del alma.

APARICIO. —Sin embargo, no es ésa una razón muy satisfactoria. Debe existir, posiblemente, algún otro motivo, superior a nuestro entendimiento, que no podemos alcanzar. Yo considero que para evitar errores en la interpretación de tales hechos y salir del inseguro plano de las creencias, sería más acertado pedir a nuestro preceptor y Maestro que nos ilumine acerca del asunto, por conceptualarlo de gran importancia.

PRECEPTOR. —En verdad, os referís a un asunto altamente interesante y digno de ser dilucidado. Vuestros intentos de explicación al respecto coinciden, poco más o menos, con lo expresado en las reflexiones corrientes, pero en modo alguno se vinculan con la causa que promovió y seguirá promoviendo, de tanto en tanto, hechos similares. He aquí la explicación: En los albores del mundo, en los primeros tiempos de la existencia humana, las mentes de los hombres se hallaban en estado embrionario y, por tal causa, carecían de recursos. Por ausencia de motivos y de estímulos que los agilizaran, los seres se movían con lentitud. Las necesidades fueron obligándoles a usar la mente y, por consiguiente, la inteligencia, que comenzó así a manifestarse. Pasadas aquellas remotas edades y conforme el hombre fué avanzando hacia estados de civilización más prominentes, empezaron a desarrollarse en él, siguiendo lentísimos procesos, sus posibilidades mentales, coincidiendo tal suceso con el despertar de los sentimientos, o, mejor aún, con la primera liberación de los sentimientos operada sobre los instintos, que habían mantenido hasta allí una innegable supremacía en los destinos del individuo.

Ocurrió entonces que, hallándose los hombres con sus mentes semiapagadas y decaídos los ánimos por su impotencia moral y espiritual, Dios, su Crea-

dor, suprema inteligencia, tomando a uno de ellos primero y, en sucesivas edades, a varios otros, despertóles una facultad, una sola, exaltándoselas en alto grado para que obraran prodigios con ella, ante el asombro de sus semejantes. Fueron surgiendo así los grandes genios y los artistas famosos, no sólo en la antigüedad, sino también en las épocas moderna y contemporánea.

El Creador quiso, en virtud de ese hecho, que descubrieran los hombres mismos que si esa posibilidad existía en un semejante, debía existir también, lógicamente, en todos los demás. No obstante la periódica repetición de tales acontecimientos, pasó mucho tiempo antes que los hombres fundaran las primeras escuelas de aprendizaje en el manejo de los colores, las letras y el cincel, y alcanzaran a desarrollar todas las manifestaciones artísticas que en superación constante iban aflorando en el alma humana.

Nadie entendió, empero, la sublime enseñanza, y en lugar de ver, con buen entendimiento, la mano de Dios, que los despertaba de su sueño, los hombres dedicáronse a endiosar a quienes habían sido agraciados con la exaltación de una facultad que les permitía ejecutar magníficas obras de eterna rememoración.

ANASTASIO. —¿Entonces no fueron seres altamente evolucionados?

PRECEPTOR. —No; los seres evolucionados tienen gran sabiduría y se los reconoce merced a sus afanes generosos y a los heroicos sacrificios que se imponen para enseñar a todas las criaturas humanas el camino seguro del perfeccionamiento. Son seres de muy elevada jerarquía moral y espiritual, cuyas vidas constituyen un acabado ejemplo de sobriedad, equilibrio, tolerancia, paciencia y magnanimidad.

La exaltación de una sola facultad no significa evolución; es como una embriaguez psíquica que desemboca en el frenesí artístico o científico, produ-

ciendo luego un vacío moral que ha llevado a no pocos artistas y genios a alternar con la embriaguez física, para huir de las horas monótonas del retraimiento. Jamás ocurre esto en los seres evolucionados, pues en ellos no obra la exaltación de una facultad de la inteligencia, sino la Sabiduría, signo de su encumbramiento moral y espiritual.

De este modo, lejos de comprender los seres aquella sublime realidad, no vieron el prodigio manifestado en un hombre, sino el que éste manifestaba en sus obras.

No obstante, la admiración y el embeleso que esos hechos producían despertaron en ellos el deseo de imitarlos, de aprender, aunque burdamente, a manejar los mágicos instrumentos y los adminículos con que plasmaban sus singulares creaciones e inventivas, siendo ése el primer resultado positivo de aquella intervención del Creador.

Las mentes de los hombres comenzaron, así, a inquietarse dedicándose a nuevos empeños, lo cual suscitó creciente y general entusiasmo. Nuevos estudios fueron surgiendo de unas y otras partes, y aplicáronse las gentes a toda clase de ensayos, intuyendo, más que comprendiendo, que existía en todos la posibilidad de alcanzar las altas prerrogativas de esos seres a quienes se creía, empero, superdotados de nacimiento.

Nadie pudo explicarse, pues, ese misterio que envolvió a casi todos los genios en aureolas místicas de origen divino. El fondo de verdad, oculto tras el mentado enigma, no es otro, sin embargo, que el anhelo del Creador de hacer comprender a la criatura humana, por ese medio, que existen en ella tales prerrogativas y muchas otras, las que se irán revelando a su naturaleza mental y humana con el andar de los tiempos. El hecho de que esos mismos seres —fuera de los privilegios mencionados, en virtud de los cuales ejercían pleno dominio de su ciencia o de

su arte— se comportaran en múltiples casos como el más común de los hombres, lo confirma. Se ha visto también cómo la exaltación máxima de una facultad les resultaba a muchos de ellos una carga casi insufrible, debiéndose a esto, sin duda, el constante desasosiego y el desequilibrio en que vivían.

La Ley de Evolución, tan genialmente establecida en toda la Creación y cuya imponderable fuerza y virtud hace experimentar la Sabiduría Logosófica en el plano hominal al determinar en la conciencia su principal objetivo, descubre al hombre las riquezas que yacen bajo sus capas mentales como yacen en las entrañas de la tierra los minerales más valiosos. Pero así como el hombre barrena la tierra y abre cráteres entre las moles cordilleranas, así también, para poder dar con la ansiada veta de un destino mejor, debe barrenar, en continuados esfuerzos, la ignorancia rocosa que lo turba y lo hace vacilar. Ello le conducirá a comprender algún día que esa misma ley de evolución es la que le permite conectarse a las fuerzas creadoras que animan a la gran Naturaleza y captar las sutiles vibraciones que palpitan en el alma universal.

## DIÁLOGO LII

PRECEPTOR. —No hace mucho me pedisteis que os hablara algo sobre los mártires, pero como no habíais concretado vuestro pensamiento abordé otros temas.

EDMUNDO. —Efectivamente; recuerdo que en esos momentos tenía el deseo de disipar ciertas dudas, y al expresar mi pensamiento mencioné tan sólo la vida de los mártires, sin aclarar que no me refería a la historia de los mismos, sino al verdadero concepto que deben inspirarnos. Quisiera saber si fueron en verdad predestinados, o seres a quienes el azar llevó a cumplir supremos sacrificios.

PRECEPTOR. —Vuestras palabras revelan que hacéis abstracción de los enunciados históricos acerca de ellos, quizá por no satisfaceros el acentuado carácter místico que se les atribuye. Frente a los conceptos admitidos, siempre es bueno ubicarse en el plano más sensato. No debemos, pues, establecer nuevos juicios sobre hechos acontecidos a nuestros semejantes, cuyos nombres la historia ha nimbado con aureolas de gloria, si no asiste a esos juicios un conocimiento profundo de la verdad que tales hechos entrañan.

Debemos pensar que la mera circunstancia de haber sido éste o aquél el que escanció la copa del

sacrificio heroico significa, de hecho, la exaltación, fuera de lo común, de su valor o virtudes rara vez superados por sus contemporáneos, razón que evidencia la justicia con que fueron consagrados por la historia. El que hayan sido predestinados o que el azar haya cambiado sus destinos no debe preocuparos más de la cuenta, porque, en estos casos, predestinación y azar cumplen idénticos cometidos. Lo esencial es hallar en esos mismos hechos el hilo luminoso que conecte nuestras vidas, en sus respectivas graduaciones jerárquicas, con aquellas otras inmoladas por inescrutables designios.

Si os dijera, por ejemplo, que todos pueden ser mártires os sorprendería, acaso, afirmación tan singular; pero más os ha de sorprender si os digo que cada ser humano es un mártir que sufre su calvario en el silencio de su intimidad, calvario que, para muchos, comienza en la cuna y, acentuándose a través de los años, llega hasta los últimos días de su existencia. Es el caso de los enfermos que soportan las penurias de largas dolencias, de los desvalidos que sufren en silencio sus miserias y de los sobrevivientes de guerras o revoluciones sangrientas que padecieron toda suerte de angustias, rigores y desgracias.

También son mártires aquellos que, en lucha contra sus desventuras o su ignorancia, enarbolan el ideal de la superación, y, en pro del aliciente estimulador de las luces del conocimiento, crucifican la vida fácil o aquietada por la indiferencia, con el objeto de desarraigar viejas modalidades, deficiencias o pensamientos de mala índole. Y lo son porque luchan denodadamente por una causa noble y justa —su liberación espiritual—, mientras sufren con valentía las imposiciones de la continencia al par que desgajan de sus vidas las pasiones inferiores, inflamadas a menudo por la soberbia, la ambición y el amor propio.

EDMUNDO. —Sinceramente, me han resultado de gran trascendencia vuestras claras palabras, que



tanta belleza encierran en la profundidad de los conceptos expresados. La última parte, sobre todo, ha dejado en mi alma una impresión que difícilmente se borrará de mi memoria. . .

PRECEPTOR. —Lo comprendo perfectamente; os ha tocado el sentimiento y éste responde siempre cuando se le habla de aquello que pertenece a su reino. Sí; cuando el sentimiento permanece incontaminado de toda bajeza, entronízase en nuestro corazón y se convierte en un pequeño monarca, justo, magnánimo y piadoso.

Al hablaros observaba cómo se iban dibujando en vuestro recuerdo las fisonomías de muchos seres queridos, de amigos o conocidos, a quienes visteis padecer sin haber pensado nunca que pudieran ser mártires, semejantes a los que la historia vistió con aureolas de gloria y consagró con timbres de inmortalidad.

EDMUNDO. —Vuestras conmovedoras palabras me hacen pensar que habláis como si quisieseis reivindicar, reparando la ingratitud e indiferencia humanas, el alma de tantos a quienes nadie recuerda porque sufrieron callada y resignadamente los padecimientos de un gran castigo.

PRECEPTOR. —Basta saber, en verdad, que fueron inocentes, para inspirarnos la misma compasión de los que, trascendiendo el anonimato, fueron conocidos por el anuncio histórico de sus martirios. Si a éstos la historia los presenta como ejemplos, aquéllos, los humildes mártires, que nada saben de hechos históricos, sufren y sufrieron sin grandeza, pero con el más sublime estoicismo, los horrores del espanto en tragedias íntimas tan indescritibles como fuertes y heroicas.

## DIÁLOGO LIII

PRECEPTOR. —Habréis oído a muchos seres proclamar con frecuencia su amor por la vida, exaltando su apego a ella en los momentos en que presienten hallarse próximos al final de sus días. Y bien: ¿qué os sugiere ese hecho?

ERGASTO. —A mi juicio, es el temor a la muerte lo que hace amar la vida y aferrarse a ella. Ese hecho me sugiere, pues, la manifiesta exaltación de un instinto natural.

PRECEPTOR. —Examinemos la cuestión desde el punto de vista logosófico. Veamos, en principio, qué es lo que en realidad aman los seres: ¿su envase físico, la fortuna que eventualmente poseen, o todo cuanto les rodea? En concreto, ¿qué es lo que más se quiere en esta vida y que tanto cuesta dejar? Se ha observado, en efecto, que unos sienten profundo apego por el oro copiosamente acumulado; otros, en cambio, lo experimentan por su ser físico, del cual están prendados...

ERGASTO. —Yo creo más bien que lo que se quiere es el conjunto, vale decir, todo cuanto el ser es y tiene.

PRECEPTOR. —Evidentemente, el egoísmo humano

no hace regateos para sí. Pero veamos: ¿saben esos seres por qué y para qué aman la vida? ¿Son conscientes de ese amor? ¿Son fieles al mismo? ¿Cómo es ese amor: sincero, verdadero, o falso? He aquí una oportuna y conveniente reflexión previa que hará comprender mejor el alcance de esta enseñanza.

ERGASTO. —Ahora el asunto se complica; nadie piensa ni ha pensado en eso, que yo sepa.

PRECEPTOR. —El que nadie piense en ello no impide que nosotros podamos hacerlo, dando lugar, así, a que puedan pensar más atinadamente los que aún no lo hicieron. Si a cada ser que estima en algo el concepto de la vida lo enfrentáramos con este triple interrogante: "¿Para qué quiere la vida: para reiterar el uso que hizo de ella, como en lo pasado; para reiterar el que está haciendo; para el que hará?", ¿no se detendrá, acaso, a reflexionar con sensatez acerca del problema? Ante su propia conciencia, ¿no exclamará más de uno: "¡Qué he hecho de mi vida! Un cúmulo de miserias cuyo recuerdo, como los cascarnes, nada contiene"? ¿Qué perspectivas se abrirán luego a su futuro? ¿Otras, quizá, que repetir lo hecho en lo pasado? He ahí el asunto.

A quienes carecen de un sano concepto de la vida poco importan las anteriores reflexiones. "Queremos la vida para divertirnos —se dirán a sí mismos—; para gozar de los placeres, de la embriaguez o de la opulencia, si hasta ahí llegamos. Lo demás no cuenta; no interesa". Ante semejante cuadro psicológico, común a tantos seres, que habla con harta elocuencia del estado espiritual de una gran parte de la humanidad, ¿no cabe preguntarse si la criatura humana ha sido creada para emplear su vida así, en esa forma? ¿No entrañará su existencia una finalidad superior? ¿No habrá sido hecha para que reproduzca en sí misma los rasgos superiores de su especie, que la harán semejante a su propio Creador? ¿Es posible admitir que la vida de un hombre deba permanecer

tan desprovista de valores? ¿No tendrá que contener elementos más ponderables que sus meras apetencias materiales?

Las vidas de los que piensan, de los que se esfuerzan y sacrifican por el bien general nos dan con elocuencia la respuesta. Por consiguiente, debemos pensar que aquéllos, tarde o temprano, comprenderán su error y se enmendarán. Mientras tanto, el camino se halla abierto a los que anhelan hacer de sus vidas un paraíso de felicidad.

## INDICE

	Pág.
Prólogo .....	7
DIÁLOGO I	
Singular explicación sobre la expulsión de Adam del Paraíso. — No hubo culpa ni castigo .....	9
DIÁLOGO II	
La ley del más fuerte. — Su influencia en la vida humana ....	17
DIÁLOGO III	
De cómo ordenar los tiempos de nuestra existencia física y vivir varias vidas en el curso de la misma .....	21
DIÁLOGO IV	
El Libro de la Creación. — Imágenes y recuerdos que viven en sus páginas eternas .....	26
DIÁLOGO V	
Concepción de las ideas. — Potestad de crear y derecho a la pa- ternidad espiritual .....	30
DIÁLOGO VI	
El secreto de las oportunidades. — Cómo se producen y aprovechan	33
DIÁLOGO VII	
La parte humana de Dios. — Modificación de conceptos .....	36
DIÁLOGO VIII	
Enseñanzas sobre el conocimiento trascendente .....	39
DIÁLOGO IX	
Significado del "Juicio final", según la concepción logosófica ..	43

	Pág.
<b>DIÁLOGO X</b>	
La inmanencia divina que se siente de semejante a semejante en determinadas circunstancias. — Necesidad de comprender mejor el valor de los afectos humanos .....	48
<b>DIÁLOGO XI</b>	
La imagen del pajarillo en la enseñanza de los conocimientos trascendentes .....	52
<b>DIÁLOGO XII</b>	
Encaminando hacia la realización del proceso de perfeccionamiento .....	55
<b>DIÁLOGO XIII</b>	
De cómo sentir el tiempo eterno en uno mismo aprovechándolo para realizar varias obras a un tiempo. — Su aplicación práctica a los goces del espíritu con perspectivas de oportunidades felices a disfrutar en el mañana .....	60
<b>DIÁLOGO XIV</b>	
Original significado de los símbolos y signos empleados en los templos del antiguo Egipto .....	67
<b>DIÁLOGO XV</b>	
El conocimiento trascendente conduce al hombre por la buena senda .....	73
<b>DIÁLOGO XVI</b>	
Concepción del querer. — Forma de lograr un propósito y comportamiento posterior .....	75
<b>DIÁLOGO XVII</b>	
Explicación sobre la trilogía "Verdad - Bien - Amor" .....	78
<b>DIÁLOGO XVIII</b>	
El llanto, gracia sólo concedida a los seres humanos .....	81
<b>DIÁLOGO XIX</b>	
Sobre la libertad del discernimiento en la superación individual	84
<b>DIÁLOGO XX</b>	
Sobre las atmósferas y órbitas personales .....	87
<b>DIÁLOGO XXI</b>	
Las momias y sus misterios .....	91

	Pág.
<b>DIÁLOGO XXII</b>	
De cómo ser bueno sin caer en la ingenuidad. — La conciencia del bien lleva a ser bueno en la verdad y no más en el error. — La herencia del bien y su finalidad superior .....	95
<b>DIÁLOGO XXIII</b>	
Comportamientos que comprometen al ser de mañana. — Los acontecimientos inesperados .....	99
<b>DIÁLOGO XXIV</b>	
La ayuda que se pide a Dios en los momentos de aflicción ....	102
<b>DIÁLOGO XXV</b>	
Explicando el significado de los antiguos rituales y sus mantrams .....	105
<b>DIÁLOGO XXVI</b>	
Descripción de los conocimientos y capacidad para abarcarlos ..	112
<b>DIÁLOGO XXVII</b>	
Ventajas del Saber Logosófico .....	115
<b>DIÁLOGO XXVIII</b>	
Rarezas del temperamento y las fuerzas humanas actuando por exaltación .....	118
<b>DIÁLOGO XXIX</b>	
Sobre los que buscan el bien egoístamente .....	120
<b>DIÁLOGO XXX</b>	
De cómo contrarrestar la adversidad por la superación consciente .....	122
<b>DIÁLOGO XXXI</b>	
Consejos para no coleccionar conocimientos como si fueran mariposas. — Necesidad de incorporar a la vida dichos conocimientos .....	126
<b>DIÁLOGO XXXII</b>	
El oficio mudo, primero de los oficios que aprendió el hombre ..	128
<b>DIÁLOGO XXXIII</b>	
Zonas libres y zonas prohibidas. — Conciencia de los actos ....	131
<b>DIÁLOGO XXXIV</b>	
Causas de los engaños. — Las creencias personales y sus derivaciones .....	134

DIÁLOGO XXXV	
Del porqué es necesario el preceptor para encarar el proceso de evolución consciente hacia el perfeccionamiento .....	139
DIÁLOGO XXXVI	
El perdón como principio moral y su ejercicio inteligente y constructivo .....	144
DIÁLOGO XXXVII	
El enigma de la vida en cuanto a sus pesares y desventuras y medios de conjuros .....	148
DIÁLOGO XXXVIII	
Sobre el gran "vacío" que muchos tienen y quieren llenar y el "lleno" que no se quiere vaciar .....	154
DIÁLOGO XXXIX	
Sobre el espacio que ocupamos y los apremios del tiempo .....	156
DIÁLOGO XL	
Cómo puede cambiarse la vida enriqueciéndola con conocimientos que la ennoblezcan y la tornen fecunda .....	160
DIÁLOGO XLI	
La leyenda de "El alma y la llave" .....	163
DIÁLOGO XLII	
Por qué los conocimientos trascendentes, como los grandes valores, deben ser usados discretamente .....	168
DIÁLOGO XLIII	
Necesidad de mantener libre de impurezas el campo mental para que su producción sea exuberante y valiosa .....	170
DIÁLOGO XLIV	
El ser que todos tenemos olvidado, en quien nadie piensa a pesar de constituir sin embargo algo esencial para nuestra vida ..	173
DIÁLOGO XLV	
Explicación sobre los sueños .....	175
DIÁLOGO XLVI	
Sobre cierta deficiencia de las mentes incultivadas, que las asemeja a los antiguos fonógrafos .....	182



	<u>Pág.</u>
<b>DIÁLOGO XLVII</b>	
Sobre la actividad y el descanso. — Modos de encararlos .....	184
<b>DIÁLOGO XLVIII</b>	
Causas de los males que padece la humanidad y medios de evitarlos	186
<b>DIÁLOGO XLIX</b>	
Raros métodos adoptados antiguamente para la preservación de las ideas .....	190
<b>DIÁLOGO L</b>	
Sobre la dieta mental. — Necesidad de no mezclar los conocimientos logosóficos con otros de naturaleza diferente .....	192
<b>DIÁLOGO LI</b>	
Original explicación sobre los genios y celebridades que existieron en el mundo .....	194
<b>DIÁLOGO LII</b>	
Los mártires: concepto vulgar; la existencia de mártires, grandes y pequeños, a quienes se los ignora por no pertenecer al fuero público .....	199
<b>DIÁLOGO LIII</b>	
La vida frente al enigma de la muerte .....	203

Este libro se terminó de imprimir  
el día 15 de enero de 1952  
en los Talleres Gráficos de  
A. Monteverde y Cía.  
Treinta y Tres 1475  
Montevideo  
Uruguay

